

El teatro de Vallejo era conocido parcial y fragmentariamente: se había dado a luz una primera versión de *La piedra cansada*, dos cuadros de *Colacho hermanos* y uno de *Entre las dos orillas corre el río*. Ahora se publica por primera vez el teatro completo, cuyos originales han sido puestos a disposición por Georgette de Vallejo y preparados para la imprenta por Enrique Ballón Aguirre, quien ha tenido a su cargo, además, la traducción de *Lock-Out*, obra que se conserva sólo en la versión francesa del propio Vallejo.

Al poner al alcance del público una parte muy significativa de la obra de uno de nuestros escritores máximos, el Fondo Editorial de la Universidad Católica cree prestar un importante servicio a la cultura nacional.

CESAR VALLEJO

teatro completo

Prólogo, traducciones y notas de
ENRIQUE BALLON AGUIRRE

TOMO II

**Colacho hermanos o
Presidentes de América**

La Piedra Cansada

CEESAR VALLEJO

TEATRO COMPLETO

TEATRO COMPLETO

TOMO II

DERECHOS RESERVADOS

© Pontificia Universidad Católica del Perú

Fondo Editorial 1979

Corrección del texto: Cecilia del Busto

Contenido

COLACHO HERMANOS O PRESIDENTES DE AMÉRICA, Farsa en seis actos	9
LA PIEDRA CANSADA	145

*a Georgette de Vallejo
en homenaje deferente*

ENRIQUE BALLÓN A.

George de Villiers
in the
Kew Gardens

COLACHO HERMANOS
o
PRESIDENTES DE AMERICA

FARSA EN SEIS CUADROS

COLACHO HERMANOS
PRESIDENTES DE AMERICA

PARTE EN DOS VOLUMENES

Colacho hermanos o Presidentes de América

En 1934 Vallejo escribe su única sátira teatral que titula *Colacho Hermanos o Presidentes de América* y un esbozo de guión cinematográfico con la misma temática de *Colacho Hermanos*. Luego escribirá otro guión que titulará sucesivamente *Vestiaire*, *Dressing-room* y por último *Charlot contra Chaplín*. Ninguno de estos dos guiones cinematográficos se conservan.

No podemos dejar de notar la estrecha relación temática entre *Colacho Hermanos*, *El Tungsteno* y la serie de artículos que Vallejo publicara en "Germinal" de París durante junio de 1933 con el título general *¿Qué pasa en el Perú?* Estos textos y la militancia ideológico-política marxista de Vallejo, constituyen el magma germinal de la pieza de teatro que toma como asunto la farsa de la democracia burguesa en el Perú y su obsecuencia ante los poderes de las transnacionales en la economía y la política nacionales.

Colaboración de los Presidentes de México

En 1927, el presidente Álvaro Obregón, al ser elegido, se comprometió a promover el desarrollo de la agricultura y a mejorar las condiciones de vida de los campesinos. Durante su mandato, se implementaron varias reformas agrarias que buscaban redistribuir la tierra y mejorar el acceso al agua. Sin embargo, estas reformas fueron limitadas y no lograron resolver completamente el problema de la tierra en México.

En 1930, el presidente Plutarco Elías Calles, quien era un militar, se convirtió en el jefe de facto del gobierno. Durante su mandato, se continuó con las reformas agrarias, pero se enfrentó a la oposición de los grandes terratenientes y de la Iglesia. En 1935, el presidente Lázaro Cárdenas, quien era un militar, implementó reformas más profundas que buscaban redistribuir la tierra y mejorar el acceso al agua. Durante su mandato, se creó el Banco Agrario del Estado y se implementó el programa de "Caja de Crédito Agrario", que buscaba proporcionar crédito a los campesinos. Sin embargo, estas reformas fueron limitadas y no lograron resolver completamente el problema de la tierra en México.

Personajes, por orden de entrada

ACIDAL, el mayor de los hermanos Colacho

EL MAESTRO

LA PEQUEÑA Y SU MADRE

SORAS: 1-2-3

UN VIEJO CIUDADANO: N° 1

CORDEL, hermano de Acidal Colacho

UN RAPAZUELO

NOVO: hijo de Acidal

OROCIO: dependiente del bazar de los Colacho

LA SORA RIMALDA

MR. TENEDY, gerente de la "Quivilca Corporation"

SORA: 4

EL COMISARIO BALDAZARI

SORAS: 5-6, un hombre y su mujer

ZAVALA, blanco, joven y fino, que las circunstancias convierten en preceptor de los Colacho

TAYA, sirvienta de los Colacho

DON RUPE, padre de Taya

MACHUCA: empleado de la "Quivilca Corporation"

RUBIO: empleado de la "Quivilca Corporation"

BENITES: empleado de la "Quivilca Corporation"
LA ROSADA (una de Las Rosadas) o ZORAIDA (querida de Cordel)
PANCHO, hombre de confianza de los Colacho
PACHACA, soldado
DR. TROZO, abogado
CORONEL TOROTO
CAPITAN COLLAZOS
CORONEL TEQUILLA
CORONEL ZERPA
EL MARIDO Y SU MUJER
DR. ZEGARRA
CORONEL BANDO
DR. DEL SURCO
EL SECRETARIO (Roque)
EL EDECAN
DE SOIZA DOLL, encargado de negocios del Brasil
EL PRESIDENTE DEL CONGRESO
EL MINISTRO DE JUSTICIA (Dr. Collar)
EL NUNCIO
LA SEÑORITA MATE y
EL PEQUEÑO
EL PREFECTO
EL GENERAL NATON
EL CORONEL COLONGO
EL CORONEL CARAZA
UN VIEJO CIUDADANO: nº 2
EL CORONEL-SECRETARIO SELAR
multitudes — grupos — voces — manifestantes — un teniente
— gendarmes — miembros de la Casa militar — etc.

Cuadro Primero

Un radiante mediodía en Taque, aldea de los Andes.

El interior de la tienducha de comercio de los hermanos Colacho. Al fondo, una puerta sobre una rua en que se yergue, entre arbustos, una que otra pequeña casa de barro y paja. A la izquierda, primer plano, tiradas por el suelo, pieles de oveja y una burda frazada: la única cama de los dos tenedores de la tienda. Más al fondo, horizontal a la rua, un mostrador. En los muros, casillas con botellas y otras mercaderías de primera necesidad. El monto del conjunto, miserable, rampante.

Es domingo y día de elección de diputado. Se ve pasar por la calleja, yendo y viniendo del campo, numerosos campesinos —hombres y mujeres. Los hay bebidos y camorristas. Otros cantan o tocan antara, concertina.

Acidal Colacho está muy atareado en arreglar, del modo más atrayente para la clientela, las mercaderías en las casillas.

Acidal es un retaco, muy gordo, colorado y sudoroso. El pelo negro e hirsuto, da la impresión de que nunca se peina. Tipo mestizo, más indígena que español. Su vestimenta es pobre y hasta rotosa. La camisa sucia, sin cuello ni puños visibles. Lleva espadrillas. Su aspecto y maneras son, en suma, los de un obrero a quien el patrón le hubiese encargado un momento el cuidado de su tienda. Cuarenta años.

Un cliente de unos treinta años —probablemente el maestro de escuela del lugar—, está leyendo un periódico, sentado sobre un cajón, junto a la puerta que da a la calle.

ACIDAL, *sin dejar de trabajar, pregona sus mercaderías a los transeúntes*:— ¡Adentro, adentro!... Bueno, bonito y baratol... ¡Cigarrillos amarillos! ¡Sal! ¡Ají seco! ¡Pañuelos casi de seda! ¡Velas blancas! ¡Adentro, adentro! ¡Bueno, bonito y baratol!

UNA PEQUEÑA *de la mano de su madre, desde la puerta*:— ¿Tienes, taita, hilo negro?

ACIDAL:— Pasa no más. ¿Cuánto quieres?

LA MADRE, *entrando con la pequeña*:— Un carrete del 40. ¿A cómo está?

ACIDAL, *disponiéndose a servirlos*:— Es decir... ¿Es lo único que quieren? No se les ofrece además otra cosita...? ¿Anilina? ¿Fósforos? ¿Un buen jabón?

LA MADRE:— Lo que buscamos es, pues, taita, el hilo negro.

ACIDAL:— Pero hijas, da lo mismo jabón que hilo negro. Cuando la ropa está muy rota, en vez de remendarla, hay que lavarla bien, refregándola con bastante jabón, y entonces aparece relumbrante, como nueva. ¡Les venderé un jabón de chuparse los dedos! (*Les muestra el jabón*)

LA PEQUEÑA *saliendo con la madre*:— Qué se hará pues, taita, si no tienes hilo negro. Estamos apuradas.

ACIDAL, *reteniéndolas*:— Pero no se vayan. Tengo también caramelos verdes, manteca, píldoras para el dolor de muelas, para las almorranas y para el mal del sueño... (*Pero las campesinas han salido. Acidal, desde la puerta, a los transeúntes*) Adentro, ¡muchachos! ¡Hay cañazo, tabaco en mazo, coca de Huayambo y cal en polvo! ¡Todo bueno y baratol... (*Tres mozos se detienen ante Acidal. Uno de ellos toca su concertina y los otros bailan una danza indígena, haciendo palmas*) ¡Carajo! ¡Qué bomba la que se traen! ¡Y a esta hora!

MOZO PRIMERO:— Deogracias, taita. (*Saca de su bolsillo un enor-*

Manuscrito original de la versión francesa de *Colacho Hermanos o Presidentes de América*.

Tiposcrito corregido por César Vallejo de la versión francesa
de *Colacho Hermanos o Presidentes de América*.

me pañuelo rojo y deshace en él un nudo que contiene todo su peculio) ¿Tienes, pues, taita, traguito? (*Cuenta sus monedas*)

ACIDAL: ¡Claro, hombre! ¡Y de primera! ¿Cuánto quieres?

MOZO PRIMERO:— Sólo una botellita. ¿A cómo está?

MOZO SEGUNDO:— A ver, pues, taita, una rebaja.

ACIDAL, *sacando la botella*:— Cincuenta centavos la botella, con casco y todo. ¡Y qué cañazo! ¡Con una sola copa, a soñar puercos con gorra!

MOZO PRIMERO:— Muy caro, patrón.

MOZO SEGUNDO:— ¿Cuánto, pues, dices, taita?

ACIDAL:— Cincuenta centavos la botella. Pero por ser para ustedes y para que siempre vuelvan a comprarme, pegaré además en la botella, como regalo extraordinario que les hago a los tres, un papel colorado con el nombre de la casa. A ver, a ver... (*Busca en el suelo, recoge un retazo de papel colorado en el que escribe algo con lápiz y lo pega con goma a la botella*) ¡Ahí la tienen! ¡Llévensela! ¡Aunque se venga abajo mi negocio! (*Los tres mozos, desconcertados del cinismo de Acidal, permanecen pensativos. Acidal, tomando este estupor por estupidez*) ¿No entienden todavía? ¡Qué animales! A ver La botella vale para todos los clientes cincuenta centavos...

LOS TRES MOZOS:— Cincuenta centavos.

ACIDAL:— Pero, a ustedes, para que vuelvan a comprarme siempre, les doy, con la botella, un regalo especial para los tres...

MOZO TERCERO:— ¿Qué nos regalas, taita?

ACIDAL:— Les regalo un papel colorado con mi nombre. ¿Me comprenden ahora?

MOZO PRIMERO, *tras una nueva reflexión, pagando*:— Gracias, pues, taita, tu papel coloradito. ¡Dios te lo pagará!

MOZO SEGUNDO, *mirando atentamente el papel colorado*:— ¡Qué regalo más bonito! Con sus letras sentaditas en sus sillas...

ACIDAL:— ¡Un cañazo de 38 grados! Especial para... ¿En qué trabajan ustedes?

MOZO TERCERO:— Somos, taita, pastores.

ACIDAL:— Precisamente, mi cañazo es un cañazo especial para pastores. Los animales, sobre todo los bueyes, en los rodeos de San Pedro y San Pablo, vienen a su pastor por el olor de mi cañazo. Con este cañazo, no hay oveja que se pierda, ni puerco que lo roben.

UN VIEJO CAMPESINO, *quitándose el sombrero, entra tímidamente*:— ¡Alabado sea Dios, taita!

ACIDAL:— Entra. ¿Qué se te ofrece? Pasa. (*Los tres mozos salen, tocando su música y bailando. Uno de ellos lleva en alto la botella*)

EL VIEJO a Acidal:— Perdóname, pues, taita, que te moleste.

ACIDAL:— ¿Qué quieres que te venda?

EL VIEJO, *con un retazo de papel azul en la mano*:— Para que me digas por cuál de los patrones he votado para diputado. Desde bien de mañana, que di mi voto a los taitas de la plaza, ando por las calles rogando que me digan por cuál de los patrones he votado y no hay nadie quien me haga este favor. (*Al oír esto, el maestro de escuela se acerca al viejo*)

ACIDAL, *al viejo*:— A ver este papel que te han dado los taitas de la plaza. ¿Es ése que tú tienes ahí? (*Le toma el papel azul*)

EL VIEJO:— Sí, taita. Como no sé leer... (*Acidal lee la cédula y el maestro hace lo mismo*) ni sé tampoco los nombres de los patrones candidatos...

ACIDAL Y EL MAESTRO:— Ramal. Por el Dr. Ramal. Has dado tu voto por Ramal. Así dice la cédula.

EL VIEJO, *sin comprender*:— ¿Quién dices, taita? Ramar?...

ACIDAL Y EL MAESTRO, *juntos*:— Ra-mal. Maaaal. Has votado por el Dr. Ra-maal.

EL VIEJO, *pensativo, mirando el papel*:— Ramaaal... ¿Quién es, pues, taita? El patrón Ramal... ¡Pst!... (*Resignado*) ¡Así será, pues, taita! ¡Qué se hará! (*El viejo sale*) Dios se los pague, taitas.

ACIDAL, *al maestro*:— ¡Ya ve usted! Casi todos los que votan por Ramal no saben leer ni escribir.

EL MAESTRO:— ¿Y usted sabe quién firma por todos los analfabetos?

ACIDAL:— ¡El burro! Ya lo sé, que es secretario de Ramal.

EL MAESTRO:— Peor fue la vez pasada.

ACIDAL, *lavando unos vasos*:— ¿Cuándo? ¡Ah, sí! Cuando las elecciones para Presidente de la República.

EL MAESTRO:— ¿Se acuerda usted? ¡Qué escándalo!

ACIDAL:— En todas las elecciones es lo mismo. (*Un grupo de electores pasa delante de la tienda, conducidos por un capitulero, lanzando: "¡Viva el Dr. Ramal! ¡Viva el Desiderio, que les tapó la boca a los soldados!"*)

EL MAESTRO:— ¿Usted sabe lo que he visto esta mañana, en la mesa receptora de los sufragios de la Iglesia?

ACIDAL:— ¿Qué ha visto usted?

EL MAESTRO:— ¡He visto a 27 muertos que votaban por Saruño! (*Aquí, pasa un segundo grupo de electores por la calle, gritando "¡Viva Saruño! ¡Abajo Ramal! ¡Abajo el gendarme Tapia y su mujer, la loca Gumerdial!" El maestro dice entonces a Acidal*) Un momento... Ya regreso... (*Da un salto y va a reunirse con los manifestantes y grita a plenos pulmones*) ¡Viva, señores, el Dr. Saruño! ¡Viva!... (*La muchedumbre se aleja entre vivas y aplausos, en momentos en que llega Cordel Colacho, de prisa y malhumorado*) (*Cordel es hermano mellizo de Acidal, con quien tiene un asombroso parecido, físico y moral. Si no fuese por el traje que es distinto en cada uno de ellos, se podría fácilmente tomar el uno por el otro. Cordel está vestido aún más estrictamente que Acidal, de peón, pero de peón endomingado*)

CORDEL, *sacándose la gorra y enjugándose el sudor*:— ¡Uf, carajo!... Vengo sudando como una bestia. ¿Cómo van las ventas?

ACIDAL:— ¡Pésimas! ¿Y tú? ¿Te ha visto Saruño?

CORDEL:— No. Pero me ha visto el Tuco. (*Abre el cajón del mostrador y cuenta el dinero*) ¿Cuánto has vendido desde que me fui?

ACIDAL:— Tres pesos sesenta. La gente ni siquiera se asoma a la puerta. Así me reviente gritando.

CORDEL:— ¿Tres pesos sesenta? ¿Nada más en toda la mañana?

ACIDAL:— ¡No sé lo que vamos a hacer con el viejo Tuco!

CORDEL:— ¡Qué Tuco ni gato muerto! ¡Le pagaremos cuando podamos!

ACIDAL:— Qué tu dices... El viejo está furioso por su plata. Acaba de venir la Chepa... a decirme que su hermana Tomasa le ha oído ayer al Tuco gritar pestes de nosotros. El viejo —dice—, va a demandarme al sub-prefecto para echarnos a la cárcel...

CORDEL:— ¡Chismes y huevadas! (*Comiendo golosamente unas galletas*) ¡Me muero de hambre! No nos han dado nada en casa de Saruño.

ACIDAL:— ¡Ah, pero así vas a acabar la caja de galletas! ¡Tú sí que eres contra la gran lechuza! ¡Ves como estamos y te pones a comer lo poco que hay en la tienda!

CORDEL:— ¡Oye! dejé anoche tres papas en la olla para hoy. ¿Quién se las ha comido? Si estuvieran aún ahí, no tocaría ahora tus galletas. (*Tirándolas a la cabeza de Acidal*) ¡Toma! ¡Cómetelas tus galletas! Y que te hagan provecho!... (*Un rapazuelo entra corriendo, con varios sobres en las manos*)

EL RAPAZUELO, *escogiendo uno de los sobres*:— Los señores Colacho? Una tarjeta del Alcalde. (*Entrega el sobre a Cordel y sale, apurado. Cordel abre ansiosamente el sobre y Acidal, temeroso a su vez, se acerca a ver de qué se trata. Ambos leen ávidamente la tarjeta que Cordel ha extraído del sobre. Al fin, Cordel vuelve lentamente a Acidal unos ojos desorbitados y ambos quedan mirándose mudos de estupor*)

CORDEL, *reaccionando él primero, relee a trozos la tarjeta, pasmado*:— "... A los señores Acidal y Cordel Colacho... a almorzar... Silverio Carranza... alcalde de la provincia..." (*Volviéndose de nuevo a su hermano, en un grito de gloria*) ¡Acidal! ¡Fíjate! (*le entrega la tarjeta*) ¡Una invitación del Alcalde de Colca! —¡me oyes bien!— nada menos que del señor Silverio Carranza, del señor Alcalde de Colca, a los señores Acidal y Cordel Colacho...

ACIDAL, *aturdido, relee a su turno*:— ¡No!... ¿No puede ser? ¡No es posible!

CORDEL:— ¡Sí! ¡Ahí está! (*Abraza frenéticamente a su hermano*)
¡El alcalde! ¡A nosotros! ¡A nosotros, hermano mío!...

ACIDAL, *tras una reflexión se serena y trata ya de entrever las posibles consecuencias de tal invitación*:— ¡Hum!... ¡Carajo!... ¡creo que, de esta fecha, nos hemos salvado!... ¡Salvado, carajo!

CORDEL, *paseándose a grandes zancadas, triunfal*:— ¡Al fin, carajo!
¡Después de tanto sufrir, de tanto padecer, al fin! ¡Al fin, somos alguien en Colcal! ¡Ahora sí!... ¡Ahora sí!... (*Lanza una gran risotada de júbilo incontenible*)

ACIDAL, *no se cansa de releer algunas palabras de la tarjeta*:— "... tiene el honor..." (*Volviéndose a Cordel*) ¿Oyes tú? ¡Dice que tiene el honor! ¿Lo has leído?

CORDEL:— ¡Que tiene el honor!... ¡Y el resto!... ¡Y todo lo demás!..

ACIDAL, *releyendo siempre la tarjeta, tiene un sobresalto*:— ¿Qué hora es?

ACIDAL, *consultando un enorme reloj de bolsillo*:— Las doce y veinte. ¿Por qué?

ACIDAL:— ¿Por qué? ¡Pero porque dice que es para la una de la tarde! ¡Ya no tenemos tiempo! Habrá que contestar antes de ir? ¿Cómo se hace en estos casos?

CORDEL:— Tendrás que ir sólo tú, porque tengo que cuidar la tienda. Ya puedes ir vistiéndote.

ACIDAL:— Y ¿tú? ¿Por qué no vas a ir tú, que eres más listo y sabes presentarte entre gente?

CORDEL:— Pero tú eres el mayor. Van a decir que somos unos brutos, que ignoramos urbanidad. Entre la gente decente, es el mayor de los hermanos que va siempre, cuando no pueden ir los dos...

UNA INDIA, *desde la puerta*:— Tienes, patrón, azúcar?

CORDEL, *a Acidal*:— ¡No es hora de vender! (*A la india*) No hay azúcar. Vuelve mañana... (*A Acidal*) Cierra la puerta. Tienes que vestirme. (*La india ha salido y Cordel cierra la puerta de la calle, de golpe*) ¡Qué ventas ni ventas! ¡Con el almuerzo del alcalde, vas

a ver! ¡Vas a ver: relaciones, negocios, dinero, todo! Así se comienza siempre. ¡Vístete! Ponte el saco azul y el cuello duro.

ACIDAL:— Pero mejor sería que vayas tú, Cordel. Tú eres más simpático, más buenmozo. Además, a mí me duelen los zapatos. . .

CORDEL, *sacando de un baúl la ropa para su hermano*:— Déjate de cojudeces y vístete. ¿Dónde están los zapatos, para verlos? ¿Dónde está la camisa rosada con pintas verdes? ¿Está limpia?

ACIDAL:— ¡Anda, tú, Cordel! Mira que tú sabes mejor que yo andar con zapatos. A mí me hacen doler el dedo chico horribilmente.

CORDEL, *exasperado*:— ¿Así que no quieres ir? ¿No? ¡Bueno!

ACIDAL:— Por favor, yo no. Tú, sí, Cordo. ¡Por dios!

CORDEL, *furioso, arroja la ropa otra vez al baúl*:— ¡Esto es de no te muevas! ¡Vamos a perder por tu culpa la única ocasión, y que nos cae de las manos de Dios, de entrar en la buena sociedad!

ACIDAL:— ¡Pero si yo no sé sentarme entre gente! Y tú lo sabes. Tengo vergüenza. Le ponen a uno tenedor y otras huevadas. Si me ven que no sé comer, entonces sí que nos joderíamos. Nunca más nos invitarían a ninguna otra parte.

CORDEL:— ¿Dónde hay papel de carta, del bueno, para contestar la tarjeta y enviar la respuesta, antes de la hora del almuerzo?

ACIDAL, *sacando papel de un cajón*:— Aquí hay. ¿Se contesta así las invitaciones? Me parece que es después de comer que se agradece.

CORDEL:— ¡Antes! En la buena sociedad, se agradece antes de comer. En Mollendo vi una vez que así lo hizo el tuerto Pita. ¡Escribel! . . . (*Acidal se dispone a escribir*) Haz una buena letra. Clara. Redonda. Cierra bien los ojos de tus os. Ponles cruces a tus tes. ¡Y con tinta negra! . . . (*Vuelve a sacar la ropa*)

ACIDAL, *recuerda algo de pronto*:— ¡Hombre! ¡Hay por ahí un modelo de carta, justamente en el mosaico! . . . (*De entre papeles que hay, saca y desempolva un librejo desencuadernado y busca una página*) ¡Pistonudo! ¡Como pedrada en ojo tuerto! . . .

CORDEL, *impaciente*:— ¡Ya son las doce y media! ¡Qué mosaico ni mosaico! ¡A qué hora vas a vestirtel!

ACIDAL, *que ha encontrado la página modelo*:— ¿No ves? Aquí está. ¡Estupendo! (*Se pone a copiar el modelo*) El caso es exactamente igual. (*Cordel, entre tanto, cepilla la ropa y limpia los zapatos apuradamente. Acidal, de repente, contrariado, los ojos fijos en la página del mosaico*) ¡Qué vaina! ¡Carajo!..

CORDEL:— ¡Pero apúrate, hombre! ¿Qué sucede?

ACIDAL:— Hay una palabra borrada en el mosaico, y no se sabe lo que dice.

CORDEL, *acercándose*:— ¿Dónde? A ver..

ACIDAL, *lee y muestra la página a su hermano*:—... “Tenemos la...” ¿Tú ves?... Está borrado. (*Raspa con la uña la página*) Y raspar resulta peor... Parece que se hubieran meado... No se puede ver lo que dice..

CORDEL:— ¡Espérate! (*Raspando, a su turno, la página*) ¡Carajo! ¡Nada!...

ACIDAL:— Serán los ratones que se han cagado.

CORDEL:— ¡Qué vaina! ¡Arréglalo como puedas! ¡De cualquier modo!

ACIDAL, *volviendo a escribir*:— Lo que debe decir ahí es: honra... “Tenemos la honra de agradecer a usted”. ¿No te parece que la palabra en que se han cagado los ratones es “honra”? ¡Mira bien!

CORDEL, *volviendo a mirar la página*:— Creo que sí... Sí, sí. Además, ¿qué otra palabra podría ser? (*Lee*) “Tenemos la...”

ACIDAL:— “... honra”

CORDEL:— “honra”, no cabe duda. No puede ser “la gloria” o “la alegría” o... “la...”

ACIDAL, *convencido*:— No... Eso es “Tenemos la honra”. ¡Ratones sin vergüenza! (*Sigue escribiendo*)

CORDEL:— Apúrate no más. ¿Te has afeitado? (*Le mira bien la cara*) Bueno... menos mal. Tienes que peinarte. (*Va a traer el peine y se acerca a peinar a su hermano, mientras éste escribe con sumo esmero la carta*) ¡El tiempo vuela!... No muevas la cabeza.

ACIDAL, *la cabeza rigurosamente inmóvil, agachado*:— ¿Cómo se escribe “honra”?

CORDEL, *continuando el peinado de Acidal*:— Honra, sin hache.

ACIDAL:— Ya sé, pero ¿con una o dos erres? (*Silabea, martillando sobre la “ra” de “honra”*) Hon-rrra!... Después de n, con una sola erre, me parece. Ooon-rrra... Sí. (*Reanuda su redacción*)

CORDEL:— Onra se escribe con una sola erre, desde luego, pero ponle dos o tres, para que no vayan a pensar que es por miseria... Te he dicho que no muevas la cabeza.

ACIDAL:— Ya está. Va con tres erres. ¡Qué más da!

CORDEL, *en éxtasis*:— ¡Recórcholis! Los Torres van a cagarse de envidia: ¿Acidal Colacho invitado a la mesa del señor Alcalde? ¡Para servir a usted!... (*Ha terminado de peinar a Acidal y ahora se pasea, impaciente, hablándole sin cesar*) No hables mucho en la mesa. Muy serio y respetuoso con todos. ¡Fíjate en el honor que vas a tener de comer con la familia del Alcalde y con el Sub-Prefecto. los doctores y toda la crema de Colca!... Y así son las cosas: bastará que te vean una sola vez en la mesa del Alcalde, para que los demás aristócratas empiecen también a invitarnos: el juez, el médico y hasta el mismo diputado, cuando salga elegido Saruño... (*Una risa inefable*) ¡Ayayayaya!... De este almuerzo depende nuestra suerte... El secreto está en entrar en la buena sociedad... De esto estoy convencido... El resto vendrá por su propio peso: la fortuna, los honores... ¡Oh qué grande es la bondad del Creador! ¡Cómo le ha tocado el corazón al alcalde para que nos invite a nosotros, pobrecitos, que el viejo Tuco quiere demandar y echar a la cárcel, por sus 47 soles que le debemos!... (*Contemplando una vez más la tarjeta*) ¡Lo veo y no lo puedo creer!

ACIDAL, *cerrando la carta de respuesta al alcalde*:— Ya está. ¿Cómo vamos a mandarla?

CORDEL:— Voy a ver al Cholo Fidel que está aquí, al lado... Tú, mientras tanto, ¡vistete a las voladas! (*Toma el sobre y sale al trote*) Ahí, tienes la ropa.

ACIDAL:— Pero, ¡oyel! ¡No voy al almuerzo! Irás tú... *(Cordel ya ha desaparecido. Acidal, a solas, examina la ropa, como un conde-nado que contempla el aparato de su ejecución)* ¡Coche de mierda!... ¡Siempre quiere que yo sea el que me joda!... *(Se desabotona el chaquetón para cambiarse de traje, mas luego se rebela, furioso)* ¡Ahora es cuando no he de ir!... ¡Que vaya éll... ¡Que se vista éll... ¡Que no me joda a mí ... *(Se deja caer sobre un cajón, apoyando la frente en ambas manos. Después alza los ojos y considera los zapatos. Se acerca, los toca para verlos bien)* ¡Claro! Un calzado comprado para dos no es para ninguno!... *(Luego se mira seriamente, de pies a cabeza, y medita. Da unos pasos majestuosos: gira solemnemente sobre sus talones; vuelve con arrogancia la cabeza; mira con dignidad; parpadea; queda soñador; se pone las manos en los bolsillos de ambos lados del chaquetón, cimbrándose hacia atrás; murmura unas palabras cortesanias, puliéndose)* Sí... Ya lo creo... Lo comprendo perfectísimamente... *(Volviendo brusca-mente la cara a otro lado, fino y galante)* ¿Decía usted, señorita?... Quizá... Es muy posible... En las tardes. Cuando el sol se aleja tras de los montes... ¿Cree usted?... ¿De veras?... *(Se queda pen-sando. Una queja se escapa de sus labios)* ¡No voy! ¡No voy! ¡No puedo ir! ¡No puedo!... *(Una mezcla de angustia y de terror le po-see)*

CORDEL, *que vuelve corriendo*:— ¿Y? ¿Qué cosa? ¿Todavía sin vestir?... *(Acidal está sentado sobre su cajón, la cara oculta en ambas manos)* ¡No seas bárbaro, Acidal! Mira: hoy, tú vas al almuerzo del alcalde, que es su santo. Ahí vas a conocer a mucha gente importante. Vas a dar la mano a personajes grandes. Si mañana necesitamos una recomendación, una garantía, una fianza, en fin, alguna cosa, nos la darán inmediatamente. Seguro que el sub-prefecto va a estar en el almuerzo. Si el viejo Tuco quiere hacernos poner en la cárcel, el sub-prefecto, una vez que te haya visto de invitado del alcalde, no va a poder echarnos a la cárcel así no más... *(Acidal descubre el rostro y considera detenidamente a Cordel)* Se hará el tonto, porque tendrá miedo de enojar a un amigo del alcalde... En fin... Tú sabes como son todas estas cosas... Además y por último, es así como viene el dinero: con amigos. . *(Acidal, sin contestar nada, vuelve a desabotonarse el chaquetón y empieza a*

cambiarse de traje) Y el mismo viejo Tuco. Estará ahí y ahora que te vea a tí también, entre los personajes de Colca, ya no se va a atrever a hacernos nada. *(Esta idea es ya, por sí sola, un resultado espléndido de la invitación)* ¡Nada, mi viejo! ¡Es claro y lo vas a ver! ¿No lo crees? ¡ Hombre!

ACIDAL, *vistiéndose ahora cada vez más apresuradamente*:— ¡Mira el reloj! ¿Qué hora es? ¡Alcázame la corbata!

CORDEL, *haciendo cuanto le dice Acidal*:— Todavía tienes el tiempo, el tiempo justo... Son las... ¡Veinte para la una! ¡Son veinte minutos! ¡Con tal que llegues a la una en punto! *(Dándole consejos)* No tengas miedo. ¡Qué carajo! Después de todo estos caga-parados son, en el fondo, unas cacatúas! No te apoques... Si te preguntan por mí, diles que estoy muy bien... es decir, con cierto tono: *(Lo silabea, puliéndose)* “un poquito resfriado, pero sin gravedad”... *(Le cepilla la espalda)* Procura hablar de cosas importantes... con mucha seriedad y sonriendo sólo de cuando en cuando, sin abrir demasiado la boca, como el carnero Erasmo...

ACIDAL, *poniéndose los zapatos*:— Si mucho me aprietan, no respondo de nada. Tendrán que verme que cojeo y todo se irá al agua...

CORDEL, *sin oír*:— Trata de acercarte cuanto puedas al sub-prefecto. Acuérdate de la Chepa y del viejo Tuco...

ACIDAL, *de pie, inmóvil*:— ¿Dónde has puesto el sombrero?

CORDEL, *precipitándose, trae el sombrero*:— ¿Dónde se pone uno la servilleta, cuando se come? ¿Te acuerdas dónde se pone?

ACIDAL, *nerviosísimo, transpirando a chorros y más colorado que de ordinario*:— ¿La servilleta?... Se la tiene en la mano izquierda... Digo... Me equivoco: en la derecha.

CORDEL:— No. Se la pone en el pecho, como babero. No te olvides. ¿Me has oído?

ACIDAL, *sin atreverse a moverse de su sitio*:— Ya... En el pecho... Me voy...

CORDEL:— A ver... Anda un poco, para verte. Da unos pasos.

ACIDAL, *da los primeros pasos con zapatos, frunciéndose de dolor*:—

No sé si voy a poderlos soportar. ¡Tengo los dedos chiquitos completamente apachurrados!

CORDEL:— Haz, querido hermano, un esfuerzo. Tú sabes que yo tampoco puedo ponerme zapatos. De otro modo y en último caso, iría yo en tu lugar...

ACIDAL, *ya en la puerta, con dolorosa resignación*:— Sí... Así andas siempre diciendo. Hasta luego.

CORDEL:— Espérate. Sería bueno que te ensayes un poco para que sepas bien lo que has de hacer. A ver: anda, como si entraras a la casa del alcalde. Camina. Avanza. ¡Con toda dignidad! ¡Derechito!... (*Acidal ejecuta el movimiento como dice Cordel*) Así... Así... Puedes poner una mano en el bolsillo del pantalón. La izquierda... Eso es... No la metas demasiado en el bolsillo. Dicen que eso no es limpio... Di: "Buenas tardes, caballeros". "Buenas tardes, señora". A ver: suponte que te encuentras en el patio con un sirviente. Yo soy el sirviente. Y yo te saludo... (*Cordel saluda a Acidal, con un infinito respeto*) "Buenas tardes, patroncito..." Y tú, ¿cómo vas a contestar? Respóndeme... (*Repite el saludo*) "Buenas tardes, pues, taita".

ACIDAL, *pavoneándose, la voz seca y gruesa, tieso, despreciativo sin mirar al sirviente*:— Buenas.

CORDEL:— Magnífico... ¿Y si te encuentras a un doctor?... Yo soy el Dr. López, que paso a cierta distancia de ti. ¿Cómo harías? ¿Cómo saludarías? (*Los dos ejecutan la maniobra*)

ACIDAL, *quitándose el sombrero, inclinándose, sonriente, la voz dulzona y servil*:— ¡Adiós, señor doctor!...

CORDEL:— ¡Estupendo!... ¿Te duelen todavía los zapatos?

ACIDAL, *sobreponiéndose al dolor, con heroísmo*:— ¡Oh, espantosamente! Pero, ¡carajo! prefiero los zapatos al badilejo. O a tener que ir a la cárcel, por los 47 soles del viejo Tuco. (*Sale rápidamente, cojeando*)

CORDEL, *siguiéndole unos pasos*:— ¡Bravo, hermanito! ¡Bravo! Dios te mira con ojos de misericordia en el almuerzo!... (*Acidal desaparece y Cordel abre de par en par la puerta de la calle. De pie en el dintel, los pulgares agarrados a las axilas de los sobacos, pre-*

gona con voz vigorosa, casi imperativa y señorial) ¡Bueno! ¡Bonito!
¡Y barato! ¡Azúcar a dos y medio!... ¡Fósforos con cabeza colorada!
¡Chocolat!... ¡Pañuelos casi de seda!... ¡Adentro, adentro!... ¡Ají se-
co!... ¡Cigarrillos amarillos! ¡velas blancas!... ¡Todo bueno, bonito
y barato!...

TELON

Cuadro Segundo

Una tarde, en el gran bazar de los hermanos Colacho, en las minas de oro de Cotaroa, de la provincia de Taque.

A la izquierda de la escena, un largo mostrador, que va desde las candilejas hasta el fondo de las tablas. En las casillas de todos los muros, sobre cajones y en una parte del mostrador, mercaderías, telas, víveres, atestando el local. Al fondo, una ventana, por la que se columbra montañas cubiertas de nieve. A la derecha, dos puertas abiertas sobre una explanada o calle en construcción. A la izquierda, detrás del mostrador, una puerta que da a la trastienda.

Cordel, vestido contra el frío, como los demás personajes de éste y del cuadro cuarto, aparece de perfil, primer plano, detrás del mostrador, sentado, en una oficina pequeña pero confortable y hasta elegante. Está hojeando unos libros de contabilidad, con títulos dorados sobre fondo rojo. Su traje y sus modales indican que ha dejado, al fin, de ser un obrero, para convertirse en patrón. Pero, en el fondo, bajo su cáscara patronal, conserva el tuétano del peón.

Un poco más allá, también detrás del mostrador, lava un lote de botellas Novo, hijo de Acidal, de unos diez años, flacuchento, timorato y con cara de huérfano. A la derecha, Orocio, el dependiente —30 años— muy humilde pero muy activo, sacude y arregla tejidos y paquetes en las casillas.

Cordel echa frecuentemente sobre Orocio y sobre Novo, vistazos de severa vigilancia. Un tiempo.

CORDEL, *bruscamente a Novo*:— Dame una de las botellas que has lavado. (*Novo, por apurarse, produce un choque entre las botellas y dos o tres se rompen. Cordel, furibundo, se lanza sobre él*) ¡Carajo! ¿Qué tienes en las manos, animal?... (*Novo, aterrado, da un traspíe*) ¡No sabes más que romperlo todo! (*Con los puños cerrados, amenazador*) ¡Te molería las costillas! ¡Recoja usted estos vidrios! (*Novo recoge los vidrios y Cordel lo abofetea. Novo se echa a llorar*) ¡Y limpie ese suelo!... (*Novo limpia el suelo*) ¿Ya está?... ¡Siga lavando las botellas! ¡Y cuidado con que vuelvas a quebrarlas! ¡Porque entonces sí que yo te quiebro las mandíbulas! ¡Un diente por cada botella! ¿Me has oído?... ¡Contesta! ¡Estoy hablándote!

NOVO, *llorando*:— Sí, tío.

CORDEL *pasa cerca de Novo, le mete brutalmente la mano en un bolsillo*:— ¿Qué tienes ahí? (*Novo se queda paralizado*) No te muevas... (*Sacándole del bolsillo un caramelo*) ¿Quién te ha dado este caramelo? ¿De dónde lo has agarrado? (*Novo no hace más que gemir, con la cabeza agachada*) ¡Ladrón! ¿Sabes cuánto nos cuesta a tu padre y a mí un caramelo? ¿Uno solo?... (*Le toma de una mecha de pelo de cerca de la oreja y le levanta en alto, haciéndole retorcerse de dolor*)

OROCIO, *interviene tímidamente*:— ¡Patrón!... ¡Al menos, porque no tiene madre...

CORDEL, *soltando su presa que se ahoga llorando*:— No tiene madre pero tiene dos padres, en lugar de uno. Yo soy más que su tío... (*A Novo*) ¡Debes saber, animal, que yo también soy tu padre porque lo que comes sale también de mis bolsillos!... ¡Lava, carajo, las botellas, si no quieres que te meta, como a los soras, a trabajar en los socavones, para hacerte volar los huesos a punta de dinamita!...

UNA SORA, *entrando*:— Buenas tardes, taita.

CORDEL:— ¡Ah, la vieja Rimalda! ¿Cuántos huevos me traes?

LA SORA, *poniendo un lote de huevos sobre el mostrador*:— Cuéntalos, taita. Dos semanas de la gallina negra y una de las dos po-

llas. (*Cordel cuenta los huevos*) Tú verás y me dirás también cuánto te he traído en todo y por todo, porque quiero llevar unas cositas de tu tienda.

CORDEL:— Catorce. A tres por medio, son... dos reales y medio.

LA SORA: ¿Cuánto, taita?

CORDEL:— Hoy, me traes catorce. El precio lo veremos después.

LA SORA *pensativa*:— Catorce... Así será, pues, taita.

CORDEL:— ¿Y dices que quieres saber cuántos huevos me has traído por todo?

LA SORA:— Sí, taita. No me acuerdo.

CORDEL, *consultando una libreta*:— Voy a decírtelo... (*Escribe unos números en un papel aparte*) Aquí está... El 3 me trajiste 8: el 12, 16, y hoy me traes 14... Vamos a ver... (*Se dispone a hacer la suma*) Mira bien, Rimalda, para que no vayas a pensar que te robo... .

LA SORA:— ¡Vaya con Dios, el taital... .

CORDEL, *puestas en el papel las tres cantidades, una debajo de otra, en columna vertical, hace la suma, ante los ojos de la mujer, cantando en alta voz la operación*:— Cuatro y seis, diez; diez y ocho, diez y ocho; deajo ocho y llevo uno... Pero... (*Se queda pensando. Mirando afectuosamente a la mujer*) Pero ¡qué te voy a llevar a ti, pobre vieja!... ¡Para que sigas trayéndome siempre tus huevos, no te llevo nada! ¡Mira, pues, lo bueno que soy contigo! No te llevo nada... .

LA SORA:— Gracias, taita, que no me lleves nada. Dios te lo pagará.

CORDEL:— Y aunque no me lo pague, Rimalda. Yo soy incapaz de llevarme nada a una pobre vieja como tú... (*Vuelve a la operación*) Decíamos: cuatro y seis, diez; diez y ocho, diez y ocho. Deajo ocho y yo no te llevo nada. Uno y uno, dos. Son 28 huevos en total, los que te debo. (*Orocio mira a Cordel, desconcertado*)

LA SORA:— Así será pues, taita.

CORDEL, *sacando de un cajón unas monedas*:— 28 huevos a 4 por cinco centavos, son 35 centavos en total. Aquí tienes tu plata.

LA SORA *recibe las monedas*:— Mil gracias, patroncito. Dios te lo pagará.

CORDEL:— No me agradezcas, vieja. Yo no hago sino cumplir con mi deber. (*Presentándole el papel con las cifras de la operación operada, bien cerca de los ojos de la sora*) Mira ¿estás o no conforme? Aquí no se engaña a nadie. Tú me conoces bien. (*Orocio mira otra vez a Cordel*)

LA SORA:— ¿Qué me enseñas, pues, taita, tus escrituras? ¿Si Dios hubiera querido que yo conozca números!...

CORDEL, *palmeándole en el hombro*:— ¡Ah, buenamoza Rimalda! ¿Qué quieres llevar del bazar? ¿Tu tocuyo? ¿Tu sal? ¿Tu jabón?

LA SORA:— Una varita de tocuyo, taita. ¿A cómo está? No sé si podrás dármelo por la platita de los huevos...

CORDEL:— Se te dará tu vara de tocuyo. Orocio, dale una vara de tocuyo a la Rimalda, del de 30.

OROCIO, *apresurándose a cumplir la orden*:— Bien, patrón.

CORDEL:— Y tú Novo, ¿qué esperas que no guardas estos huevos?

NOVO *volando a recoger los huevos*:— Ahí voy, tío.

CORDEL, *volviendo a sus libros de contabilidad, a Orocio*:— Dale también medio de sal. (*A la mujer*) La sal es por los cinco centavos restantes. Quedamos mano a mano. Treinta y cinco centavos justos.

LA SORA:— Así será, pues, taita.

CORDEL:— Y no dejes de seguir trayéndome tus huevos, todas las semanas.

LA SORA:— Pierda cuidado, taita. Cuenta con tus huevecitos. (*Habiendo sido despachada con la sal y el tocuyo, la sora pone el dinero que le diera Cordel, sobre el mostrador, delante del dependiente, como pago de su compra*) Velay... Dios te lo pague, patroncito. (*Sale*)

OROCIO, *entregando el dinero a Cordel*:— Adiós, mama. Que le vaya bien.

CORDEL, *a Orocio*:— ¿Contaste cuántos paquetes de fósforos han venido en los cinco cajones recién llegados?

OROCIO, *va a consultar unos números en un papel*:— Todavía no, patrón. Aquí están para sumarlos. (*Se dispone a hacer la suma de los cinco cajones*)

CORDEL:— ¿Cuántos paquetes han venido en cada cajón? Dímelos uno por uno, antes de sumarlos.

OROCIO, *consultando sus apuntes*:— En el uno han venido 25, en el otro 15, en el otro 17, en el otro 26 y en el otro 24.

CORDEL, *se acerca a ver que haga bien la suma el dependiente*:— Ahora súmalos. Cuenta fuerte, que yo te oiga.

OROCIO, *sumando su columna de cinco sumandos*:— 5 y 5, 10; y 7, 17; 6, 23, y 4, 27; Pongo 7 y llevo 2...

CORDEL, *saltando y parándolo*:— ¡Ah, no! ¡Alto ahí! Tú no te llevas nada... (*Un vistazo sobre Novo*) ¿Qué maneras son éstas de llevarte mercaderías que no te pertenecen? Tú, aquí, no eres sino mi dependiente y no tienes derecho a llevarte nada del bazar. Absolutamente nada. (*Otro vistazo a Novo*)

OROCIO, *desconcertado*:— Pero, patrón, es sólo para sacar la suma... que yo me llevo 2... no por otra cosa.

CORDEL, *tomando él mismo el lápiz para hacer la operación*:— ¡Ah, sí, sí!... ¡Ya, ya!... ¡Yo conozco a mi gente! (*Una risita zumbona*)

OROCIO:— Yo no he llevado nunca nada de su casa...

CORDEL:— ¡Silencio! ¡Cállese! (*Otro vistazo sobre su sobrino*) ¡A ver! (*Hace la suma en alta voz*) 5 y 5, 10; y 7, 17; y 6, 23; y 4, 27. Pongo 7 y me llevo 2...

OROCIO, *rápidamente*:— ¡Ve usted, patrón! ¡Usted también, para sacar la suma, lleva 2...

CORDEL, *violento*:— ¡Yo sí, por supuesto! ¡Pero soy el dueño del bazar y no sólo puedo llevarme 2, sino todos los paquetes de los cinco cajones! ¿Qué cosa?... ¡Hase visto!

MR. TENEDY, *gerente de la "Quivilca Corporation", entra, fumando una gran pipa y dice seco y autoritario, en un español britanizado y esquemático*:— Don Cordel, buenas tardes...

CORDEL, *cambiando de inmediato su aire de patrón por el de un*

esclavo:— ¡Mr. Tenedy! Buenas tardes, Mr. Tenedy... (Le alarga la mano para estrechar la del yanqui, en el preciso momento en que éste da mediuuelta hacia la calle)

MR. TENEDY, *desde la puerta del bazar, dirigiéndose a alguien que el público no ve:— ¿Quién va por ahí cantando? ¡Eah!... ¡Ese!... ¡Pcht! ¡Pcht!... (Se oye, en efecto, un tanto distante, un canto indígena, entonado por un hombre. Cordel permanece en silencio y a la resguardia del yanqui, atento a lo que hace y dice Mr. Tenedy, quien se vuelve a la derecha de la rua y da una orden) ¡Gendarme!... ¡Usted!... ¡Gendarme!...*

LA VOZ DE UN GENDARME:— *Su señoría... (Aparece y se cuadra respetuosamente ante Mr. Tenedy)*

MR. TENEDY:— *¿Usted oye, desde luego, ese canto que se aleja en el campamento?*

EL GENDARME:— *Es un peón, Su Señoría, de los de Colca.*

MR. TENEDY:— *Hace muchos días que ese peón anda cantando aires de Colca. Es señas que extraña su familia y tiene pena de su tierra. Uno de estos días puede mandarse mudar. Vigílelo. Usted me responde de él. (Mr. Tenedy, dicho esto, vuelve a entrar al bazar)*

EL GENDARME:— *Muy bien, Su Señoría. Perfectamente, Su Señoría. (Se va)*

MR. TENEDY:— *Don Cordel, la empresa necesita en el día 50 peones más. Los soras continúan huyendo. Ya no quedan en los socavones sino gente de Colca. En los talleres de fundición faltan mecánicos y los obreros competentes también faltan. Hágame el favor, don Cordel, de reemplazar, por lo menos, a los soras que han huido o han muerto en este mes.*

DON CORDEL:— *Mr. Tenedy, voy a dirigirme por telégrafo a Acidal. Hoy mismo. En el acto. Aunque, como usted sabe, Mr. Tenedy, los indios ya no quieren venir. Dicen que es muy lejos. Quieren mejores salarios, el entusiasmo del comienzo ha desaparecido...*

MR. TENEDY:— *Lo sé. Pero ¿y el sub-prefecto qué hace? ¿Para qué sirven sus gendarmes? Don Cordel, ya estoy cansado de estos chis-*

mes. La empresa necesita 50 peones y ustedes me los ponen aquí, antes de fin de mes, sea como fuese.

CORDEL:— Mr. Tenedy, se hará por supuesto lo que se pueda, todo lo que se pueda. . .

MR. TENEDY, *con un gesto de impaciencia*:— No me diga usted eso, don Cordel. Todo lo posible, no significa nada. Dígame categóricamente que vendrán esos peones. Es urgente. Impostergable.

CORDEL, *bajando la frente*:— Mr. Tenedy, vendrán esos peones, cueste lo que cueste.

MR. TENEDY:— 50. Ni uno menos.

CORDEL:— Sí. Mr. Tenedy. Voy en este momento a telegrafiar a mi hermano.

MR. TENEDY, *las manos para irse*:— Eso es. Bien. ¿Ninguna novedad por aquí?

CORDEL:— Ninguna, Mr. Tenedy.

MR. TENEDY:— Hasta luego, don Cordel.

CORDEL:— Hasta luego, Mr. Tenedy. (*Mr. Tenedy, al salir, se cruza en la puerta con un sora joven, frágil y de aire enfermizo*)

EL SORA, *quitándose el sombrero, cae de rodillas, aterrado, ante Mr. Tenedy*:— ¡Taita! ¡Taita!

MR. TENEDY, *que ha vuelto sobre sus pasos hacia el centro de la tienda*:— ¡Granuja! ¡Eres uno de los prófugos! ¿De dónde vienes ahora? ¿Cuándo has vuelto? ¡Levántate y responde!

EL SORA, *levantándose, con voz imperceptible, sin atreverse a alzar la cabeza, sin sombrero, los brazos cruzados*:— ¡Perdona, pues, taita! ¡Enfermo! ¡Las espaldas! ¡No me he ido! ¡Las espaldas!

MR. TENEDY, *en un grito estridente y violento como un rayo*:— ¿Cómo? (*El sora ha dado un salto y cae al suelo, fulminado, inmóvil*)

CORDEL, *se acerca al sora y le mueve con la punta del pie*:— ¡Levanta, animal! Huacho, ¿oyes? ¿Qué tienes?

MR. TENEDY:— Raza inferior, podrida.

CORDEL, *sigue golpeando con la punta del pie la cabeza del sora*:— ¡Levanta, te digo! ¡Contesta, Huacho!

MR. TENEDY:— Este bribón huyó, hace mes y medio, con siete más.

CORDEL:— No pensó que iba usted a reconocerlo. (*Aquí, empieza a moverse el cuerpo del sora. Luego, una mirada larga, fija y vacía, rueda lentamente en sus órbitas. Pero, de pronto, despavorido, lanza gritos de terror*)

EL COMISARIO, *quien pasaba, surge*:— ¿Qué sucede aquí? ¡Ah, Mr Tenedy! Buenas tardes... (*Ha sujetado de inmediato al sora por su brazo y Cordel por el otro*)

EL SORA *temblando, los ojos fijos en Tenedy*:— ¡El taita! ¡El taita!

MR. TENEDY, *al comisario*:— Que declare en el cepo, donde están ya sus compañeros de fuga. Si no declara, déjele en la barra hasta mañana. (*Ordena y sale*)

EL COMISARIO:— Perfectamente, Mr. Tenedy. A sus órdenes. (*El comisario llama a lo lejos. Dos gendarmes pronto aparecen y entran*) Llévense a éste a la barra. (*Los dos gendarmes toman al sora que no cesa de dar de gritos de espanto y le llevan. Los tres desaparecen*)

CORDEL:— ¡Serranos brutos! ¡Serranos perezosos! ¡Huilonos!

EL COMISARIO:— Tiembla ahora como un perro envenenado.

CORDEL:— Por terror al gringo. Apenas lo divisan que todo los soras se ponen a temblar y se echan a correr sin control posible. (*Una pareja de soras se asoman a la puerta y penetran al bazar*)

EL HOMBRE Y LA MUJER, *quitándose el sombrero y con humildad*:— Taita, buenas tardes.

CORDEL, *con vivo interés*:— ¡Hola, muchachos! ¿Al fin se decidieron? (*A Baldazari*) Perdona, por favor, comisario, un momentito.

EL COMISARIO, *pasando al mostrador, a servirse a sí mismo una copa de whisky y hablando del sora a quien acaban de llevarse los gendarmes*:— ¡Ha visto usted como se hacía el motolito el muy pen-dejo!

CORDEL, *a los dos soras*:— ¡Adelante! ¡Pasen, pasen! ¡Entren de una vez!

EL HOMBRE *que se ha quedado mirando con su mujer, unos pañuelos de colores que hay colgados en la puerta del bazar*:— ¡Qué bonitos achalajes! ¡Tus verdes y granates, taita!

CORDEL, *aparte*:— Orocio, sácales las garrafas de colores. ¡Rápido! (*Orocio ejecuta la orden y Cordel a los dos soras*) ¿Les gusta los granates? Entren, entren. ¿Se decidieron por lo de la chacra?..

EL HOMBRE, *entrando con su mujer*:— ¡Taita, pues, que se hará!..

CORDEL, *mostrándoles a la luz y en alto las garrafas de colores*:— ¡Miren qué bonito!.. ¡Miren!.. (*El comisario toma su whisky*) ¿Ven ustedes las gallinas con sombrero que hay aquí pintadas?.. (*El comisario lanza una carcajada que él reprime al momento. El propio Orocio hace esfuerzo para mantener la hilaridad. Cordel le dice, aparte, furibundo*) ¡Carajol ¡como te rías!

LOS DOS SORAS *consideran maravillados las garrafas*:— ¡Ay, taita, qué bonito!..

CORDEL:— ¿No son bonitas de verdad? En esta otra, más grande, hay unos árboles de oro, con gendarmes en las hojas. ¡Miren lo que es achalay!.. (*El comisario ríe a escondidas. Como los soras no se atreven a tocar las garrafas, Cordel les dice*) ¡Agárrenlas sin miedo!.. (*Pone una en manos del sora*) ¡Toma, te digo! ¡Agárrala de aquí! ¡Así!..

EL HOMBRE, *con la garrafa en las manos, inmóvil*:— ¡Espérate, pues, taita!.. No te apures!..

EL COMISARIO Y CORDEL, *a la vez*:— ¡Así, hombre!.. ¡Así!.. Puedes hasta moverte con ella!.. No tengas miedo!.. (*El sora, sin embargo, no se atreve a hacer el menor movimiento. La cabeza derecha y rígida, habla moviendo apenas los labios*)

EL HOMBRE:— ¡Tómala, taita! ¡Agárrala! ¡La suelto!

CORDEL, *tomándole de un brazo y haciéndole dar unos pasos, como a un ciego*:— ¡Qué cholo tan zonzol!.. ¡Ven!.. ¡Avanza!.. ¡Camina!.. ¡Así!.. ¡Así!.. Procura por supuesto no tropezarte! ¿Ves?.. (*Mientras el sora camina, con la garrafa bien agarrada en sus manos, la mujer le sigue con los ojos, presa también de gran ansiedad*)

EL COMISARIO:— Puedes también voltear. Y volver a caminar. (A Cordel) ¡Es usted un portento, un compadre! (Bebe otro whisky. El sora está en un extremo del bazar, inmóvil, con la garrafa levantada a la altura del pecho. Su mujer corre a colocarse a su lado, lista para auxiliarle)

CORDEL:— ¿Ya ven que no pasa nada? ¿Qué dicen ahora? ¿Les gusta ésa que tienen ahí? ¿O quieren otra?

EL HOMBRE:— ¡Mucho, taita! ¡Esta!

CORDEL:— ¡Pues tómenla por el terreno de trigo de Gorán! (Es una decisión heroica) ¡Qué caramba! ¡Llévensela! ¡Llévensela no más! (Los soras no parecen acabar de comprender, a tal punto estiman halagadora la propuesta) Yo soy así: ¡todo lo que tengo se lo doy a mis clientes! (Cordel envuelve la garrafa en un papel)

EL COMISARIO, fingiéndose escandalizado de la largueza de Cordel, se opone:— Pero, don Cordel, ¿va usted a darles un garrafa azul por un simple terreno de trigo? ¡Está usted loco!

CORDEL:— Sí, señor... Ya ve usted: no puedo con mi genio.

EL COMISARIO, impide que Cordel siga envolviendo la garrafa y la saca a relucir, levantándola a la vista de todos:— ¡Qué barbaridad! ¡Por un terreno de trigo! ¡Ha visto usted!

CORDEL:— Acabaré, comisario, quedándome sin nada... ¡Qué más da! (A los soras, que permanecen boquiabiertos) ¿Qué dicen ustedes? ¿Aceptado?

EL SORA, emocionado:— Taita, pues... ¡qué te diré!

EL COMISARIO:— Don Cordel, ¡me resiento!

CORDEL:— ¿De qué, comisario? ¿Qué ocurre?

EL COMISARIO:— Usted sabe perfectamente que ando, desde hace tiempo, suspirando por una garrafa azul y, ahora, en vez de vendérmela a mí, usted prefiere regalarla a estos indios por un simple terreno de trigo! ¡Esto no se hace a un amigo, don Cordel!

CORDEL:— Tengo otra, comisario, en la trastienda.

EL COMISARIO:— ¡No diga! ¿De veras tiene usted otra? ¿En la trastienda, dice usted?

CORDEL:— De veras, comisario. Esa, se la venderé a usted; se lo prometo.

EL COMISARIO, *a las soras*:— Pues, entonces, ¡ahí la tienen ustedes! Llévensela, muchachos.

CORDEL:— Claro: yo sé perfectamente que en el negocio, yo soy quien pierde plata. Orocio, envuelve esta garrafa... (*Al comisario*) Así es la vida. ¡Qué quiere usted!

EL SORA, *besa la mano de Cordel y en un grito de felicidad*:— ¡Taita! ¡Dios te lo pagará! (*La mujer besa también la mano de Cordel y el comisario, riendo a escondidas, vuelve a beber otro whisky*)

CORDEL:— Anoche, soñé huevos: ¡para robo!

EL COMISARIO, *aparte, a Cordel*: ¡Pellízqueme, compadre: ya no puedo más! (*Y, en efecto, lanza una carcajada incontenible. Las soras dan un traspié, espantados y se persignan. Orocio, envolviendo la garrafa, ahoga también otra risotada*)

CORDEL:— Burro, ¿de qué te ríes? ¡De tus cascos! (*Volviéndose al comisario*) Por supuesto, un simple terreno de trigo no vale una garrafa azul. Ya lo sé. Pero, ¡a lo hecho, pecho!... No me pesa...

EL COMISARIO, *interrumpiendo*:— ¡Ya, ya, ya, ya!... Yo no quiero meterme en sus negocios.

CORDEL:— Apúrate, Orocio. Una garrafa espléndida, que sólo los patrones tienen en su casa. ¿No es verdad comisario?

EL COMISARIO:— Los patrones y también los obispos. Los obispos también tienen garrafas azules. ¿No es verdad, don Cordel?

CORDEL:— ¡Ah, también los obispos, desde luego! Pero los obispos, comisario, los obispos son los obispos...

EL COMISARIO, *bebe otro whisky*:— ¡Por supuesto!

OROCIO:— Aquí está, patrón, la garrafa.

CORDEL, *tomando la garrafa para dársela a su turno al sora*:— Toma, cholazo, tu garrafa. ¡Agárrala bien fuerte! ¡Con cuidado! No vayas a soltarla...

EL HOMBRE, *tomando el objeto en ambas manos, con gran cuida-*

do:— Taita... Dios te lo pague. (*Después lo levanta a la altura de sus ojos y así lo lleva, como un sacerdote la hostia consagrada*)

EL COMISARIO:— ¡Mira bien dónde pones las patas, para no tropezarte.

CORDEL, *saca por un brazo al sora a la calle, muy despacio*:— Ven... Paso a paso... Por aquí... Poco a poco... Así... Así... (*La mujer sigue, al paso, a su marido*)

EL COMISARIO:— Vaya usted a ver eso. ¡Una garrafa azul por una chacra de trigo! ¡Ayayay, carajol...

CORDEL, *parando de pronto al sora*:— ¿Cuándo me haces entrega del terreno?

EL HOMBRE:— Agárralo, pues, taita, cuando te parezca.

CORDEL:— De cuántos meses está el trigo?

EL HOMBRE:— Sembrado en Todos los Santos. Estamos en los carnavales.

CORDEL:— Iré a verlo dentro de una semana. De todos modos, el terreno es ya mío. ¿No es así?

EL HOMBRE:— Así será, pues, taita. Es tu terreno.

CORDEL:— Espérame la próxima semana. (*Suelta el brazo del sora y le empuja suavemente por detrás, en dirección de la calle*) Adios, cholazo. (*El sora sale, seguido de su mujer, paso a paso, con la garrafa en alto*) Saludos a la china Guadalupe.

EL COMISARIO, *mirando hacia lo lejos en la calle*:— Mire, mire, don Cordel: ahí sale el gringo de su escritorio. ¡Apuesto que va a ver al sora en la laguna!

CORDEL, *mirando en dirección indicada*:— ¡Sí, sí, sí!... ¡Ahí va!... Ya lo veo...

EL COMISARIO *empina de un sorbo su copa y sale corriendo*:— ¡Carajo! ¡Para los sapos que son cutulos!... (*Cordel sigue con la mirada unos instantes al comisario. Permanece luego pensativo. Se vuelve al dependiente que sigue arreglando y sacudiendo las mercaderías*) ¡Orocio!

OROCIO:— Patrón...

CORDEL:— Venga usted acá.

OROCIO *acudiendo de inmediato*:— Patrón.

CORDEL:— ¿Dónde está Novo?

OROCIO:— Adentro, en el depósito, patrón.

CORDEL, *severo y en voz baja, para no ser oído de Novo*:— ¿Por qué te encaprichas en dar el mal ejemplo a mi sobrino?

OROCIO, *tímido*:— Patrón, no doy el mal ejemplo. . .

CORDEL:— ¿Qué has hecho, hace un momento, con la suma de los fósforos?

OROCIO:— ¿Qué he hecho, patrón?

CORDEL:— ¿Sabes lo que significa, a los ojos de un monigote de su edad, que un dependiente como tú, se lleve, aunque sólo sea en pensamiento, para los efectos de una operación de suma, dos o más paquetes de mercaderías, en la cara y en las barbas del dueño de la tienda? ¿Sabes lo que eso significa, como mal ejemplo, para que Novo quiera también un día, llevarse lo que se le antoja del bazar so pretexto de que va a hacer con las mercaderías tal o cual cosa? ¡Contesta!

OROCIO:— Patrón, es muy distinto. . .

CORDEL:— A los muchachos no hay que enseñarles, ni siquiera de broma, ni por algún motivo, a llevarse nada de lo que no les pertenece.

OROCIO:— Patrón, sólo era para la suma. Porque así se dice siempre. . .

CORDEL:— ¡No, señor! Te digo que por ningún motivo. ¿Me has oído? ¡Me parece que hablo castellano!

OROCIO:— Bien, patrón. No volveré a hacerlo.

CORDEL:— ¡Jamás! ¡Que eso no se repita! Cuando Novo está aquí y tengas que hacer una suma en su presencia, no hay que cantar en alta voz la operación. Hay que hacerla mentalmente o hay que esconderse para hacerla. Novo no sabe sumar, ni entiende nada de las palabras que se dicen al sumar. Lo único que él oye es que tú te llevas los paquetes, y el resto no comprende.

OROCIO:— Patrón, ¿y cuando usted me ordena que haga la suma en alta voz bien fuerte?

CORDEL, *vacilante*:— Cuando yo te ordeno... Pues... Entonces... entonces... Pues, en lugar de decir: “Llevo dos, o tres, o cuatro” o el número que sea, debes decir: “Patrón, lleva usted 2 ó 3 ó 4” o lo que sea.

OROCIO:— Muy bien, patrón. Ya Sé.

CORDEL, *disponiéndose a escribir, en alta voz*:— ¡Novo!

NOVO, *viniendo de la trastienda a toda carrera*:— Tío...

CORDEL, *escribiendo*:— Llévame este despacho al telégrafo. ¡Corriendol.

NOVO, *que está esperando*:— Sí, tío...

CORDEL, *le da el telegrama*:— Toma. ¡Y no pises muy fuerte para no acabar la zuela de tus zapatos!

NOVO:— Sí, tío. (*Sale al vuelo. Cordel hojea un libro de cuentas y luego, a Orocio*) Mira en tu libreta cuántos indios murieron en las minas en el mes pasado y cuántos huyeron.

OROCIO, *consultando una libreta*:— En seguida, patrón...

CORDEL:— Mr. Tenedy quiere 50. Yo no creo que la cifra sea exacta.

OROCIO, *leyendo*:— Huidos: 27; muertos: 19. Total 46.

CORDEL *pensativo*:— Sí... Más o menos, es el número: 50... ¡Hom!... ¿Y el mes anterior?

OROCIO, *leyendo*:— Huidos: 3; muertos: 26; total: 29.

CORDEL, *como para sí*:— Curioso... Huyen cada vez más y mueren menos...

MR. TENEDY, *vuelve al bazar, de buen humor*:— Don Cordel, deme usted un whisky, hágame el favor.

CORDEL, *solícito*:— En el acto, Mr. Tenedy. (*Sirve la copa*)

MR. TENEDY:— Los gendarmes acaban de coger a doce soras.

CORDEL:— ¿De los prófugos?

MR. TENEDY:— De los prófugos de la última semana. Acompáñeme con otra copa.

CORDEL:— Con mucho gusto, Mr. Tenedy. (*Sirve las copas*) .

MR. TENEDY:— Han declarado que gran número de los otros prófugos anda por aquí cerca, en Parahuac. ¡Salud!

CORDEL:— Salud, Mr. Tenedy.

MR. TENEDY:— Esta misma noche van a salir los gendarmes a buscarlos.

CORDEL:— Ya se lo había dicho al comisario: estoy seguro que la mayoría de los soras que han huido han bajado a Parahuac.

MR. TENEDY:— De todas maneras, siempre necesitamos más peones. Los más que se pueda.

CORDEL:— Acabo de mandar justamente un telegrama a mi hermano.

MR. TENEDY:— ¿Cómo se porta con ustedes en Colca el sub-prefecto Luna? Hágame el favor de contestarme la verdad. ¿Les presta las facilidades necesarias para el enganche de peones? ¿Qué le escribe don Acidal?

CORDEL:— El sub-prefecto es completamente nuestro, Mr. Tenedy. Acidal está del todo satisfecho de su apoyo. Sinceramente, Mr. Tenedy.

MR. TENEDY, *bebe su whisky*:— Usted sabe naturalmente que la "Quivilca Corporation" hizo nombrar a Luna sub-prefecto, con el único fin de tener a sus gendarmes a nuestras órdenes en todo lo tocante a la peonada.

CORDEL:— Mr. Tenedy, ¡lo sé perfectamente!

MR. TENEDY:— Ahora, si Luna no se portase como se debe con ustedes, tendría que decírmelo en el acto, Don Cordel, y yo lo comunicaría inmediatamente a nuestro escritorio que lo reemplazaría en el día.

CORDEL:— Mr. Tenedy, vuelvo a decirlo: Acidal me escribe que Luna le presta toda clase de facilidades.

MR. TENEDY:— ¿Entonces, su hermano podrá ponernos aquí, antes del 30, los 50 peones que necesitamos?

CORDEL:— Seguro, Mr. Tenedy. (*A una sora que entra*) Anda por la otra puerta. ¡Orociol! Atienda a esa mujer.

OROCIO, *del otro lado del bazar*:— Ahora mismo, patrón.

MR. TENEDY, *sigue bebiendo*:— ¿Qué sabe usted de política? ¿Qué le cuenta don Acidal?

CORDEL:— De política, Mr. Tenedy... no sé nada de nuevo.

MR. TENEDY, *tono íntimo*:— Mire usted, don Cordel... se me ocurre que la candidatura de su hermano va a tropezar con muchas dificultades...

CORDEL:— Mr. Tenedy, es lo que yo no me canso en escribirle.

MR. TENEDY:— El solo hecho de vivir a diario con la gente y los políticos de Colca, le crea una multitud de envidia y celos.

CORDEL:— Aborrezco la política, Mr. Tenedy. Acidal se encapricha en ser diputado: ¡allá él!

MR. TENEDY:— Además... ¡Diputado!... ¿Qué ganaría nuestra empresa con que don Acidal sea diputado?

CORDEL:— Acidal, Mr. Tenedy, es un niño en estas cosas.

MR. TENEDY:— La "Quivilca Corporation" no necesita de diputados ni de niños. Nos basta con tener de nuestra parte al Presidente de la República.

CORDEL:— Por supuesto, Mr. Tenedy. Se comprende muy bien.

MR. TENEDY, *pensativo*:— Los intereses de nuestro sindicato son demasiado importantes, don Cordel, muy fuertes...

CORDEL:— Evidente, Mr. Tenedy...

MR. TENEDY:— Y para protegerlos, ¿qué es un diputado? Pero... de todos modos, la empresa recomendará la candidatura de su hermano al gobierno, pues es el deseo de don Acidal. (*Bebe*)

CORDEL:— Un millón de gracias, Mr. Tenedy. Es usted como nuestro padre.

MR. TENEDY, *las manos, misterioso*:— Don Cordel... Se me ocurre que un día la “Quivilca Corporation” lo obligará a entrar en la política. Hay todavía tiempo de hablar de eso...

CORDEL, *sonriendo, sin comprender*:— Mr. Tenedy, yo... La política...

MR. TENEDY, *interrumpiendo*:— ¡No se apure! Aquello está todavía lejos.

CORDEL:— Mr. Tenedy, la política... sería para mí el peor castigo que me podrían imponer. La política me asusta, me descompone...

MR. TENEDY:— Ya veremos. Los negocios, don Cordel, son los negocios. Y usted, antes de todo, es un hombre de negocios.

CORDEL:— Sí... prefiero mi bazar, Mr. Tenedy; vender mi chancaca y mi coca a los indios. Lavar mis botellas. En fin, ganar mi pan, trabajando humildemente en mi comercio...

MR. TENEDY, *para irse*:— Mr. Edison ha dicho, don Cordel, que el peor defecto del individuo está en no cambiar de oficio. Hay que ensayarlo todo, don Cordel. En la criatura más oscura puede esconderse un gran hombre...

CORDEL:— Hasta luego, Mr. Tenedy.

MR. TENEDY, *de la puerta*:— ¡Mr. Edison, don Cordel, muy interesante! Buenas tardes. *(Sale)*

CORDEL:— Buenas tardes. Mr. Tenedy. *(Una vez solo, para sí, intrigado)* ¿En la política yo?... ¿Diputado?... ¿Alcalde?... ¿Senador?... *(Ríe burlonamente)* El gringo está whiskeado hasta el culito...

OROCIO, *con un lote de botellas en el mostrador, del otro extremo de la tienda*:— Patrón: ¿cuántas botellas de agua le pongo a cada botella de cañazo? ¿Siempre 2 a cada una?

CORDEL, *colérico*:— ¡Calla, carajo! ¡Que no vayan a oírte! Ponle... ¡tres a cada una!

OROCIO:— Bien, patrón. Perdóneme...

TELON

Cuadro Tercero

El comedor de los hermanos Colacho, en una espléndida casa, en Taque, instantes después de la cena. Una puerta del fondo que comunica con un gran bazar y otra a la derecha que da al patio de la casa; ambas abiertas. Muebles y ambiente elegantes.

Acidal, convertido en patrón, al igual que Cordel, aparece vestido con rebuscado y excesivo aliño. Maneras melindrosas y estudiadas, que Acidal hace resaltar más aún controlándolas frecuentemente. Todo lo cual no impide que, de pronto, salte a menudo en él la osatura del peón.

Taya está ocupada en quitar la mesa y en atender, turnándose con Acidal, a los clientes del bazar. La criada Taya es una india de unos veinte años, de una gracia rural y de una gran mansedumbre.

Zavala, según parece, acaba de comer en compañía de Acidal. Muy delgado, 25 años, rasgos finos, blanco, distinguido.

ACIDAL, *paseándose, preocupado, a Zavala*:— Usted cree entonces que sin leer libros no se puede ser persona decente, en fin, persona buena para la sociedad, la política, la diplomacia? Etc.

ZAVALA:— Una vez, estaba por entonces en París, entré en casa del senador francés Félix Potin. ¡Qué montaña de libros! ¿Y sabe usted quién era Félix Pontin? Un industrial enriquecido, como usted, con bodegas, y tan conocido y admirado en París como el Presidente

de la República, Maurice Chevalier o Fernandel. ¡Nada menos! Pero, pues, claro, ¡leyendo libros!

ACIDAL, *soñador y siempre preocupado*:— Ah... Vea usted eso... ¡Es formidable! ¿Y quién es éste que usted me decía?

ZAVALA:— ¿Fernandel? El Prefecto de París. Si usted piensa, en realidad, meterse en la política y lanzarse en la vida del gran mundo, tendrá usted, en mi opinión y forzosamente, que leer libros. Indispensable.

ACIDAL:— Eso es una gran vaina.

ZAVALA:— ¿Dónde está su libro de urbanidad? Permítamelo un momento.

ACIDAL, *sacando el libro del estante*:— Ya lo creo. Ahí lo tiene usted... (*Le da el libro*) Yo me he fijado, sin embargo, que los diputados, los gringos y demás personajes que vienen de la capital o de otra parte, hablan y conversan como yo, como cualquiera... (*Zavala hojea el libro de urbanidad*) ¡Y qué me dice usted de los personajes de Colcal... (*Escéptico en lo que toca a la opinión de Zavala*) Francamente... yo no sé... No sé.

TAYA, *quitando el mantel de la mesa, a Zavala*:— Con su permiso, don Julio

ACIDAL, *contrariado, en voz baja, a Taya*:— ¡Chut! ¡Silencio! (*Taya, avergonzada*) ¡Dos faltas gravísimas! Primera: hablar a un caballero cuando lee; segunda: pedir permiso cuando ya se ha jalado el mantel. (*La muchacha permanece inmóvil, cada vez más avergonzada*) ¡Por Dios, Taya! Los tiempos han cambiado. Yo no voy a poder invitar a caballeros en mi casa en tales condiciones.

ZAVALA, *se detiene en una página del libro, absorbido*:— ¡Qué problemal... ¿Dice usted que sus ocupaciones no le dejan absolutamente tiempo para leer libros?

ACIDAL:— ¡Pero claro que no! ¿Cuándo? Podría leer uno, dos, ¡cuántos más! Vivo muy atareado.

ZAVALA:— Malo... Malo... ¿Qué se puede hacer?

ACIDAL:— Es Cordel, más bien, quien desde chico era más listo que yo para estas cosas. Me acuerdo que para ir a un almuerzo del

alcalde —el primero al que yo asistí entre gente decente—, de eso hace once años, fue Cordel quien me enseñó cómo debía portarme. Después se ha acojudado, no sé por qué... En cambio, yo, viendo, aunque tarde, lo necesario que es el buen hablar, el bien portarse, me he propuesto aprenderlo a macho y martillo. Lo único que me pesa hoy es haber empezado tan tarde... Demasiado tarde...

ZAVALA, *que ha reflexionado concienzudamente al respecto*:— En fin, don Acidal, mire usted: de dos males, el menor. A falta de unos dos, tres mil libros que debería usted leer (*Acidal hace un gesto de pavor*), y esto sería aún muy poco, quedémonos ¡qué quiere usted! con esta cartillita (*La Urbanidad*)

ACIDAL, *liberado*:— ¡Vaya, don Julio! ¡Hombre, por Dios! ¡Cuánto se lo agradezco!

ZAVALA:— Sin duda, con esta Urbanidad, bien aprendida ya puede uno desenvolverse en sociedad y hasta en la Cámara de Diputados, y hasta en el Palacio presidencial.

ACIDAL, *regocijado*:— ¡Pero desde luego! ¿No le parece a usted? (*A Taya*) Llévate el mantel. (*Llaman compradores del bazar y Taya va a atenderlos*)

ZAVALA:— ¿Repasa usted siempre el capítulo “Entre gente de negocios”?

ACIDAL:— Es decir... no... No. Y le diré por qué. Me parece que ya se lo he dicho: yo no pienso seguir en el comercio. Mi vocación es la política.

ZAVALA *corrigiendo*:— Se dice: vocación. ¡“vo” “vo”! Con v chica.

ACIDAL:— Ah, muy bien. Mi vo es la... ¡Qué estoy diciendo! Mi vocación es la política y la diplomacia. Creo, siento... ¿Se dice así: siento, en lugar de creo?

ZAVALA:— Sí... Pero eso depende. ¿Qué quiere usted decir?

ACIDAL:— Quiero decir que... siento que he nacido para hombre público. ¿Está bien dicho? (*Zavala medita en la respuesta*) ¿O se dice, quién sabe: “creo haber nacido”?

ZAVALA:— A mí me parece, don Acidal, que usted en verdad no ha nacido...

LA VOZ DE TAYA *del bazar*:— Para dar más luz, don Acidal ¿de qué lado se da vuelta el tornillo de la lámpara?

ACIDAL, *contrariado*:— Un instante... ¡Esta muchacha!... (*Elevando la voz. a Taya*) De izquierda a derecha. Echale kerosene. (*Baja la voz*) Perdone, don Julio, (*Fuerte, de nuevo, a Taya*) ¡Y no de rames!

ZAVALA:— Le decía que me parece que usted, no ha nacido para esta vida mísera de Colca y que su destino está más lejos y más alto.

ACIDAL:— ¡No le parece! El capítulo “Entre gente de negocios” le iría bien a Cordel, que se propone seguir en los negocios y llegar a ser un yanqui. Aunque él cree que al negociante no le hace falta educación, Yo le mando siempre, en mis cartas a las minas, copia de algunas reglas de Urbanidad, recortes de periódicos, consejos, etc. El otro día, nada menos, le mandé un recorte de “La Prensa” en que decía cuantos años necesita el carbón para convertirse en diamante en las entrañas de la tierra. ¡Algo estupendo!

ZAVALA:— Sin eso, en efecto, será muy difícil que su hermano triunfe en los negocios.

ACIDAL:— ¿Me creerá usted, si le digo que nunca en su vida ha querido asistir a un convite y ni siquiera sabe ponerse un cuello duro? ¡Primero, se deja capar!

ZAVALA:— ¡Aberración! ¡Ni me lo digal! ¡Es un salvaje!

ACIDAL, *anotando en su cuaderno*:— “A-be-rra-ción”. ¡Qué bonita palabra! Así le digo... Puede hasta echar a perder nuestro negocio si se encapricha en su plebeyez. Así se lo digo, pero no me hace caso.

ZAVALA, *con repentino asombro*:— ¡Caramba, don Acidal! ¡Qué adelantol! ¡“plebeyez”! ¿De dónde me saca usted esa palabra?

ACIDAL, *gesto despectivo*:— Palabras corrientes... que sé desde hace tiempo.

TAYA, *asomándose a la puerta que da al bazar*:— Don Acidal, un momentito. Preguntan si tiene usted agua bendita por litros. (*Zavala no puede reprimir un gesto de sorpresa*)

ACIDAL *a Taya*:— Sí. Ya lo creo. Es decir, espérate... Por litros,

no tenemos por el momento. Por copas, todo lo que quieran. (*Después de una reflexión*) Diles que, por litros, tendré mañana, bien temprano. Apenas se abra la iglesia.

TAYA, *retirándose*:— Bien, don Acidal.

ACIDAL, *a Zavala*:— No tiene usted, amigo mío, por qué asustarse que yo venda agua bendita en mi bazar.

ZAVALA:— Oh, no, no, no. No me asusto yo de nada.

ACIDAL:— Es cosa, sabe usted, del párroco y del médico. ¡Allá, ellos! Yo no soy sino un comisionista. (*Volviendo atropelladamente a los temas anteriores*) ¿Qué estábamos hablando? ¡Esta muchacha de cuerno!...

ZAVALA:— Hablábamos... ¡Ah, sí! Decíamos que para triunfar en el mundo económico, para ser, en una palabra, un yanqui, el capítulo "Entre gente de negocios", más un minimum de recortes de periódicos, con algunas noticias de almanaque, basta, si no me equivoco, como base mundana y cultural. Pero, eso sí, don Acidal, esta base es tan indispensable para su hermano como sería indispensable para usted en su destino de hombre público, leer libros. Pero, en fin, hemos quedado por último que con este pequeño libro...

ACIDAL:— ¿Quiere usted, don Julio, examinarme un poco el capítulo "En los altos círculos políticos y diplomáticos"? ¿No le molesta mucho? Sea franco.

ZAVALA:— ¡Qué ocurrencial! ¡De ninguna manera! (*Hojeando la Urbanidad*) Vamos a ver... (*Taya viene del bazar y sale al patio*)

ACIDAL:— ¿Ya sabrá usted que acabo de ser designado por la Junta Conscriptora Militar para integrarla como vecino notable de Colca?

ZAVALA:— ¡Muy bien dicho eso de "para integrarla", don Acidal! Va usted progresando con una rapidez extraordinaria, se lo aseguro.

ACIDAL, *con un nuevo gesto despectivo*:— Repito: son palabras corrientes que sé desde hace tiempo. Lo cierto es que, precisamente, pasado mañana, la Junta Conscriptora celebra sesión y yo voy a asistir por primera vez. Como es natural, quisiera que mi salida a la vida política sea lo más brillante posible.

ZAVALA:— ¿Sabe usted, don Acidal, que su lenguaje se hace cada vez más conciso? ¡Hace apenas seis meses que le conozco y descubro ya entre el Acidal Colacho de ayer y el de hoy una diferencia monumental!

ACIDAL, *de repente*:— Un momento... Hay gente en el bazar. (*Sale al bazar*) Vuelvo enseguida. (*Taya viene del patio*)

ZAVALA:— Taya, oiga usted.

TAYA:— Don Julio.

ZAVALA, *confidencial*:— ¿Quién visita a don Acidal? En fin, ¿quién habla con él así, a menudo, como yo hablo con él, de Urbanidad y demás?

TAYA:— Yo no sé, don Julio. ¿Quién habla con él de Urbanidad?

ZAVALA:— Sí... De las buenas maneras. De lo que converso yo aquí con él. ¿Quién le habla de todo eso?

TAYA:— Será el Chapo, creo...

ZAVALA:— ¿El Chapo? ¿Quién es el Chapo?

TAYA:— El Chapo es el sacristán. El hijo del señor cura.

ACIDAL, *volviendo del bazar, de mal humor*:— ¡Indios pícaros! ¡Zamarros! ¡Para eso me llaman a gritos!... (*Taya se escurre hacia el bazar*)

ZAVALA:— ¿Qué pasó, don Acidal? ¿Por qué pícaros?

ACIDAL:— ¡Por supuesto, pícaro! Un indio pregunta por espejos. Se los saco a enseñar. Se ve la cara en uno y me pregunta si tengo espejos para ciegos. ¿Usted se da cuenta de eso?

ZAVALA, *impresionado*:— ¿Espejos para ciegos? ¡Qué extraño!... ¡Extrañísimo!...

ACIDAL:— Lo que quería el indio, en resumidas cuentas, era venderme una piedra que traía en su alforja, diciéndome que es un espejo para ciegos. ¡Y me pedía por ella un cesto de coca, el muy ladrón!

ZAVALA:— ¿Cómo era la piedra? ¿Grande? ¿De qué color?

ACIDAL:— Pequeña... como un reloj de bolsillo. Negra, muy negra. Sin brillo. Y peluda. Una piedra rarísima. Parecía más bien un animal...

ZAVALA:— Porque no sabrá usted, don Acidal, que los indios conocen cosas maravillosas que nosotros desconocemos totalmente. Poseen una ciencia y una cultura enigmáticas que nos parecen hasta ridículos, pero, según dicen los sabios, muy adelantadas y profundas. Precisamente, todo esto tiene usted que conocer un poco, don Acidal, si ambiciona usted ser diputado el año entrante...

ACIDAL, *repentino y vivamente intrigado, sale a ver si, por acaso, el indio está todavía en el bazar*:— ¡Espérese! Yo creo que ahí vuelve... (*Zavala le sigue. Pero Acidal regresa ahí mismo del bazar*) No... Ya se fue... Nadie... (*Al traste con lo del indio, y a lo práctico*) Señor Zavala, ¿cuál debe ser, a su entender, el modo como debo comportarme pasado mañana, en la sesión de la Junta Conscriptora Militar? Al grano.

ZAVALA:— Eso es. Refundamos, don Acidal, la teoría con la práctica.

ACIDAL:— ¿Debo llegar antes o después que los demás miembros de la Junta?

ZAVALA:— Primeramente, tiene usted que llegar a la sesión después de todos. Luego, ¿qué vestido piensa usted llevar?

ACIDAL:— Levita. Será la primera vez que lleve leva. Dejar a los demás con un palmo de narices puesto que ninguno de ellos tiene leva.

ZAVALA:— No, no. No se lleva levita en estos casos. La levita una sesión de la Junta Conscriptora Militar de Colca, podría ser fatal. Jaquette.

ACIDAL, *descepcionado*:— Jaquette... Ah... ¡Qué vamos a hacer!

ZAVALA:— Luego, lo que más importa en política, más todavía que...

ACIDAL, *intercalando*:— Le suplico no olvide el lado diplomático. Son dos: la diplomacia y la política.

ZAVALA:— Exactamente. Lo que más cuenta en la política y en la diplomacia, a veces más que el traje, es el don de gentes, la palabra fácil y elegante, los gestos, las genuflexiones. . .

ACIDAL, *sacando al vuelo la palabra*:— “genuflexiones” ¡Qué bella palabra! (*La nota en su cuaderno*) Ge-nu-fle-xio-nes. ¡Qué no daría yo por ser un hombre culto! Perra suerte!

ZAVALA:— Genuflexiones quiere decir movimientos. . .

ACIDAL, *completando*:— Movimientos de las rodillas, me parece, como cuando uno adula.

ZAVALA:— Eso es. Así. . . Así. . . (*Hace unas genuflexiones*)

ACIDAL:— ¿Hasta la barriga no más, o también hay que mover el espinazo y la cabeza?

ZAVALA:— Hasta la barriga no más. Y a lo sumo, hasta el estómago. Lea su diccionario. Le decía que lo que más cuenta es la palabra brillante, los ademanes. . .

ACIDAL:— ¿Más que el traje, cree usted? ¿En la diplomacia? (*Guiña el ojo escéptico*) ¿Hom?

ZAVALA:— En la diplomacia, el traje; en la política, el gesto y la palabra.

ACIDAL:— Le he oído decir a Mr. Tenedy, una vez, que la mejor diplomacia del mundo, es la inglesa, porque los diplomáticos ingleses son los que mejor visten. Mr. Tenedy decía que eso era una vaina, porque los yanquis visten muy mal.

ZAVALA:— Pero ahora tienen dinero. Son hombres de negocios. Y en los tiempos que corren, todo se arregla con dinero. No sería extraño que su hermano Cordel llegue, por su camino económico, a ser un diplomático y un gran diplomático, más pronto que usted. Porque si bien es cierto lo que decía Mr. Tenedy de los ingleses, no menos evidente es que los yanquis, a punta de dólares, están llegando a imponerse en la diplomacia internacional. ¿Me comprende?

ACIDAL:— Sí, sí, sí, don Julio.

ZAVALA:— Aunque también puede suceder que la política y la di-

plomacia de usted lo lleven a ser un hombre de negocios, un gran yanqui, más pronto que Cordel. ¿Me comprende lo que digo?

ACIDAL, *yendo directamente a lo inmediato*:— Bueno: llegar antes que todos. Jaque...

ZAVALA:— Mucha desinvolvura. ¡Ah, sí, mucha desinvolvura! En la palabra y en el gesto.

ACIDAL:— Se discute un artículo de la ley o...

ZAVALA:— Diga usted cualquier cosa, lo primero que le venga a la cabeza, con tal que no olvide de intercalar siempre una de esas frases: “Naturalmente...”, “Tratándose de...”, “En mi concepto...”, “Dentro o fuera de la ley...”, “Mi excelente colega...”, “Adhiérome o discrepo de dicha opinión...”, y otras que seguiré indicándole mañana.

ACIDAL:— Dígame usted ya las otras. Estas que usted acaba de decirme, las conozco más o menos. Dígame otras más importantes.

ZAVALA:— Si las que acabo de indicarle son las más importantes.

ACIDAL:— ¡No! ¿Es posible? (*Incrédulo*) ¿Palabras tan corrientes? ¿Si son palabras que no dicen nada!...

ZAVALA:— ¡Precisamente! En la política y en la diplomacia, las palabras más importantes son las palabras que no dicen nada.

ACIDAL, *iluminado*:— ¿Cierto? ¡No diga!

ZAVALA:— ¡Ah, se me olvidaba! Intercale usted muchos latinajes. ¡De vital importancia! “Ad litivum”, “Modus vivendi”, “Sine qua non”, “Modus operandi”, “Vox populi vox dei”, “Sursum corda”, “In partibus in fidelius”, “Requiescant in pace”, etc. Mañana, repasaremos todo esto.

ACIDAL:— ¿Y lo demás? Cómo debo hacer en lo demás?

ZAVALA:— ¿En lo demás? Lo difícil está en saber decir las cosas: la mímica. La voz. Siéntese, don Acidal, y diga usted ahora lo siguiente, como si estuviera en sesión de la Junta Conscriptora Militar: (*Acidal se sienta*) “En mi opinión, señores, el servicio militar, en vez de ser obligatorio, debería ser un servicio espontáneo, libre, facultativo de los ciudadanos”. Repita usted. A ver...

ACIDAL, *importante, solemne*:— En mi opinión, señores, el servicio militar, en vez de ser...

ZAVALA, *interrumpiendo*:— Y sería bueno que, al decir esto, se acariciara usted suavemente la barba, con desenfado y gravedad.

ACIDAL:— Como usted no se la había acariciado...

ZAVALA:— Es que no tengo barba. Repitamos.

ACIDAL, *acariciándose el mentón*:— En mi opinión, señores, el servicio militar, en vez de ser obligatorio, debería ser... ¿Cómo era el resto?

ZAVALA:— "... espontáneo, libre, facultativo..."

ACIDAL, *protestando*:— ¡Pero, don Julio, no! ¡Eso no puedo yo decir en la Junta Conscriptora Militar! Eso va contra la Patria.

ZAVALA:— ¡Es sólo un simple ejemplo, don Cordel! Para ensayar la mímica y la voz. El fondo, en este caso, no tiene ninguna importancia.

ACIDAL:— ¡Cómo que no tiene ninguna importancia! El fondo importa más que todo, a mi entender. Yo no puedo decir, ni por ensayo...

ZAVALA, *interrumpiendo*:— Otra verdad política y diplomática que usted debe aprender desde el comienzo de su carrera de hombre público: en los discursos, el fondo de lo que se dice, es lo de menos.

TAYA, *desde la puerta que da al bazar*:— Don Acidal, perdone, acaba de llegar mi taita.

ACIDAL:— Pero... ¿Es hoy que debía venir?... Que aguarde un momento.

TAYA, *retirándose*:— Bien, don Acidal.

ZAVALA, *disponiéndose a partir*:— Bueno, don Acidal... Ya tiene que hacer...

ACIDAL:— Espérese. En resumen: llegar a la sesión después de todos...

ZAVALA:— Jaquette. Mucha desinvoltura. Mucha mímica. Buena voz. ¿A propósito, cómo van esos callos? ¡Los pies, importantísimo en materia diplomática y política!

ACIDAL:— Mejor. Casi del todo bien. ¿Y usted? ¿Cómo va del hígado? (*Le ha tocado el bolsillo bajo de la izquierda del chaleco*) ¿Lo mismo?

ZAVALA:— Lo mismo. ¡Y de allá, no recibo ni un real!

ACIDAL, *poniéndole unas monedas al bolsillo*:— Para cigarrillos. Mañana, a comer conmigo, y, luego, el fin de “Los altos círculos políticos y diplomáticos”. Será la última lección.

ZAVALA:— Con un ensayo general, hasta la salida de la sesión de la Junta Conscriptora Militar, su paso por la plaza principal y su vuelta a su casa.

ACIDAL:— ¡Ah, don Julio, ya se verá lo que se hace por usted, una vez elegido yo diputado!

ZAVALA:— ¡Ojalá, don Acidal! (*Las manos*) Mientras tanto, hasta mañana.

ACIDAL:— Hasta mañana, don Julio. (*Poniéndose el índice en los labios*) ¡Y por supuesto, punto en boca! Es su interés y el mío.

ZAVALA, *saliendo por la puerta del bazar*:— ¡Hombrel!..

ACIDAL, *fuerte*:— ¡Taya! Que pase tu padre.

LA VOZ DE TAYA:— Ya, don Acidal. (*a partir de ese momento, Acidal abandona su preocupación de elegancia y se produce en término medio, entre sus maneras empleadas con Zavala y las que tenía en el primer acto.*)

El padre de Taya entra. Don Rupe es un indio cincuentón, cabizbajo, jorobado, con poncho. Viene, mascando coca, seguido de Taya que entra detrás de él

ACIDAL a Taya:— Anda. Vete, tú, al bazar. Y ciérrame esta puerta. (*La que comunica con la tienda*) Y que nadie nos moleste.

TAYA, *obedeciendo*:— Muy bien, don Acidal.

DON RUPE, *humilde*:— Buenas noches, taita.

ACIDAL:— ¿Cómo va, don Rupe? Entre usted y siéntese. En esta silla o en la que usted quiera.

DON RUPE:— Muchas gracias, taita.

ACIDAL:— ¿Ya le dijo la Taya para qué le he hecho venir?

DON RUPE:— Sí, taita, y aquí estoy. Tú dirás.

ACIDAL, *hablándole de cerca*:— ¿Ha traído usted todo lo necesario? ¿No necesita usted nada? ¿Su cañazo? ¿Su coca? ¿O su tabaco?

DON RUPE:— Sí, taita, y aquí estoy. Tú dirás.

ACIDAL, *sentándose frente a don Rupe y en tono de enfermo a su médico*:— Mire, don Rupe: quiero que me diga usted cómo irán nuestros negocios; si van a prosperar y si llegaremos al fin a realizar lo que aspiramos desde hace tantos años. Quiero que me diga usted si a mí me irá bien en la política, y si a Cordel le irá bien en los negocios. En fin, quiero que me diga usted todo lo que pueda sobre nuestro porvenir. (*Don Rupe oye, agachado, mascando su coca*) ¿Puede usted contestarme a estas preguntas? Taya me ha dicho que usted contesta a todo lo que se le pregunta. Por eso le he hecho llamar. A ver... Reflexione... Reflexione, don Rupe... (*Pausa. Acidal se pasea, mirando a don Rupe que permanece inmóvil, sentado como un ciego*) ¿Quiere usted tal vez que le deje solo? Puedo salir al bazar un momento... (*don Rupe guarda silencio. Pausa. Acidal se pone a recordar los hechos más salientes de su vida, monologando con nostalgia apacible y melancólica*) Mocosos todavía, nos huimos de Ayaviri... Rotosos, hambrientos, unos pobres pastores que éramos... nos pegaba el taita... y huimos los dos, Cordel y yo, lejos, hasta Mollendo...

DON RUPE, *interrumpiendo*:— Taita, no hables.

ACIDAL:— ¿Qué ocurre?

DON RUPE:— Nada. Pero déjame pues que me arme. (*Saca su checo y se pone a calear. Pausa, durante la cual Acidal permanece pensativo, preocupado. Luego, Don Rupe cesa de calear, abstraído*) Está difícil... No quiere...

ACIDAL, *tímidamente*:— ¿Quiere mojarla? (*Don Rupe, por toda respuesta, vuelve a calear nerviosamente*)

DON RUPE:— Así fue para la Tacha...

ACIDAL, *muy inquieto*:— ¿Qué pasa? ¿Qué pasa, don Rupe? (*El viejo no responde, los ojos cerrados. Acidal da unos pasos, cada vez más inquieto. Luego se acerca a la mesa y, acodándose sobre ella,*

hunde la cabeza entre las manos y vuelve a monologar como en sueños). Apenas sabíamos firmar y leer nuestros nombres... ¡Cuánto nos costó reunir cincuenta soles y después cien, día a día, centavo por centavo, con un salario de cincuenta céntimos diarios! El sol en las espaldas, desnudos hasta la cintura, cargando fardos catorce horas al día... en Mollendo, junto al mar...

DON RUPE:— El mar... ¿Qué es el mar? ¿Dónde es el mar, taita?

ACIDAL:— Una cantidad de agua enorme. ¡Una laguna inmensa que se pierde de vista a lo más lejos! Ahí trabajamos, Cordel y yo, muchos años...

DON RUPE:— ¿Y quieres que te diga si irán bien tus negocios?

ACIDAL, *acercándose a don Rupe*:— Cordel se opone a que yo entre en la política, pero creo yo que hay que entrar en la política. ¿Quién cree usted que tiene razón, don Rupe? ¿Qué camino hay que seguir? Dígamelo usted. Por eso le he llamado.

DON RUPE:— Dame un platito, taita, y un vaso.

ACIDAL, *alcanzándole el pedido*:— El platito, don Rupe... y el vaso.

DON RUPE:— Con un poco de agua en el platito.

ACIDAL, *vaciando agua de una garrafa*: Con un poco de agua... ¿Qué otra cosa necesita? ¿Nada más?

DON RUPE, *saca de bajo su poncho un palo de chonta negro, de medio metro de largo*:— Retírate un poquito de la mesa. Siéntate más allá. (*Acidal obedece*) Ahí... Ahí... (*Don Rupe, parado ante el vaso y el platito con agua, levanta el palo de chonta con ambas manos; lo sostiene verticalmente a la altura de su cabeza y presta oído en torno suyo. Acidal le observa con visible ansiedad. Mirando luego fijamente el palo negro, don Rupe, alucinado, tranquilo, sacerdotal:*) Patunga es la laguna sin fin, allá, por los soles y las lunas... Un cerro boca abajo en la laguna busca llorando la hierba de oro y el metal de la laguna... (*Interrumpiéndose*) ¡Taita! no te muevas de tu sitio! (*Sujeta con la mano izquierda su chonta, horizontalmente y a cierta altura sobre la mesa y con la derecha voltea el vaso a medias sobre el agua del plato, los ojos fijos en el palo*)

ACIDAL, *en voz baja*:— ¿Podré ser diputado? ¿Debo ser diputado?

DON RUPE, *en una especie de canto o de gemido*:— Al río tu camisa de mañana; al fuego tu sombrero al mediodía. . . (*Arroja bruscamente vaso y chonta sobre la mesa y se desploma en una silla*)

ACIDAL, *de pie, vivamente*:— ¿Va bien la cosa?

DON RUPE, *se recoge profundamente en sí mismo, la mirada en el suelo, inmóvil, mudo. Tiempo. Después se levanta, como presa de una locura repentina va y viene. Y luego, parado, enfurecido*:— ¡Dime de quién está preñada mi Taya! (*Acidal da un traspié: una chispa terrible hay en los ojos de don Rupe*) ¿De ti? ¿Del taita Cordel?

ACIDAL:— ¡Don Rupe! ¡Qué está usted diciendo!

DON RUPE:— Yo sabía que mi Taya era tu amiga y también del taita Cordel. Ella no me lo ha dicho sino mi coca. ¡Qué se hará, pues, me dije!: sus patrones. . .

ACIDAL:— ¡Falso! No es mi amiga, ni tampoco de Cordel.

DON RUPE:— Pero ahora está preñada. Mi coca me lo acaba de decir.

ACIDAL:— No. Le digo que es mentira.

DON RUPE:— ¡Mi Taya está preñada, digo! ¡No lo niegues! ¡Mi coca nunca miente!

ACIDAL *amenazador*:— ¡Don Rupe, don Rupe! no me venga con historias. ¡No le he hecho venir a mi casa para que me salga con cuentos de esta laya! ¿Qué significa eso? ¡Disparates! ¡Cojudeces! ¡Ideas que sólo pasan por el magín de los coqueros!. . . (*Don Rupe saca su checo y vuelve a masticar su coca, taciturno. Acidal, cambiando de tono, vuelve a lo suyo*) A ver, don Rupe. ¿Va usted al fin a contestarme lo que le he preguntado o no?

DON RUPE, *sin un movimiento, lejano*:— Mucha plata. . . mucho poder. . . Mucho brillo. . . (*De nuevo, en un rugido*) ¡Mi Taya está preñada de los dos! ¡De los dos! ¡Se empecina mi coca!

ACIDAL, *violento, tomándolo por un brazo*:— ¡Silencio, carajo! ¡Calla o te rompo las narices!

RON RUPE, *poseo*:— Subes con diez bastones y te paras sobre una piedra cansada... El taita Cordel también sube a la piedra... ¡Los dos caen, taita! Los brazos se hacen ríos... ríos, las piernas... ríos las venas... ¡Ríos!... ¡Y vuelan las cabezas por el aire, vomitando sangre, unas letras negras y oro en polvo...

ACIDAL, *estrangulándolo*:— ¡Jijoputa mentirosos! ¡Farsantes! (*Lo derriba al suelo. La puerta del bazar se abre violentamente y aparece Zavala, seguido de Taya que viene sollozando. Acidal suelta a don Rupe*)

ZAVALA, *increpando a Acidal*:— ¿Qué es esto, don Acidal? (*Taya, llorando, levanta a su padre del suelo*) ¿Cómo es posible que ustedes?...

ACIDAL:— ¡Puras invenciones y calumnias, don Julio! ¡Mentiras de este viejo para sacarme plata, el bribón!

TAYA, *defendiendo a su padre*:— ¡Por mí, don Acidal!... Por favor, hágalo usted por mí!

DON RUPE:— ¡Dónde irán que no paguen lo que han hecho con mi Taya!

ACIDAL, *le abofetea*:— ¡Silencio, te he dicho! ¡Te voy a moler! (*Zavala y Taya se interponen*)

DON RUPE:— ¡Hijo de dos hermanos! ¡Será un monstruo mi nieto!

ZAVALA, *tomando del brazo a Acidal y llevándolo al bazar*:— ¡Por favor, don Acidal! ¡Cálmese! ¡Salgamos un poco afuera!...

ACIDAL:— A este viejo, la coca le ha subido a la cabeza. (*Zavala y Acidal salen y vuelven a cerrar la puerta*)

DON RUPE:— ¡Taita malo, no tienes sentimientos! (*Taya sigue llorando, abrazada a su padre*)

ACIDAL, *volviendo al punto con Zavala*:— Dale su buena copa de cañazo a tu padre que le pase el efecto de la coca, a ver si entra en razón.

TAYA *hace lo ordenado*:— Ahora mismo, don Acidal.

ZAVALA:— ¡Eso es! Repóngase, don Rupe. Mejor entrar en razón. (*Volviendo a despedirse*) Don Acidal, domínese. Hasta luego.

ACIDAL:— ¡Pero por supuesto, don Julio! Hasta mañana. (*Vase Zavala por la puerta del bazar. Acidal está parado ante don Rupe que recibe la copa de cañazo de las manos de su hija, cabizbajo, silencioso*) ¡No faltaría más! ¡Habríase visto! ¡Vamos, vamos!... (*Un tiempo*) ¡Cómo me duele la barriga! Taya, prepárame una taza de coca con chancaca, bien caliente.

TAYA:— En seguida, don Acidal.

ACIDAL, *consulta su reloj*:— Veinte para las nueve. ¿Qué le habrá pasado a Cordel que no me ha escrito y ahora no llega? (*Don Rupe tiene su copa en la mano pero no la bebe. Acidal le dice, confidencial, mientras Taya ha salido a la cocina*) ¡Don Rupe!... Usted también es hombre. Usted ha sido joven. Los deslices de la vida, usted comprende... Su hija... ¡Que quiere usted!... Ahora, que Cordel también se haya metido... eso yo no sé. En cuanto a mí... (*Don Rupe le escucha, reconcentrado y mudo*) Una noche... Taya estaba en la cocina, planchando... (*Vivamente*) ¿Pero preñada? No, don Rupe. Tome usted su copa... (*Don Rupe no se mueve*)

DON RUPE:— Nadie se va de ésta, taita, sin pagar lo que debe.

ACIDAL, *serviéndose otra copa de cañazo*:— Eso, don Rupe, ya lo creo...

DON RUPE, *prosiguiendo*:— Vendí a mi Taya, todavía chiquita, de siete años, al taita cura Trelles, y de los ocho soles que me ofreció por ella, sólo me dio la mitad y el resto en una misa por el alma de mi Tacha. ¿Qué se hizo el taita cura?

ACIDAL *que bebe de un solo sorbo su copa*:— ¡Estoy bien fastidiado! ¿Qué decía usted? ¡Ah, sí! El cura Trelles se rodó, con mula y todo, quebradas abajo.

DON RUPE:— La mula, ¡Dios nos ampare!, (*se persigna*) era ña Ubalda, su querida.

ACIDAL, *paseándose, nervioso*:— Me da usted miedo, don Rupe.

DON RUPE:— Dicen que los sábados a medianoche, montaba en ella con espuelas y freno de candelas y corría como loco por calles y caminos. ¡El mismo diablo en traje de mujer!

ACIDAL, *volviendo a servirse otra copa*:— ¡La Ubalda en crin de mulal... (*Una risa forzada*) ¡Qué hijares y qué ancas, don Rupe!...

DON RUPE:— Después, fue ña Serapia, la hacendada de Sonta. Poco antes de rodarse el taita cura, la regaló a mi Taya a ña Serapia. Dicen que la vendió por dos conejos de Castilla... (*Acidal le oye con impaciencia*) La vieja me echó un día de su casa, porque fui a pedirle una alforja de papas por mi hija. Me echó sus perros y sus pavos... Pero después lo pagó... (*Don Rupe bebe su cañazo de un solo trago*)

ACIDAL:— ¿Rodándose también ella?

DON RUPE:— No. Una noche, llegaron a Sonta los montoneros. Amarraron a ña Serapia y a sus hijas doncellas, y a machetazos les arrancaron las sortijas y los brillantes con dedos y todo...

TAYA, *entrando*:— Ya está su taza de coca, don Acidal.

DON RUPE:— ¡Después, pasaron por sus cuerpos más de treinta montoneros!

ACIDAL:— Anda cierra el bazar. Me la darás más tarde. (*Bebiendo su cañazo*) Bueno, don Rupe, no me guarde usted rencor. Hay que olvidarlo todo.

DON RUPE, *bebiendo también*:— Allá, taita, cada cual con su conciencia.

ACIDAL *sentándose frente a don Rupe*:— Porque en buena cuenta... quizás... ¿Por qué no? Quizás... (*Sirve otras copas*) Todo es posible en este mundo, don Rupe... ¡Tres años con la Taya! ¿Qué le parece?

DON RUPE:— Tres años, en el Corpus.

ACIDAL:— ¿No está usted contento que yo la haya robado a los Chumango? ¿Qué sería de ella a estas horas?

DON RUPE:— Vaquera... Una vaquera...

ACIDAL:— ¡Mientras que ahora!... Que le cuente ella misma: ¡zapatos con taco! ¡Medias! ¡Pañuelos blancos! ¡Vinchas y aretes! ¡Y qué sé yo!... ¡Hasta sortija de cobre tiene! (*Taya vuelve de cerrar el bazar*) ¿No es verdad, Taya?

TAYA, *reticente*:— Verdad, don Acidal.

ACIDAL, *a don Rupe*:— ¿No lo oye usted?

DON RUPE:— Sí... Antes... (*Taya va a sentarse lejos*) Antes...

ACIDAL *como observa a Taya, al pasar*:— ¿Qué tienes? ¿Otra vez lágrimas?

TAYA, *con una sonrisa triste*:— Un poco de catarro... Está cayendo helada... (*Pero está llorando*)

ACIDAL, *ya bebido, sirve otras copas*:— Ella manda y dispone en mi casa, como dueña. Por eso la gente se hace lenguas. Pero, don Rupe, digan lo que digan, su hija está en mi casa y puede hacer en mi casa lo que se le dé la gana...

DON RUPE:— ¿Y el taita Cordel? ¿Qué dice el taita Cordel?

ACIDAL:— Dirá lo que digo yo. ¡Déjese de chismes, don Rupe! Aquello de... ¡Qué disparate! Tenga usted mi palabra de honor... (*Le tiende la mano que don Rupe deja en el aire*) Preñada... Quizás... Es muy posible... Pero... ¿de los dos? (*Vuelve los ojos relumbrantes de alcohol y los pone en el montón informe que hace el cuerpo de Taya en la sombra de un rincón. Don Rupe observa alternativamente a Taya y a Acidal, quien, al cabo de unos segundos, llama a la sirvienta*) ¡Taya!

TAYA:— Don Acidal.

ACIDAL:— Ven. (*A Taya que se ha acercado a ellos*) Aquí estamos con tu padre. Siéntate. (*Taya se sienta*) Don Rupe, su hija, es verdad, yo la quiero... Mi corazón es de ella... (*Taya llora bajo*) Taya, no llores. Tu padre dice... ¿es cierto que estás preñada? Habla... ¿Qué tienes con Cordel? Habla delante tu padre.

TAYA:— ¡Por favor, don Acidal!

ACIDAL:— Contesta y no tengas miedo. Tú comprendes que no voy a tener celos de mi hermano. ¿Entonces? En vez de llorar, ¡responde! ¿Estás preñada?

DON RUPE:— Será por ser pobre, china. Con razón, al anochecer, me dan frío mis calzones. (*Taya sigue sollozando*)

ACIDAL:— Yo no quiero, don Rupe, que se vaya usted enojado conmigo. No es porque yo tenga miedo a sus brujerías, sino porque Taya es, en resumidas cuentas, de la casa.

DON RUPE, *a Taya*:— Yo te hice con tu madre honradamente. Ella me dio su todo y yo le di mi todo. ¿Por qué no declaras? ¿Acaso

estoy borracho? Yo no me voy ahora sin saberlo todo. (*Amenazador*) ¡China, a ver!...

ACIDAL:— Taya, di que no estás preñada. ¿Estás preñada?

TAYA, *agachada*:— Sí, don Acidal, estoy preñada.

ACIDAL, *con una rabia repentina, que él procura disimular*:— ¿Sí? ¡Cómo! ¿Estás preñada? ¿De quién estás preñada?

TAYA:— No sé, don Acidal, de cual de los dos. No sé...

ACIDAL:— Entonces, ¿tú has dormido con Cordel?

TAYA:— Don Cordel dice que es de usted.

ACIDAL:— ¿Don Cordel dice que estás preñada de mí? ¿Cuándo te ha dicho eso? ¿Te das cuenta de lo que hablas?

TAYA:— Me lo dijo la vez pasada, que vino de Quivilca.

ACIDAL:— ¿Por qué se lo preguntaste a él y no a mí?

TAYA:— Yo creía que el hijo era de él.

DON RUPE *salta y la toma furiosamente por el cuello*:— ¿No sabes de quién es el hijo? ¡China caliente!

ACIDAL, *se interpone*:— ¡Don Rupe, hágame el favor! ¡Qué está usted haciendo!

DON RUPE, *soltando a Taya que llora desesperadamente*:— ¡Qué vergüenza! Tener un nieto con dos padres y hermanos todavía.

TAYA, *entre sollozos*:— ¡Perdóneme usted, taita! (*Se arrodilla ante su padre*) ¡Le pido hincada su perdón!

DON RUPE:— Los dos te habrán montado en una misma noche. Por eso no lo sabes, ¡china puta!

TAYA:— Sí, taita. Los dos en la misma noche. ¡Qué voy a hacer!

ACIDAL, *levantando a Taya por un brazo*:— Levántate. Ya está... (*Tocan a la puerta de la calle, por el lado del patio. Todos prestan oído*) Están tocando...

TAYA:— Sí... (*Vuelven a tocar*)

ACIDAL, *sale por el patio*:— A esta hora ¿quién puede ser?... (*Sus pasos se pierden*)

DON RUPE, *bajando la voz*:— ¿De cuántos meses estás?

TAYA:— Me parece que de tres.

DON RUPE:— ¿Los dos saben que duermes con ellos dos?

TAYA:— Sí. Pero se hacen los que no saben.

DON RUPE, *con odio profundo y misterioso*:— ¡Las dos torres se caen por el suelo!... (*Besando una cruz que él hace de sus dos dedos, siniestro*) ¡Por ésta! ¡Acuérdate! (*Ruido atropellado de pasos, de voces y de cascos en el patio*)

TAYA, *en un sobresalto*:— ¡Don Cordell!

DON RUPE:— ¡Es don Cordell! ¿O don Acidal?

TAYA, *saliendo a la puerta del patio*:— ¡No! ¡Es don Cordell!

LA VOZ DE ACIDAL:— ¡Taya! ¡Taya!

TAYA, *ha salido al patio*:— ¡Voy, don Acidal!... (*Los pasos y las voces siguen resonando, confusas. Don Rupe, a solas, saca su checo y, sirviéndose de la aguja de su caleador, arroja en el dintel de ambas puertas, unos granos de cal, haciendo unos dibujos cabalísticos en el aire. Don Cordell, en traje de viaje, entra, seguido de su hermano*)

ACIDAL, *ansioso*:— Pero ¿qué ocurre? Siéntate. Descansa. ¿Has comido algo, al menos? ¡No! Que te preparen una sopa.

CORDEL, *desplomándose*:— Tenemos que hablar... (*fatigado y ceñudo*) ¡Qué barbaridad! (*Don Rupe se desliza, casi arrastrándose como un animal y sale al patio. Cordell le ha advertido*) ¿Quién es ése que sale por ahí?

ACIDAL *que se había olvidado de don Rupe*:— ¡Ah! El padre de la Taya.

CORDEL:— Cierra las puertas, las dos, que nadie nos interrumpa.

ACIDAL:— Primero tómate una taza de cualquier cosa... Tienes que tomar algo...

CORDEL, *paseándose, muy agitado*:— Nada por el momento, te digo. Más tarde, pueda ser...

ACIDAL, *cerrando la puerta del patio y elevando la voz*:— ¡Taya! Estamos ocupados. No vengas.

LA VOZ DE TAYA:— Bien, don Acidal.

CORDEL, *patético*:— ¡Inadmisible! ¡Verdaderamente inadmisible!

ACIDAL *con creciente ansiedad*:— ¿No me digas que has peleado con Mr. Tenedy?

CORDEL:— ¿Zavala ha terminado el balance del último semestre?

ACIDAL:— Sí. Justamente (*saca un libro de cuentas*) aquí están las cifras de los resultados.

CORDEL:— El semestre anterior arrojaba, si recuerdo bien, unos 20,000 soles de utilidades. . .

ACIDAL *que se ha detenido en una página del libro*:— Veamos. . . Aquí está. . . Sí. Son 21,775 y 29 centavos de ganancias líquidas entre los dos bazares, socorro de peones, arrieraje y transporte de metal.

CORDEL, *pensativo*:— 21,775 y 29 centavos. . . No es mucho. . . ¿Tienes también ahí todos los demás balances, los anteriores?

ACIDAL:— Todos, no. Lo que recuerdo es que, a partir del año en que acabamos de pagar al Tuco, hace de eso 10 años, no hemos dejado en ningún semestre de aumentar el capital lo menos en 40 ó 45% anual. . .

CORDEL, *con un gesto de exasperación*:— ¡Pero si es lo que me parecía a mí también! ¡Entonces! ¿Qué más se puede?

ACIDAL:— En fin, Cordel. ¿me vas a decir si o no lo que pasa con Mr. Tenedy?

CORDEL:— ¡Pasa con Mr. Tenedy que él quiere ponerme de Presidente de la República!

ACIDAL *clavado de estupefacción, y sin comprender además*:— ¿Cómo? . . . ¿Quién quiere poner a quién de Presidente de la República?

CORDEL:— ¡A mí! ¿No oyes? ¡Es a mí que Mr. Tenedy quiere poner de Presidente de la República!

ACIDAL:— ¡Hombre, que dices! ¡No puede ser! (*En las réplicas que siguen, lo inesperado de la noticia mantiene a Acidal en un tal aturdimiento que no le permite tomar conciencia de la cumbre apoteósica a que Mr. Tenedy pretende llevar a los Colácho. En cuanto a*

Cordel, la perspectiva de la Presidencia le tiene sumido en un pánico absoluto)

CORDEL:— Ayer, por la mañana, me llamó a su escritorio. “Don Cordel —me dijo— los intereses de Wall Street y, sobre todo, de la “Quivilca Corporation”, exigen que usted sea cuanto antes Presidente de la República”.

ACIDAL: ¡Presidente de la República!

CORDEL:— ¡Figúrate! ¡Ponte en mi lugar!

ACIDAL:— ¿Y qué le contestaste?

CORDEL:— ¿Qué le iba a contestar? ¿Tú no conoces como son los gringos? Al cabo de no sé cuántas súplicas, le dije que, en último caso, tú, mejor que yo, podría ser Presidente...

ACIDAL, fuera de sí:— ¿Cómo? ¡Por dios, Cordel, eres...

CORDEL:— ¡No te apures! Terminó Tenedy por decirme que, en este caso, la empresa nos echaría de Quivilca, quitándonos los bazares, el engancho de los peones, el arrieraje y todo lo demás. “Usted, don Cordel —me dijo—, es el hombre de mayor confianza que tiene nuestro sindicato en este país y es usted el único que puede trabajar con nosotros en el gobierno para servir a su patria y a la mía...”

ACIDAL:— ¿Pero no le has dicho?...

CORDEL:— ¡Qué no le he dicho! Le dije que yo no tenía ni carácter ni instrucción para semejante puesto; que podía yo servirles mejor de muchos otros modos, pero no de Presidente de la República porque yo no me he puesto nunca de levita ni de tarro, que nunca he conversado con un ministro, que nunca he pronunciado discursos en público y en banquetes...

ACIDAL:— ¿Y que decía?

CORDEL:— Parece que ni oía. Creo que la revolución es cuestión ya de unas semanas más. Dice que la “Quivilca Corporation” cuenta con muchos coroneles y generales, mucho dinero por supuesto y todo lo necesario. No están contentos con este Presidente porque favorece a las empresas inglesas en contra de las suyas. “Ya no tenemos confianza en nadie —dice—. Todos los políticos de este gobierno son

unos pícaros. Necesitamos y queremos un hombre honrado, un hombre nuestro, que no nos traicione, un hombre como usted”.

ACIDAL:— Por último, ¿en qué han quedado?

CORDEL:— Pero en lo mismo: yo de Presidente... ¡Es horroroso! ¿Qué se puede hacer?

ACIDAL, *cuyo estupor del primer momento ha empezado a transformarse en ansiedad mirífica*:— Bueno, bueno... No hay, por dios, que alocarse... Veamos...

CORDEL:— Bien sabes que no tengo ni he tenido miedo a nadie. Las penas, los trabajos, las miserias, de todo eso me río. Pero que me obliguen a estar en salones, a ponerme zapatos pulidos y camisa tiesa, que tenga que hablar (*Hace con la boca un ruido de eses, frunciendo las narices y los labios*) frunciendo la jeta como culo de coque, eso, carajo, no. Me llevan los demonios.

ACIDAL:— ¿Estás seguro que Tenedy no aceptará que yo te reemplace?

CORDEL:— Ni hablar...

ACIDAL:— Porque viéndolo bien, Cordel, ¡Presidente de la República!...

CORDEL:— ¡Sí! ¡Presidente de la República, yo, que no sé nada de nada! ¡Yo que no sé ni las cuatro operaciones completas! ¡Qué no sé andar sobre una alfombra! ¡Ni sobre piso con cera!

ACIDAL, *enérgico, totalmente ganado a la ambición*:— Oye, Cordel, yo tampoco tengo carácter ni instrucción para ser Presidente y ni siquiera diputado. Por desgracia, hemos nacido fregados y somos unos brutos. ¡Pero eso no quita que yo tenga ganas de ser grande y de mandar! Cordel, un esfuerzo, el último: vuelve a pedirle a Mr. Tenedy que yo te reemplace. De pronto, acepta.

CORDEL, *con pesadilla*:— ¡Concesiones caucheras en el Amazonas!... ¡Construcción de un ferrocarril por el Maraón!... ¡Empréstito aquí, empréstito acá, y no sé de cuántas cosas más!... ¡Para eso quieren ponerme de Presidente!...

ACIDAL:— ¡Pero tú o yo, da lo mismo! Pero si no quiere que sea yo, ¡entonces acepta tú, Cordel! ¿Me oyes? ¡Acepta, aunque te que-

des de Presidente sólo un día! ¡Pero que te pasa! ¡Un mozo como tú que no tiene miedo ni a las balas, ahora tienes miedo a una levita, a un tarro, a una alfombra!

CORDEL, *viéndose mentalmente de levita y tarro*:— ¡Caracoles! ¡Hasta tengo piel de gallina!

ACIDAL:— Si es por el cuello duro, machúcalo! Y si es por los zapatos pulidos. . .

CORDEL, *interrumpiendo*:— ¡El cuello, los zapatos y todo el resto!

ACIDAL:— ¿Qué resto? ¿Los discursos? ¿Las conversaciones? ¿Las recepciones con altos personajes? ¿Los sofás dorados?

CORDEL:— ¿De dónde voy a sacar qué decir, cómo pararme o voltear la cara?

ACIDAL, *sacando un libro, su libro de Urbanidad*:— ¡Espérate! Precisamente, mira: ¿sabes lo que es esto? ¡Esto es un libro formidable! Con este libro estás salvado. Con este libro, se puede ser todo: diputado, ministro, presidente de la República, todo. (*Lo hojea*) Mira y fíjate: justamente aquí tienes un capítulo estupendo: “Los altos círculos políticos y diplomáticos”. Otro, mira: en éste está dicho todo lo que hay que hacer y lo que hay que decir entre prefectos, ministros, diputados y Presidentes. (*Cordel se queda mirando el libro*) Además, tenemos aquí a Zavala, para que te aleccione.

CORDEL:— ¿Es de este libro que me hablabas en tus cartas, que te dio Zavala?

ACIDAL:— Este es. ¡Pero lee! ¡Lee! (*Leyendo él en el libro*) “Cómo se entra en el salón de la esposa de un ministro, cuyo marido está ausente”, “De la manera de recibir a comer a un embajador”, “Cómo se conversa del tiempo que hace con la hija soltera de un senador”, “Cómo se anuda la corbata para pronunciar un discurso ante una muchedumbre”, “A qué hora se saca el reloj para ver qué hora es en un baile” ¡y así cuántos más!

CORDEL:— Sí. . . pero no entiendo. No entiendo nada de nada.

ACIDAL:— ¿Qué no entiendes? Es de lo más sencillo. (*Airado*) Pero, hombre, ¿qué te ocurre? ¡Un niño. . .

CORDEL, *brusca decisión*: Tienes razón. Le volveré a pedir que me reemplaces. Haré todo lo que pueda...

ACIDAL:— Y si no... De todas maneras, Cordel, ¡no podemos perder esta ocasión! (*En un transporte de inefable exaltación*) ¡Presidente de la República! ¡Presidentel! ¡Presidente del país! (*Ríe y llora al mismo tiempo*)

CORDEL *aplastado por el entusiasmo de Acidal*:— Sí... Pero si otra vez se niega Mr. Tenedy a que me reemplaces, le diré que haga entonces lo que quiera de nosotros... Lo que quiera...

TELON

Cuadro Cuarto

Diez de la noche, decorado del segundo cuadro.

El bazar está cerrado para la clientela.

Cordel y Mr. Tenedy apuran unas copas de whisky. Atmósfera confidencial y de trascendencia.

MR. TENEDY, *chupando su pipa*:— Ya le he dicho que los Estados Unidos tienen invertidos ingentes caudales en el país que no pueden ser abandonados al actual caos político.

CORDEL:— Lo comprendo, Mr. Tenedy.

MR. TENEDY.— De otra parte, los propios intereses nacionales exigen poner término a esta situación. El pueblo, en la miseria. Los indios, explotados. Los obreros, sin trabajo. Los funcionarios y el ejército, impagos. Centenares de ciudadanos, presos o desterrados. (*Cordel le escucha y asiente respetuosamente*) Oficiales y civiles, fusilados. Otros perseguidos...

CORDEL.— Por desgracia, es verdad, Mr. Tenedy.

MR. TENEDY:— Usted, don Cordel, va a salvar a su patria, de la anarquía y de la ruina.

CORDEL:— ¡Haré, Mr. Tenedy, cuanto pueda!

MR. TENEDY:— En esta tarea, cuente usted con mi más decidido apoyo y la entera protección de nuestro sindicato.

CORDEL:— Lo debemos todo, Mr. Tenedy, a su gran protección.

MR. TENEDY:— Y ya le he dicho también que, el mismo día en que suba usted al poder, tendrá a su disposición el dinero que necesita el gobierno. Y por último, la “Quivilca Corporation” estará siempre a su lado, para ayudarlo en todo momento.

CORDEL:— Mr. Tenedy, un millón de gracias. ¡No sé verdaderamente cómo pagárselo!

MR. TENEDY, *chocando su copa con la de Cordel*:— ¡Salud, por su buen viaje!

CORDEL:— ¡Por usted, Mr. Tenedy, salud!

MR. TENEDY:— ¿A qué hora sale usted mañana?

CORDEL:— A las seis de la mañana, Mr. Tenedy.

MR. TENEDY:— Trate usted de llegar a lo más tardar el 29 por la noche porque el general Otuna le espera el día 30, para presentarle a los demás jefes y oficiales del movimiento que luego, podrían a lo mejor ser dispersados.

CORDEL:— Acidal lo tiene todo preparado en Taque para que pueda llegar el sábado a lo sumo.

MR. TENEDY, *parando el oído a la calle*:— Ahí vienen, me parece. ¡Cuidado con que nadie huelga nada!

CORDEL:— Pierda usted cuidado, Mr. Tenedy. (*Suenan afuera pasos y voces confusas. Tocan a una de las puertas*) ¡Ahí voy! (*Apresurándose, va a abrir*) ¡Ahora mismo! (*Entran en son de juerga el ingeniero Rubio, el cajero Machuca, el comisario Baldazari y el profesor Benites, todos empleados de la “Quivilca Corporation”. Cordel vuelve a cerrar la puerta*)

TODOS, *en algazara*:— ¡Mr. Tenedy, buenas noches!... ¡Bravo, Mr. Tenedy!... ¡Las 10 en punto!... ¿Aquí estamos o no estamos?... (*Mr. Tenedy ríe paternalmente, rodeado respetuosamente. Humo de tabaco. Ambiente de jarana*)

EL COMISARIO:— ¿Entonces, don Cordel, siempre para mañana ese viaje?

MR. TENEDY:— Todo depende del número de peones que haya podido reunir don Acidal.

MACHUCA, *a Cordel*:— ¿Cuántos piensa usted traer?

CORDEL:— Lo más que se pueda, desde luego. Unos ochenta o cien. . .

RUBIO:— Mientras tanto, don Cordel, bebamos la primera por su viaje. ¿Qué tomamos, Mr. Tenedy?

MR. TENEDY, *señalando su copa*:— Lo mismo para cambiar.

BENITES:— ¡Exactamente, whisky! ¡La bebida de los dueños del dólar! (*Cordel sirve las copas*)

MACHUCA:— ¿Y con quién deja usted a la Rosada, Colacho?

CORDEL:— ¡Ah! . . . mi amigo . . . no lo he pensado . . . Si usted quiere, juguémosla al cachito.

VARIOS:— ¡Estupendo! ¡Bravo! ¡Eso es, al cacho! Juguémosla entre todos! (*Forman inmediatamente un círculo en torno al mostrador*)

CORDEL, *agitando ruidosamente el cacho*:— ¡Señores! ¡Al palio! ¿Quién manda? (*Tira los dados y cuenta, señalando sucesivamente con el dedo a los contertulios*) Uno, dos, tres cuatro. (*A Benites*) Usted manda, amigo mío.

BENITES, *quien va jugar el primero*:— ¿Y qué jugamos?

EL COMISARIO:— ¡A la Rosada, hombre! ¿No está usted oyendo que vamos a jugar a la Rosada?

BENITES, *asombrado*:— ¿A la Rosada? ¿Jugar al cacho a una mujer? ¡No! ¡Eso no se hace! Juguemos una copa de champaña.

VARIAS VOCES *con zumba*:— ¡Vea usted el moralista! ¡A la escuela el preceptor! ¡Afuera usted y su prédica! ¡Afuera, afuera!

BENITES DE UN GESTO RESUELTO *tira los dados*:— Adentro a la Rosada. ¡Trinidad!

VARIAS VOCES, *leyendo en los dados*:— Nada. . . Cero. . . Mano virgen. . . Ahora, usted, Mr. Tenedy.

MR. TENEDY, *tirando los dados*:— ¡A la Rosada, con chupetel!

VARIAS VOCES, *en desorden*:— 3 y 4, 7! y 6, 13! ¡Trece! ¡Trece! ¡La nariz te crece! ¡Bravo Mr. Tenedy! ¡La ganó!

RUBIO, *tirando*:— ¡Silencio, con la izquierda! ¡Y 5 dedos!

VARIAS VOCES, *entre risotadas de burla*:— ¡Nadal! ¡Se jodió! ¡A usted Baldazari! ¡Vamos a ver!

EL COMISARIO, *tirando*:— ¡Mr. Tenedy! ¡Se la cedo, Mr. Tenedy! ¡Me voy, me iré, me fui!

VARIAS VOCES:— 3 y 3, seis, y... 3 y 3... ¡Brutal! ¡Tres treses! ¡Brutalísimo!

MACHUCA, *tomando el cacho*:— ¡Un momento, un momento para el párroco!

VARIAS VOCES *en tumulto*:— ¡Ya para qué! ¡Se acabó! ¡Pero, has visto qué bárbaro!

CORDEL:— ¡Mano de hombre! Lo merece. Bravo, comisario.

MACHUCA, *echando los dados*:— ¡Zas! ¡Con gusto en la cocina!

VARIAS VOCES:— Tres... 3 y seis, nueve: y 2, once. ¡Tinta! ¡Jebe! ¡Tinta y lápiz!...

CORDEL, *tomando*:— ¡Señores! Si gano, ¿me permiten ceder a la Rosada a quien yo quiera?...

RUBIO, *interrumpiendo*:— No, señor. La Rosada nos pertenece a todos, a partir del momento en que usted la ha puesto en juego. En dado vino, en dado debe irse.

MACHUCA:— Colacho, antes de tirar, agua para la caballada. (*Cor-del y otros vuelven a llenar las copas*).

BENITES:— ¡Señores! Yo cedo mis derechos sobre la Rosada a cualquiera. Yo no puedo jugar a los dados a una mujer, por más humilde que ella sea. Eso repugna a mi conciencia. (*Una gran carcajada general le responde*)

CORDEL, *echa los dados*:— ¡Señores, anteojos para el más chico!

VARIAS VOCES:— ¡Fitz! ¡Cero! ¡El remojo, comisario! ¡Qué suertaza!

MACHUCA:— ¡Qué buena chola se va usted a comer, comisario! ¡Tiene unas ancas así!... (*Dice esto, abriendo los brazos en círculo y haciendo una mueca golosa y repugnante de sensualidad*)

RUBIO, *copa en mano*:— Bebamos por la Rosada y por el comisario...

EL COMISARIO:— No señor. ¡Bebamos, señores, esta copa por Mr. Tenedy, nuestro patrón, el gran gerente de la “Quivilca Corporation”!

TODOS:— ¡Por supuesto! ¡Por Mr. Tenedy! ¡Bravo, muchos bravos por Mr. Tenedy!

MR. TENEDY:— ¡Gracias, mis amigos! (*Beben*)

EL COMISARIO:— Mr. Tenedy, le desafío a jugar mano a mano a la Rosada.

MR. TENEDY:— ¡Eso, no, Baldazari! Es cosa ya ganada.

VARIAS VOCES:— ¡Ah, sí! ¡Sí, sí! ¡Los dos: Mr. Tenedy y el comisario!... ¡Adentro!...

EL COMISARIO *da un dado a Mr. Tenedy*:— Sí, Mr. Tenedy. Hágame el favor. ¡Tire! ¿Quién manda? (*El comisario y Mr. Tenedy tiran un dado cada uno y los demás les rodean*) Yo mando. Lo mismo: trinidad. (*Agita el cacho y tira los dados*)

VARIAS VOCES:— ¡Puf! ¡Chambonazo! ¡Ni un solo tres!...

MR. TENEDY *tira*:— ¡Adentro! ¡Todo trigo es limosna!

TODOS:— Tres y seis, nueve... ¡18 y a tostar! ¡Lo mató! ¡Champaña! ¡Champaña, Mr. Tenedy! ¡El remojo!

MR. TENEDY, *riendo*:— Don Cordel, una copa de champaña.

CORDEL, *sirviendo*:— Lo que usted quiera, Mr. Tenedy. ¿Haré venir en el acto a la Rosada? ¿Qué manda usted?

RUBIO:— Mándela traer ahora mismo.

VARIAS VOCES *encontradas*:— No, no... Sí... Ahora no... ¡Sí. Que venga de culito!

CORDEL:— Que ordene Mr Tenedy.

MR. TENEDY:— Caballeros, no ha sido eso sino una broma... Además, el que de veras ha ganado es Baldazari.

EL COMISARIO:— Mr. Tenedy, lo ganado es ganado. La Rosada le pertenece en buena ley.

MACHUCA:— ¡Es una hembra opípara! ¡Caldo de ternera!

RUBIO:— ¡Cuando camina es algo!... (*Hace restallar la lengua con*

tra el paladar, saboreándose) ¡Y qué boca, Mr. Tenedy! ¡Puñalada revesera! (*Risa general*)

MR. TENEDY:— ¿Y usted cree, don Cordel, que ella va a venir si usted la hace llamar?

CORDEL:— En el acto, Mr. Tenedy. Más volando que andando.

MR. TENEDY, *decidido*:— Entonces, que la traigan.

VARIOS:— ¡Pero por supuesto! ¡Desde luego! ¡Lo demás, cojudeces! ¡Vamos, que sí!

CORDEL *llamando a la trastienda*:— ¡Novo! ¡Novo! ¡Ven inmediatamente!

LA VOZ DE NOVO, *medio dormido*:— Ahí, voy, tío...

CORDEL:— Mr. Tenedy, las copas están listas.

NOVO, *que viene corriendo de la trastienda*:— Tío, aquí estoy.

CORDEL:— Escucha Novo: anda a la casa de las Rosadas y dile a la Zoraida que venga aquí, al bazar, que la estoy esperando, porque ya me voy a Colca. Si te pregunta con quién estoy, no le digas quienes están aquí. Dile que estoy solo, completamente solo. ¿Me has oído?

NOVO:— Sí, tío.

CORDEL:— ¡Cuidado con que te olvides de decirle que estoy solo y que no hay nadie en el bazar! ¡Anda y apúrate!

NOVO, *parté con el recado a la carrera*:— Muy bien, tío.

EL COMISARIO y Machuca, *al pequeño que traspone la puerta*:— ¡Volando! ¡Volando! ¡Ya estás de vuelta!

MR. TENEDY, *siguiendo el curso de una conversación que con Rubio y Benites sostenía mientras los demás hacían llamar a la Rosada*:— En vista de esas circunstancias, nuestra oficina central de Nueva York exige un aumento inmediato en la extracción de metal de todas nuestras explotaciones en esta parte de América del Sur... (*Cordel, el comisario y Machuca se han unido a esta conversación, en la que la tertulia toma un giro severo*)

RUBIO:— Los Estados Unidos son verdaderamente un gran pueblo, generoso, idealista...

VARIOS, *admirativos*:— ¡Hombre, sí!... ¡Eso sí, amigo mío! ¡Es un país enorme! ¡Una nación sin par!

BENITES:— ¡Ese Roosevelt, por ejemplo, un portento! ¡Qué tal revolución económica la que realizó!

MACHUCA, *en una explosión de entusiasmo*:— ¡Señores! ¡Los Estados Unidos son el pueblo más grande de la tierra! ¡Qué progreso! ¡Los hombres más ilustres han nacido en Estados Unidos! ¡Toda América del Sur está en manos de los yanquis! ¡No es cosa sencillamente estupenda!

FL COMISARIO:— Las mejores empresas mineras, los ferrocarriles, las explotaciones caucheras y azucareras, todo se está haciendo aquí con dólares...

CORDEL:— ¡Y sobre todo, señores, por la “Quivilca Corporation”! ¡Viva, caballeros, la “Quivilca Corporation”! ¡Viva! (*Aclamación general*)

RUBIO:— Si es el más grande sindicato minero de la República. Minas de cobre en el norte, minas de oro y plata en el centro y en el sur...

VARIOS:— ¡Formidable! ¡Cojonudo!

EL COMISARIO:— Y como lo sabemos, son los socios de la “Quivilca Corporation” que son los más grandes millonarios de los Estados Unidos. Además, muchos de ellos son banqueros y socios de otros mil sindicatos de minas, carteles de automóviles, aviones, trusts de azúcar, de petróleo...

MACHUCA, *ya bebido, copa en mano*:— En resumen, señores, les invito a beber una copa, y diez copas por los norteamericanos!

TODOS, *a grandes voces, copa en mano, haciendo un corro de homenaje a Mr. Tenedy, que sonríe con indulgencia*:— ¡Viva Mr. Tenedy! ¡Viva la “Quivilca Corporation”! ¡Viva los Estados Unidos! ¡Los grandes Estados Unidos! ¡Hip! ¡Hip! ¡Hip! ¡Hurra!... (*Una salva de aplausos. En medio de la bulla suenan varios disparos de revólver. Rubio y Machuca sacan su pañuelo y bailan una marinera. Mr. Tenedy, muy colorado, no cesa de reír*)

RUBIO, *cesando de cantar y de bailar, revólver en mano, da unos*

pasos atrás, en frente de Machuca, con quien bailaba, le apunta en la cabeza, diciéndole:— ¡Alto ahí! ¡Un momento! ¡Quédese parado! (Machuca obedece. Los demás acuden y los rodean) ¿A qué no es usted hombre de dejarme que le pegue un tiro en el borde de la oreja?

VARIOS:— ¡Qué cosa! ¡No, hombre! ¡Desde luego que no! ¡Está usted loco! ¡Qué va hacer usted!

MACHUCA, *desafiado en su sentimiento de coraje:—* Pues los tiros que usted quiera. Dispare donde quiera y tire no más. *(Se yergue cuanto puede, levanta el pecho y mira fijamente el cañón del arma que le apunta, presentando blanco a Rubio)*

RUBIO:— ¡Un solo tirito, nada más! ¡Unito en el borde de la oreja, no más!

MR. TENEDY, *tomando rápidamente un candelero, con una vela que Cordel acaba de encender, para alumbrar el bazar, mientras pone kerosene a la lámpara, dice a Rubio, haciéndole alto con la mano* ¡Un momento! ¡Espere un momentito! ¡Va usted a ver!... *(Trae el candelero y lo pone, con la vela encendida, en equilibrio sobre la cabeza de Machuca)* ¡Ahora, sí!

CORDEL:— ¡Bravo, Mr. Tenedy! ¡Bravo!

EL COMISARIO *a Cordel:—* ¿Qué tal, no?

MR. TENEDY, *a Rubio:—* Apague usted la vela, del primer tiro de revólver, sin tocar a Machuca, por supuesto. . .

BENITES, *tímidamente:—* Pero. . . ¡cuidado! ¡Es muy imprudente, Mr. Tenedy! . . .

RUBIO:— A que se la apago, Mr. Tenedy. ¡Del primer tiro! *(Una viva ansiedad cruza por todos los semblantes. El candelero se bambolea sobre la cabeza de Machuca, cuya embriaguez le impide permanecer quieto)*

MR. TENEDY— ¡A ver ahora! ¡A ver qué tal puntería!

BENITES, *muy nervioso:—* ¡Pero, Machuca, no se deje! ¡Oígame, Machuca!

MACHUCA, *firmie en su lugar, pálido y orgulloso:—* ¡Que tire no más! *(A Rubio, con expresión de héroe)* ¡Apuntel. . . ¡Fuego!

RUBIO, *apunta la llama*:— Quieto... No se mueva, no se mueva... *(Los contertulios se han quedado en silencio, inmóviles, con una sonrisa inconsciente e inexpresiva en las caras, mirando al candelero y a la cabeza tambaleante de Machuca. Un relámpago y una detonación atraviesan el aire y el bazar se hunde en la oscuridad. Silencio de muerte. Luego, una carcajada en las tinieblas)*

VOCES *de angustia y de regocijo, entremezcladas*:— ¡Machuca!... ¡Conteste, Machuca!... ¡Chambón!... ¡Qué barbaridad!... ¡Estúpido!... *(Alguien enciende luz y Machuca aparece de pie en su mismo sitio, con una risa muda, lívida, en su cara de jaguar)*

MR. TENEDY *se acerca a Machuca, rodeado de los demás y lo examina a la luz la cabeza, los hombros*:— ¿Nada, Machuca? ¿No ha sido usted tocado?

MACHUCA, *con una vanidad aparatosa*:— ¡Un whisky para el herido! ¡Y una copa de champaña para el muerto!

VARIOS:— ¡Bravo! ¡Una copa para Machuca! ¡Colacho, una copal!

RUBIO, *buscando el candelero y la vela por el suelo*:— He sentido que di al blanco. A la misma vela. Estoy seguro.

EL COMISARIO *que ha encontrado el candelero y la vela*:— Aquí está. *(Todos acuden a ver los objetos)* ¡Ni trazas de la bala! ¡Chambonazol!

VARIOS:— Tiro yo mejor que él. ¡Toda la vida! ¡Vaya!

MR. TENEDY, *aguitando por la cerradura de la puerta a la calle*:— ¡Chut! Creo que ya viene la Rosada. *(La comparsa calla)*

CORDEL, *en voz baja*:— No, nadie... Nadie habla... Pero ya no tarda ella en venir.

EL COMISARIO, *en voz baja*:— Hay que esconderse todos. Cada uno en un rincón. Apúrense en colocarse ya.

MR. TENEDY:— Detrás del mostrador sencillamente.

BENITES:— O detrás de los barriles también.

CORDEL:— ¡Cállense! Oigo pasos. *(Todos, menos Cordel, se han ocultado y guardan silencio. Cordel arregla, haciendo como si estuviese solo, botellas y copas sobre el mostrador. Un silbido agudo y*

dolorido cruza a lo lejos. Luego, una melodía indígena llega desde la calle. Unos pasos de hombre)

MACHUCA:— Este que pasa, es Quispe, el gendarme.

TODOS:— ¡Cállese! ¡Chut! ¡Silencio, se ha dicho! (*Se distingue una voz de mujer, acercándose. Nuevos pasos*)

CORDEL:— ¡Ella es! Reconozco sus pasos.

MACHUCA:— Sus piernas, dirá usted.

TODOS:— ¡Pero cálese, carajo! (*Las voces y los pasos de la Rosada y de Novo se aproximan. Un tiempo. Tocan a la puerta*)

CORDEL:— ¿Quién es? Adelante.

LA ROSADA, *entrando*:— Buenas noches, don Cordel.

CORDEL:— ¡Tú, Zoraída. Pasa. Pasa. Te he hecho llamar porque ya me voy a Colca.

LA ROSADA:— Sí... Así me dice su sobrino.

CORDEL:— Mañana, a la primera hora. Pero, siéntate, ¡hombre! Siéntate. (*Una repentina carcajada estalla en el bazar y los contertulios aparecen de golpe ante la Rosada, quien da un traspie contra el muro, estupefacta*)

TODOS *la rodean, le estrechan la mano, la abrazan, le acarician el mentón*:— ¡Zoraída! ¡Aquí estás! ¡Bravo, Zoraída! ¿Cómo estás, linda? ¡Qué buena moza te veol

CORDEL, *desternillándose de risa*:— ¡Qué quieres! ¡Es la despedida! Y aquí están los amigos... ¡Y el patrón! ¡Nuestro grande y querido Mr. Tenedy!

EL COMISARIO:— Don Cordel, agua para la caballada.

BENITES:— La copa de Machuca está servida.

CORDEL:— Las copas están listas. ¡Al paliol Mr. Tenedy! (*Cordel alcanza una copa a Mr. Tenedy y otra a la Rosada*)

LOS DEMAS, *tomando cada cual su copa*:— Tomemos por Zoraída. Una copa por Zoraída. Salud, Zoraída. ¡Por ella. hasta verte, Cristo mío!

LA ROSADA, *acobardada*:— Gracias. Muchas gracias, caballeros.

MR. TENEDY, *a Benites*:— Traiga usted la guitarra. Don Cordel, ¿dónde está la guitarra?

CORDEL:— Al instante, Mr. Tenedy, aquí la tiene. (*Vuela a buscar el instrumento entre unos fardos de mercaderías*)

LOS DEMAS, *el alcohol ha subido muy alto en las cabezas*:— ¡Por supuesto!... ¡Guitarra y marinera!... ¡Benites, una marinera!...

MACHUCA, *el más borracho, le dice a la Rosada, galante*:— Ayer te vi por el cerro. ¿No me has visto?

LA ROSADA:— No, señor Machuca. ¿A qué hora sería?

MACHUCA:— Llevabas un pañolón granate, que te quedaba de rosas. (*Arrimándose*) ¡Y esos ojos!...

LA ROSADA:— ¡Ah, señor Machuca! Siempre con sus piropos. (*Benites ha empezado a puntear la guitarra*)

RUBIO:— Un momento: Mr. Tenedy, el patrón y gerente de la “Quivilca Corporation”, va a romper el baile con una marinera.

TODOS, *en una sola ovación*:— ¡Esol!... ¡bravol!... ¡Viva la “Quivilca Corporation”!... ¡Viva Mr. Tenedy!... ¡Viva los Estados Unidos!... (*Mr. Tenedy da el brazo a la Rosada y la saca a bailar, mientras Benites preludia una marinera y empieza a cantar, acompañado, como segunda voz, por Rubio*)

MACHUCA, *abrazando a Mr. Tenedy*:— ¡Patrón! ¡Su humilde servidor! ¡Usted es como mi padre! Sin la “Quivilca Corporation” mis hijos no tendrían el pan de cada día. (*A los demás con una rabiosa convicción*) ¡Carajo! ¡Doy mi vida por los Estados Unidos! (*Se desploma en un asiento*)

CORDEL, *a Mr. Tenedy, aparte, refiriéndose a la Rosada, mientras hablaba Machuca*:— Mr. Tenedy, ¡ahora mismo un “tabacazo” y arreglado! ¡Al minuto, la tiene usted meándose! ¡Va a ver usted!...

MR. TENEDY, *palmeándole el hombro a Cordel*:— Es usted un portento.

CORDEL:— Por usted, Mr. Tenedy, no digo una querida: ¡Mi vida entera! (*Diciendo esto, prepara en una copa, cuidando de no ser vis-*

to por la Rosada que está lejos de semejante maniobra, una mezcla misteriosa de licores y sustancias: el "tabacazo")

MR. TENEDY, a la Rosada, mientras se desenvuelve el prelude en la guitarra, sostenido por las palmas acompasadas de Rubio:— ¿Usted tiene familia en Quivilca?

LA ROSADA, muy tímida:— Sí, patrón. Tengo mis dos hermanas.

MR. TENEDY:— ¿Ah, sí? ¿Trabajan?

LA ROSADA:— Sí, patrón. Hacemos desde luego lo que podemos para ganarnos la vida. (Benites y Rubio han empezado a cantar la marinera, con gran refuerzo de palmas y de punteo de guitarra)

MACHUCA, se levanta de pronto y hace callar a los cantores:— No. Esa no. Toquen "La rosa y el clavel". Para Mr. Tenedy: "La rosa y el clavel". (Entona como puede la marinera indicada, palmoteando ante Mr. Tenedy, y dedicándole el canto) "Ya salieron a bailar, ¡ay, como no! ¡Ay, señora, ay, como no! la rosa con el clavel"...

CORDEL, trayendo las copas: una para Mr. Tenedy y otra para la Rosada (el "tabacazo"), que se han quedado parados, uno frente a otro, pañuelo en mano, por la interrupción de Machuca:— Mientras tanto, Mr. Tenedy, permítame que les sirva una copa... ¡Y de nuevo a acomodarse!... (La guitarra empieza nuevamente y Mr. Tenedy y la Rosada beben)

MACHUCA Y EL COMISARIO, haciendo palmas:— ¡Entra!... ¡Entra!... ¡Entra, que te quiero echada!... (Benites y Rubio rompen a cantar "La rosa y el clavel". Y Mr. Tenedy y la Rosada bailan, entre palmoteos y gritos sincopados)

MACHUCA, a Cordel, siguiendo con ojos ávidos los movimientos de la Rosada al bailar:— ¡Qué nuca más peluda! ¡Y qué caderas! ¡Yegua de paso! (Acercándose al comisario) ¡Un culo como para pobres!... (Al llegar a la fuga de la marinera, un furor frenético se desencadena en torno al cuerpo seductor de la Rosada. El comisario, Cordel, Machuca, y hasta Rubio y Benites —que se han puesto de pie aun cantando y tocando— siguen a la joven con requiebros entusiasmados. Machuca arroja al suelo, a los pies de la pareja, todos los sombreros que encuentra. La Rosada, en quien el alcohol y la mezcla preparada por Cordel, empiezan a hacer efectos fulminantes, se re-

manga el traje por delante hasta media pantorrilla y se lanza en un zapateo delirante. Machuca, fuera de sí, coge una copa llena de champaña y se la rompe ruidosamente contra el mostrador. Hasta que Benites pone fin a la fuga, con una gran queja romántica, vibrante, espasmódica. La pareja se para entonces en seco, en un escorzo sensual y arrogante de victoria)

TODOS:— ¡Bravo! ¡Formidable! ¡Hurra! ¡Viva! ¡Hurra, hurra, hurra!...

CORDEL:— Copa con su pareja. Eso merece copa. (Vuelve a servir una copa a Mr. Tenedy y otra a la Rosada, que se han quedado, el uno frente al otro, esperando la segunda vuelta del baile)

BENITES:— ¡Viva, señores Mr. Tenedy! (Los demás corean el viva y hacen al yanqui una gran ovación, mientras la Rosada no cesa de reír, jadeante y sobrecitada)

MR. TENEDY, modesto:— Es ella. Me ha cerrado.

LA ROSADA que empieza a producirse libremente:— No, Mr. Tenedy. Usted. Baila usted muy bien.

EL COMISARIO pegándose a la Rosada, casi besándola:— ¡Esos labios! ¡Los comería con rocoto! (Benites preludia la segunda parte de la marinera)

MACHUCA, a Mr. Tenedy:— A quien Dios se lo da, Mr. Tenedy, San Pedro se lo bendiga.

RUBIO:— ¡Zoraída abajo el pañolón! Las ancas libres.

MACHUCA Y EL COMISARIO, quitándole el pañolón a la Rosada:— Abajo el pañolón. ¡Arriba esas tetitas! Déjate. Déjate.

LA ROSADA, sin dejarse:— No. Eso no. Hágame el favor. (Benites canta, acompañado de Rubio "Unos dicen que las Juanas". Y Mr. Tenedy y la Rosada rompen a bailar, en medio de palmoteos y requiebros estentóreos)

MACHUCA:— Colacho, otra tanda de champaña.

CORDEL:— Ya. Todo el bazar es suyo. (Mr. Tenedy, muy borracho, empieza a hacer zetas en el baile; se para, se acerca a la Rosada y la besa en el pecho, le pasa el pañuelo por el cuello y por

los hombros y barre con él el suelo, persiguiéndola y husmeándole los cabellos. Al llegar la fuga, la Rosada, en un repentino y espontáneo acceso de entusiasmo, se descubre por delante el pañolón, lo toma por ambas puntas, a uno y otro lado de la cintura y así se ciñe el talle, echando el busto hacia atrás y zapateando la marinera. Las exclamaciones y rugidos de los hombres llegan entonces al paroxismo)

TODOS, haciendo palmas, los ojos chispeantes, giran en torno a la Rosada:— ¡Abrete! ¡Quiébrate! ¡Muévete! ¡Más! ¡Más! (Mr. Tenedy, vencido por la Rosada, trezándose y acesando, la toma en sus brazos y la levanta en vilo, apretándola contra sí y colmándola de besos, en un arranque desenfrenado de lujuria. Benites y Rubio cesan de golpe de cantar y de tocar y el primero levanta la guitarra en alto y la parte furiosamente en dos. Un disparo de revólver cruza la tienda, seguido de un ruido de cristales y de losas que se quiebran. Los gritos redoblan) ¡Bravo!... ¡Cuarenta veces bravo! ¡Viva la Zoraída! ¡Champaña! ¡Champaña!

BENITES, subido en una silla, dominando el barullo:— ¡Señores! ¡Una palabra! ¡Una sola! ¡Es importante! (Todos callan. Solemne y trascendental) ¡Señores! ¡Después de Dios, el Sexo!... (Al soltar Mr. Tenedy a la Rosada, Machuca se acerca a ella y la besa a la fuerza. Luego, hacen lo mismo Rubio y el comisario)

CORDEL, tomando por el brazo a la Rosada la trae hacia Mr. Tenedy:— Ven por aquí... Ven donde Mr. Tenedy... A su lado...

MR. TENEDY: toma apasionadamente a la Rosada entre sus brazos— Déjela. Déjela con su gusto. (Pero la Rosada, riendo nerviosamente, trata de eludir los brazos de Mr. Tenedy)

CORDEL, severo:— ¡Zoraída, Zoraída! ¡Qué es eso! ¡No te muevas! ¡Tranquila! ¿No sabes respetar el patrón? (La Rosada, no obstante, se evade de los brazos de Mr. Tenedy y evoluciona por la tienda, los cabellos desgreñados, sin pañolón, presa de una crisis de risa incontenible)

LA ROSADA, con una voz que denuncia su completa embriaguez:— ¡Nada de cantos tristes! ¡Un huaino! ¿Quién baila un huaino conmigo? Usted, Mr. Tenedy, ¿un huaino conmigo?

MR. TENEDY, *a Rubio y a Benites que empiezan a cantar un yaraví*:— Alto, señores, un huaino.

BENITES:— “El río vuelve a su cauce, palomita...” (Y canta el huaino acompañado de Rubio y de Machuca, que toca rítmicamente con los puños en el mostrador en lugar de caja de batería. Mr. Tenedy da un beso en los senos desnudos de la Rosada y se lanza con ella a los compases de la danza, en medio de un vocerío frenético. Al venir la fuga, Cordel se aproxima varias veces a la Rosada y le dice algo al oído)

LA ROSADA *que acaba de comprender se vuelve entonces bruscamente a Cordel, parándose de bailar, colérica*:— ¡Don Cordel! ¿Qué ha dicho usted?... (El canto ha cesado y rodean a la Rosada que se ha echado a llorar)

TODOS:— ¿Qué hay? ¿Qué ha pasado? ¿Qué sucede? ¡Zoraída, que te pasa? ¿Por qué lloras?

CORDEL, *riéndose*:— ¡Las copitas! ¡Déjenla que se desahogue. ..

LA ROSADA, *sollozándose*:— ¿Qué ha dicho usted, don Cordel? ¡Cómo puede ser!... ¡Cómo puede ser!...

MR. TENEDY, *tomándola del brazo la lleva al mostrador*:— No haga caso, Zoraída. No se mortifique. Tomemos una copa, una copa de whisky, ¿no? ¡Don Cordel, un whisky!

CORDEL:— En el acto, Mr. Tenedy. Veinte whiskys.

TODOS:— ¡Cien whiskys por Zoraída! ¡Por la Zoraída! ¡Y otro huaino! (Benites preludea en la guitarra un huaino pero la Rosada permanece agachada, con el rostro oculto entre las manos)

EL COMISARIO:— Ya no llores. Zoraída. Ponte alegre. ¡Ya se acabó!

LA ROSADA, *pensativa, inmensamente triste*:— Soy una pobre desgraciada... nada más... Ustedes, unos caballeros... ¡Qué se hará, señores!

BENITES, *tocando y cantando*:— “Yo he venido a tener gusto. No he venido a tener pena. Si se acaba, que se acabe. Que se acabe en hora buena...”

LA ROSADA:— No, señor Benites, marinera, no. Ahora, sí, un ya-

raví. Ahora, sí, que estoy triste. “Mi corazón tiene ganas de llorar. . .” (Y Benites preludea un yaraví) Don Cordel. . . venga usted a mi lado. . .

CORDEL:— ¿Qué tienes? ¿Qué deseas?

LA ROSADA:— ¿Quién es usted para mí, don Cordel? Yo que sólo soy una pobre. . . (El yaraví comienza y la tertulia escucha en silencio. Machuca duerme en una silla. Al morir el canto, la Rosada entona sola un huaino, que Benites se apresura a acompañar en la guitarra y los demás con palmas. Luego, en un transporte de entusiasmo y de embriaguez, se echa una punta del pañolón al hombro y las manos a la cintura, zapatea un huaino, sola)

TODOS, rodeándola y palmoreando:— ¡Así! ¡Eso! ¡Eso! ¡Así! ¡Así! (La Rosada da un traspie y Mr. Tenedy la sostiene)

CORDEL, a Tenedy, aparte:— ¡Ya, Mr. Tenedy! ¡Ya está en punto! ¡Mírela! (El canto y la guitarra han cesado, Benites ha doblado la cabeza contra el mostrador y duerme)

LA ROSADA que Mr. Tenedy ha hecho sentar, canta sola:— ¡“Hay, me voy. . . y ya no he de volver, palomita. . .”

CORDEL, ante Tenedy y Rubio, como a una ciega, severo:— ¿Me ves, Zoraída? Contesta. Aquí está Mr. Tenedy. . . El patrón. . . Mr. Tenedy que es como nuestro padre de todos. . . (Cordel se inclina largamente ante el yanqui)

LA ROSADA, al oír el nombre de Mr. Tenedy, cesa de cantar y le besa humildemente la mano:— ¡Patrón! Su pobre esclava. . .

CORDEL:— Mr. Tenedy va a encargarse de ti (Guiña el ojo a Mr. Tenedy y a Rubio) mientras mi ausencia. . . ¿Me oyes? ¿Has oído?

LA ROSADA, sin conciencia:— ¿Cómo? . . . Sí. . . Sí. . . (Bosteza)

CORDEL:— El verá por ti. . .

LA ROSADA: Como no. . .

CORDEL:— El hará mis veces en todo y para todo. (Cordel hace muecas de burla repugnantes) Obedécele como a mí mismo. ¿Me oyes bien?

LA ROSADA, *la voz arrastrada y los ojos cerrados*:— Sí. . . Sí. . . (*Rubio ahoga una risotada, tapándose la boca*)

CORDEL, *a la Rosada*:— Besa a Mr. Tenedy. Aquí está, a tu lado. . .

LA ROSADA, *en un relámpago de conciencia*:— No. No. . .

CORDEL, *muy irritado*:— ¿Cómo, no? ¿No le besas? ¿Desobedece lo que yo te ordeno?

LA ROSADA:— Eso. . . no.

EL COMISARIO, *en voz baja*:— Ya, Mr. Tenedy. Entrele no más. (*Mr. Tenedy toma entonces a la Rosada en sus brazos y la cubre de besos y de caricias, sin que la muchacha parezca sentir ni darse cuenta de nada*)

CORDEL, *satisfecho*:— Mr. Tenedy, he cumplido mi deber. Usted dirá. . .

RUBIO:— ¡Carajo! ¡Qué barriga más ricota! (*La Rosada levanta de pronto la cabeza y clava unos ojos de asombro en Mr. Tenedy y, de uno en uno, en el comisario, en Rubio y en Cordel. Luego, se pone apenas de pie, agarrándose del mostrador para no caer. Cordel hace a todos señas de dejarla hacer. Como la muchacha está a punto de desplomarse, Cordel la toma por un brazo y la conduce, paso a paso, a la trastienda*)

LA ROSADA *se resiste varias veces a avanzar*:— ¡Don Cordel! ¿A dónde me lleva usted?

CORDEL:— Ven. . . Ven, no más. . . Avanza. . . Necesitas dormir.

LA ROSADA:— Sí. . . Pero ¿a dónde? . . . No puedo abrir los ojos. . . Don Cordel, no me deje usted. . . Don Cordel, no me abandone. . . (*Al llegar a la oscuridad de la trastienda, se agarra despavorida a las solapas de Cordel*) ¡Don Cordel! ¡Don Cordel! ¿Dónde estamos?

CORDEL:— No tengas cuidado. Aquí estoy a tu lado. . . (*Ambos desaparecen, mientras los demás esperan en silencio. Cordel vuelve solo al instante. Mostrando la puerta de la trastienda a Mr. Tenedy, en un ancho ademán de cortesía*) A la hora que usted guste, Mr. Tenedy.

RUBIO:— ¡Mr. Tenedy, por aclamación, a la palestra!

MR. TENEDY, *riendo y eludiendo*:— ¿Duerme?

CORDEL:— Como una vaca, Mr. Tenedy.

MR. TENEDY:— Bueno. Sírvanos de beber.

CORDEL, *sirviendo*:— Con mucho gusto, Mr. Tenedy.

MR. TENEDY *consultando su reloj*:— Las tres y media. (*Rubio toma la guitarra y toca en tono menor un yaraví*)

EL COMISARIO:— Muy bonita noche, Mr. Tenedy...

CORDEL:— Y Mr. Tenedy nos ha honrado con su presencia...

MR. TENEDY:— El gusto ha sido para mí, amigos míos. (*Para el oído a la calle*) ¿Oigo voces de mujer me parece? (*Los demás, a su vez, escuchan y Rubio cesa de tocar*)

EL COMISARIO:— Sí... Son voces de mujer...

MR. TENEDY:— Y han dicho "Zoraída". Serán sus hermanas... sus hermanas que la buscan... (*De repente, en un cuchicheo*) Apague la luz... Callémonos... (*Cordel apaga y el bazar se queda en la oscuridad y en el más completo silencio*)

LA VOZ DE RUBIO:— Nadie

VOZ DEL COMISARIO— ¡Cállese! (*Nuevo silencio*)

VOZ DE CORDEL:— No es nadie.

VOZ DE MR. TENEDY:— Mejor quedarse a oscuras.

VOZ DE RUBIO:— Por supuesto, y hablar muy bajo. (*En el silencio se oye alguien que camina a paso quedo y se pierde en la trastienda. Rubio, entonces, toca y canta a media voz un yaraví. De momento en momento, el fuego de un cigarrillo chispea e ilumina el bazar*)

VOZ DE BENITES, *despertándose*:— ¿Cordel? ¿Rubio? ¿Por qué han apagado la luz ustedes?

VOZ DE CORDEL:— Porque por ahí están pasando las hermanas de la chola... Le hablo despacio para no despertarle. (*Unos ruidos de cama llegan de la trastienda*) Siga usted durmiendo no más. (*Pero se precisan los ruidos que Rubio se empeña en ahogar o disimular con el punteo de la guitarra*)

VOZ DE BENITES:— ¿Qué ruido es ése? (*Muy exitado*) ¡Carajo! ¿Quién está adentro con la Rosada?

VOZ DE CORDEL:— ¡Cállese, le he dicho! Usted está soñando. ¡Qué Rosada ni Rosada! Ya se fue hace rato.

VOZ DE BENITES:— ¿Y Tenedy, a qué hora se fue?

VOZ DE CORDEL:— Acaba de irse.

VOZ DE BENITES:— ¿Y Machuca?

VOZ DE CORDEL:— Aquí está durmiendo entre los barriles. (*El ruido ha crecido y se hace inconfundible*)

VOZ DE BENITES:— ¡Ah, no, carajo! ¡No me van hacer cojudo!

VOCES DE CORDEL Y DEL COMISARIO, *violentos, impidiendo a Benites avanzar*:— ¡Alto ahí! ¡Quieto! ¿Dónde va usted? ¡Siéntese!

VOZ DE BENITES, *hecho un energúmeno*:— Quiero ver quién está aquí. Machuca está con la Rosada. ¡Todos ustedes han estado con ella y a mí me quieren hacer cabrito! (*Intenta furiosamente avanzar de nuevo*)

VOCES DE CORDEL Y DEL COMISARIO, *que han agarrado a Benites por las solapas y los brazos*:— ¡Tranquilo, carajo! ¡Ni un paso más, y se va a callar!

VOZ DE BENITES, *alzándose, más violenta*:— ¡Qué cosa! ¿Joderme a mí? ¡Es lo que vamos a ver!

VOZ DE RUBIO *que ha cesado de tocar y de cantar*:— ¡Ya están oyendo las Rosadas! ¡Por favor, silencio, Benites! ¡Ahí ya vienen!... (*Benites ha dado un tirón y avanza a la trastienda*) ... y van a tocar!... (*Una gran bofetada resuena en la oscuridad, seguida de un forcejeo largo y convulsivo. Alguien cae pesadamente al suelo. Sueña un disparo. Una de las puertas se abre y se cierra ruidosamente*)

VOZ DE MACHUCA *que despierta de golpe*:— ¿Qué es esto? ¿Qué sucede? ¿Quién ha salido? (*Sale a toda prisa detrás del que acaba de salir*) ¡Oiga! ¡Oiga! (*No ha cesado el ruido y Rubio vuelve a tocar y a cantar. Poco a poco va apagándose a pausas el yaraví y Rubio queda dormido. La luz del día invade ahora el bazar y se hace completamente de día. Cordel y Mr. Tenedy aparecen solos. Hablan en tono grave*)

MR. TENEDY, *severo, desde muy alto*:— Nuestro embajador, uno de los accionistas más importantes de nuestro sindicato es hombre excelente. Hay que consultarle siempre. El general Otuna le pondrá al corriente de cualquier detalle, y un par de meses a su lado será tiempo suficiente para ponerse usted al tanto de la vida política de la capital y del país, y en contacto con el engranaje íntimo de nuestras oficinas capitalinas.

CORDEL, *visiblemente en un supremo esfuerzo*:— Permítame, por última vez, Mr. Tenedy: es materialmente imposible que Acidal me reemplace. . .

MR. TENEDY, *casi con un grito de impaciencia*:— ¡Don Cordell. . .

CORDEL, *con instantánea y resignada sumisión*:— ¡Perdone, Mr. Tenedy! Como lo ordena usted. . .

MR. TENEDY, *las manos*:— Buen viaje y fe. Seguridad en usted mismo y en la causa. Adiós. (*Sale*)

CORDEL, *saliendo al propio tiempo que él*:— Adiós, Mr. Tenedy. Mi caballo me espera ya ensillado. (*Las puertas se cierran enérgicamente*)

TELON

Cuadro Quinto

En la capital. Medianoche, en la casa política de Cordel Colacho.

Una sala escritorio. Decorado lujoso. Dos puertas: una al fondo, abierta a medias al corredor; la otra a la derecha, cerrada, comunicando con otra pieza invisible para el público. Un poco a la izquierda, en el muro del fondo, una ventana cerrada.

Cordel y Acidal, asistidos de Zavala, secretario político de Cordel, aparecen presas de una gran efervescencia. Los tres hombres están vestidos con extrema corrección. Sin embargo, los hermanos Colacho no logran disimular un recalcitrante fondo nuevo rico. Cordel sobre todo, dentro del traje y del ambiente elegantes en que se mueve, demuestra un embarazo trágico-cómico.

De la pieza vecina llegan ecos de voces y de pasos de gente que entra y sale.

CORDEL, *consultando su reloj*:— La una menos veinte. Ya no tarda.

ZAVALA:— ¿El soldado es un indio?

ACIDAL:— Sí. Un indio de la altura. Colono de una hacienda.

CORDEL:— Si demora, se va a encontrar con Trozo, ¡y es una broma!

ACIDAL:— ¿Por qué? Mejor que se encuentren. Así verán los dos que estamos en contacto con muchos elementos.

CORDEL:— Pero. en suma, ¿qué quiere ahora Trozo? ¿A qué viene? ¿No hay necesidad?

ACIDAL:— Viene como delegado de la Confederación de Artesanos.

CORDEL:— ¿Tienes confianza en él? Es lo principal.

ACIDAL:— Según lo que me dijo ayer, parece decidido con nosotros. Además, las cosas andan ya tan avanzadas, que no se le puede ocultar nada. Dentro de unos minutos, la revolución será del dominio público. . .

ZAVALA, *poniendo a Acidal en guardia*:— ¡Don Acidal! ¡Trozo es un abogado! ¡No lo olvide usted!

CORDEL:— Es un agitador profesoral. Un anarquista, según me dicen. . .

ZAVALA, *cuidando que no le oigan de afuera*:— Profesional, don Cordel. No se dice profesoral. Se dice profesional. Sio-nal.

ACIDAL:— Tú ves. . . No te lo decía. . . Has esperado el último momento para estudiar un poco las palabras y las maneras. . .

CORDEL:— Profesor. . . profesoral. . . En fin, profesional. . .

ZAVALA:— Sería preferible no emplear, por ningún motivo, las palabras que no hemos estudiado. A veces, una palabra dicha sin detenerse a saber lo que ella significa exactamente. . .

ACIDAL, *interrumpiendo*:— Puede echar a perder a un hombre definitivamente.

CORDEL:— Lo comprendo. Y sobre todo en política.

ZAVALA:— En conclusión, don Cordel, mucho cuidado. Cuando quiera usted decir una de esas palabras, aún ignorando su significado exacto, al menos pronúnciela enredándola con las demás palabras, rápido y atropellando las sílabas. . .

ACIDAL:— Como quien tiene mucha prisa. . .

ZAVALA:— Y siga imperturbable a fin de que no se note la palabra mal dicha o mal venida. . .

CORDEL:— Como el otro día con “sigilo”, ¿no?

ZAVALA:— ¡Precisamente!

ACIDAL:— Y debes seguir, sobre todo en las primeras semanas de tu gobierno, leyendo mucho periódico y también los discursos de las cámaras. ¡Muy importante!

CORDEL, *transido*:— ¡He pasado toda la noche repasando el diccionario!

ACIDAL:— Y ten confianza en tu persona...

ZAVALA:— Es lo principal...

ACIDAL:— Sí, porque tiene verdaderamente una cabeza de caudillo. Esta mañana, cuando hablaba con los dos senadores y que hacía con la cabeza (*Hace movimientos negativos*) estabas, Cordel, realmente imponente, serio, digno, en fin... verdaderamente Presidente. ¿Se fijó usted, Zavala?

ZAVALA *a Cordel*:— ¡Oye usted a su hermano qué bien habla!

CORDEL:— ¡El, por supuesto, es estupendo!

ACIDAL:— Pero... ¿debido a qué? A los estudios que hemos hecho con Zavala, durante años y años. Si hubieras querido hacer lo mismo, hoy hablarías como yo. ¡Haber estudiado en cambio de negarte!

ZAVALA:— A ver, don Cordel, una última vez: enumere a la ligera pero como si estuviese usted ya en Palacio ante los generales y coroneles, los principales males de que sufría el país bajo la dictadura.

ACIDAL *aconsejando a su hermano*:— ¡Enfasis! ¡Aplomo! ¡Mirada vibrante de luz! No tiembles. No te apoques. Habla fuerte aunque digas lo que digas. Con lo poco que te ha enseñado Zavala basta y sobra.

CORDEL, *de pie, se ensaya*:— ¡Los derechos, conculcados! ¡El tesoro fiscal en derrota! ¡La moneda despreciada! ¡Las industrias paralizadas! ¡Ventarrones de odio, soplando de los cuatro puntos cardinales!...

ACIDAL:— No; ¡cardinales! ¡di! ¡cardil! ¡con il

ZAVALA:— Otra vez, don Cordel.

CORDEL, *repitiendo*:— Ventarrones de odio... (*Volviéndose a Acidal*) Además, creerán que es defecto de la lengua...

ZAVALA:— Desde luego. Repita, don Cordel.

CORDEL:— ¡Ventarrones de odio soplando de los cuatro puntos cardinales del país! Y, señores, muy doloroso es decirlo: no ha habido un hombre, ni uno solo, que levante su voz en defensa del bienestar y de la paz colectivos!

PANCHO, *hombre de confianza de los Colacho, entra*:— Señor, ahí está presente, Pachaca.

ACIDAL:— Muy bien. Hazlo pasar. (*Pancho sale. Vuelve al momento seguido del soldado*). Pachaca, pase usted. Adelante.

PACHACA, *quitándose el kepi*:— Buenas noches, señores. (*Pancho vuelve a salir y Zavala cierra la puerta*)

CORDEL:— Siéntese, Pachaca.

PACHACA, *se sienta*:— Gracias, patrón.

ACIDAL *con un matiz de severidad*:— Lo estábamos esperando. ¿No lo habrán visto entrar?

PACHACA:— No. No creo, patrón.

PANCHO, *que ha vuelto a entrar*:— Señor, el doctor Trozo.

CORDEL:— Que pase. (*Pancho regresa a la pieza, hace pasar a Trozo, y luego sale, cerrando la puerta*)

ACIDAL:— Llega usted a tiempo, Trozo. ¿Cómo le va?

TROZO, *el abogado*:— Caballeros, buenas noches.

CORDEL, *sirviendo unas copas*:— Bueno, señores... hace frío...

ACIDAL:— Eso sí, hombre. Un coñac no nos hará mal...

CORDEL:— Dicen que los grandes acontecimientos de la historia nacieron regados siempre con alcohol. (*Un vistazo a Zavala, que le hace entender que la frase está magnífica*)

ACIDAL:— Posiblemente...

TROZO:— Y otras veces con sangre.

ACIDAL:— Pero eso, no siempre. (*Zavala distribuye las copas*)

CORDEL:— Dicen que Lindberg, cuando atravesó el Atlántico, no se alimentó, durante las 40 horas, sino de whisky. De whisky. Salud, señores.

ACIDAL, *pasando los cigarrillos*:— Como la hora es avanzada, me parece, Cordel, que podríamos empezar.

CORDEL:— Pero de acuerdo. En seguida.

ACIDAL:— Tanto más cuanto que todos sabemos ya de qué se trata y no falta ya sino ir a los hechos por el camino más corto.

CORDEL:— Aquí, doctor Trozo, tenemos a Pachaca, sirviente del coronel Tequilla, Jefe del Estado Mayor General del Ejército.

ACIDAL:— Podemos hablar íntimamente. Todos pertenecemos a la misma causa.

CORDEL:— A Pachaca, le hemos hablado del movimiento revolucionario y le hemos hecho ver la necesidad que tenemos de que nos ayude, como patriota y buen soldado que es, en asegurar su éxito. La labor de Pachaca es que, esta misma noche, a la madrugada, a la hora en que el general Otuna ataque Palacio, se encargue él de Tequilla... Es decir... ya comprende usted...

ACIDAL:— Es decir que lo suprima, hablando clara y categóricamente.

CORDEL:— Categóricamente, eso es: que lo suprima...

ACIDAL:— En nombre de la patria. En nombre de la libertad.

CORDEL:— En eso hemos quedado. ¿Cuál es su respuesta, Pachaca?

PACHACA, *tras una corta pausa*:— Pero, patrón, ¿qué cosa es, en buena cuenta, la revolución? Explíquemelo un poco...

ACIDAL:— Usted sabe, Pachaca, que el país padece, desde hace quince años, los rigores de la tiranía. El tirano manda robar y matar al pueblo y se ha encaramado en el poder, y, por consiguiente, no puede haber ningún otro Presidente...

CORDEL:— Pero, ahora, un gran número de ciudadanos ha decidido derribarlo a la fuerza. El golpe está ya listo. Tenemos con nosotros a la mayoría de los batallones...

ACIDAL:— Y de los generales y coroneles.

ZAVALA:— El capital suficiente...

CORDEL:— Y el apoyo más entusiasta del país.

ACIDAL:— Pero el coronel Tequilla, uno de los más pícaros y sanguinarios ahijados de la tiranía, sostiene al tirano en el poder, contra la voluntad del pueblo. . .

CORDEL:— Y es su deber, Pachaca, ponerse del lado del pueblo que gime bajo las garras ortodoxas (*Un vistazo con el rabo del ojo a su secretario*) del dictador Palurdo.

ACIDAL:— Apenas y ya victoriosa la revolución, será usted debidamente recompensado por su acción y mérito. Primero, será usted capitán y más luego. . .

CORDEL:— Aparte y ante todo de una buena gratificación en plata sonante.

ZAVALA:— Y se va a publicar su nombre con grandes letras de imprenta en la primera página de todos los periódicos. y lo verá usted luciendo entre los de los demás defensores de las libertades ciudadanas.

ACIDAL:— ¡Usted oye! ¡Qué le parece, Pachaca! ¡Qué dice ahora! (*Pero, Pachaca, cabeza agachada, no responde*)

CORDEL, *juzga entonces llegado el momento de hablar bien*:— Usted, Pachaca, ha nacido en el corazón de la nación y como tal debe usted salvarla del yugo de una de las tiranías más perinclitas del mundo. ¡Pachaca! ¡Hombre de leyenda! ¡Cumpla usted su deber de militar y de patriota!

ZAVALA *encadena, apresurándose a aturdir a los interlocutores*:— Por desgracia, Pachaca, las grandes revoluciones a veces exigen efusión de sangre. El doctor Trozo acaba de reconocerlo hace un momento.

ACIDAL:— Si Tequilla sale al combate, la cosa costará la vida a centenares de personas.

CORDEL:— De lo contrario, todo se hará sin derrame de sangre. La toma de Palacio será fácil, pacífica. . .

ACIDAL:— ¿Ya se da usted cuenta, Pachaca, de lo noble de su acción? ¿No tendrá usted luego derecho de estar orgulloso de su obra?

PACHACA:— ¿Y quién entonces será Presidente, Patrón?

ZAVALA:— ¿Quién será Presidente? Aquí, delante de usted: el general Cordel Colacho.

CORDEL, *de un tirón, empujado, aguilino*:— Así lo quiere la voluntad fría del pueblo, Pachaca. No me queda sino obedecer. Los destinos de los pueblos y de los hombres son así: ¡heraldos bifrontes e inmortales! (*Mirada de soslayo a su secretario*)

ZAVALA *como el rayo*:— Y es que los jefes y directores del movimiento revolucionario han reconocido en el señor Colacho, en su honradez incólume, su bello patriotismo y su gran inteligencia, al salvador de la nación.

ACIDAL:— Vemos que Pachaca es hombre de larga reflexión. Pero ya no hay tiempo suficiente de pensarlo más...

CORDEL, *con impávida y desbordante inspiración*:— ¿Qué es la Patria Pachaca? ¿Cuáles son las rutas paralelas que guiaron al país desde su bicolor romanticismo hasta la actual tiranía?...

ZAVALA *de nuevo y de inmediato, tratando de cubrir las palabras de Cordel*:— Diga usted mismo, Pachaca, ¿cuáles son? Hable con toda libertad.

ACIDAL:— ¡Ay! ¡Si Pachaca tuviera más instrucción, tendría más preparación para comprender estas altas cuestiones nacionales.

CORDEL, *con santa ira*:— ¡Desgraciado país! ¡Ciudadanos ignorantes! ¡Como San Juan Nepumuceno, predicó en el desierto! No hay quien me escuche. (*Se vuelve a Zavala y se pasea, indignado*) ¡La imagen de la Patria, chorreando sangre! ¡El dictador, con manos impúberes, le sigue arrancando el manto, la corona y el sagrado sarcófago!

ACIDAL *rápidamente*:— Y siguen los hombres sin oír, sin comprender nada de su deber!

ZAVALA:— ¡Ay, señores, es para morir de penal!

ACIDAL:— De pena, dice usted, ¡y de vergüenza!

CORDEL:— Con su silencio épico y tenaz, está usted, Pachaca, diciéndonos claramente que no se adhiere a la revolución. (*Amenazador*) ¡Perfectamente! ¡Está bien! ¡Si mañana, por obra de los cobar-

des que, como usted, no quieren secundarnos para derribar la augusta tiranía, caen perpendicularmente las columnas de la nación, los acusaré yo, y pediré castigo ejemplar para ellos a la sombra del templo de Licurgo! (*Cordel busca los ojos de su secretario*)

ZAVALA, *terrible, pálido*:— ¡Ay de los culpables! ¡Ay, Pachaca!

PACHACA, *por fin catequizado*:— ¡Patrón, doy la vida por mi Patria!

CORDEL:— ¡Así tenía que ser, Pachaca! ¡Así! (*Estrechándole la mano*) Lo felicito en nombre de la Patria, en nombre de la libertad!

ACIDAL, *sirviendo otra copa*:— ¡Magnífico, Pachaca! Es usted un indio valiente. (*Zavala distribuye las copas*)

CORDEL, *triumfal*:— Y conste que lo de Tequilla, no es traición, sino más bien un plinto de nostalgia. ¡In partibus in fidelius!

ACIDAL:— Salud, señores, salud. ¡Por el ejército, defensor de los derechos cívicos!

ZAVALA:— ¡Por el triunfo de la revolución!

CORDEL:— ¡Y por el futuro capitán Pachaca! ¡Salud, Pachaca! (*Ben*)

TROZO, *que ha asistido a esta escena, estupefacto y mudo, de pronto, a quema-ropa*:— Pachaca: ¿quieres decirme por qué vas a matar a tu coronel? (*Extrañeza general*)

PACHACA, *titubeante*:— ¿Por qué voy...? ¿Voy a qué...?

TROZO:— ¿Qué has entendido de todo lo que acaban de decirte estos señores? ¿Qué crees tú que es épico, frígia, paralelas, romanticismo, sarcófago, perinclito, in partibus?...

ACIDAL:— En el caso de Pachaca, las palabras no tienen importancia.

ZAVALA:— Y el caso es que Pachaca es inteligente.

TROZO, *sin hacer caso*:— Contéstame, Pachaca. ¿Por qué vas a matar al coronel Tequilla? ¿Qué crees tú que es una dictadura? (*Pachaca se siente entre la espada y la pared y no atina qué responder*)

CORDEL, *serio*:— Doctor Trozo, ¿qué significa eso?

ACIDAL:— Pachaca es consciente de sus actos. Y además, no tiene por qué contestar a sus preguntas, doctor Trozo.

TROZO:— Señores, es un derecho, nuestro derecho. Pachaca es un ciudadano, y yo, otro ciudadano. Ambos vamos a luchar con ustedes contra la tiranía. Natural es entonces que nos entendamos y vayamos conscientemente a jugar cada uno nuestro papel. (*Volviéndose a Pachaca*) ¡Fíjate que tú vas a matar a un ciudadano! ¿Por qué vas a matarle?

PACHACA:— Por la Patria.

TROZO:— ¿Qué cosa es la Patria, a tu entender?

PACHACA:— La Patria es... mi país.

TROZO:— ¿Y qué cosa es tu país?

PACHACA:— Mi país es... la Patria.

TROZO:— Entonces ¿tú tienes Patria, Pachaca? ¿Cómo es tu Patria? ¿La has visto alguna vez? ¿Qué cara tiene?

PACHACA, *como ante una visión, iluminado*:— ¡La Patria es grande! ¡Con una corona! ¡Y una cobija roja sobre el cuerpo!... Está siempre sentada... Se parece a la Virgen del Socorro... ¡Yo moriré por ella! ¡Yo no quiero plata, ni quiero ser capitán!.. (*Trozo alega algo, como: ¡eso de capitán!, que sus interlocutores, levantando la voz, no dejan oír*)

CORDEL, ACIDAL y ZAVALA, *aprueban con gran alboroto*:— ¡Muy bien, Pachaca! ¡Ve usted, doctor Trozo! ¡No se lo decía! ¡Bien contestado! ¡Estupendo!

PACHACA, *para irse a Cordel, decidido*:— Patrón, cuente usted conmigo. Me voy a mi cuartel.

CORDEL, *volviendo a ahogar nuevos alegatos de Trozo, con voz de jefe, a Pachaca*:— Perfectamente, cumpliendo tu deber. Eres un bravo. Un gran muchacho.

ACIDAL, *a Pachaca*:— Pasa por la oficina de al lado. (*Toca un timbre*) Ahí, te van a dar las instrucciones necesarias. (*A Pancho que acude inmediatamente*) Lleva al señor Pachaca al instructor. (*Toca otro timbre. Sale Pachaca, seguido de Pancho*)

ACIDAL y ZAVALA:— Adiós, Pachaca. Vaya con Dios. (*Dos hombres fornidos aparecen*)

CORDEL, *indicando a Trozo*:— Lleven a este señor al sótano y me lo encierran ahí. (*Los dos hombres se llevan por la fuerza al abogado*)

TROZO, *protestando*:— ¿Cómo? ¿A mí? ¿Por qué? ¡Protesto enérgicamente! ¡Demagogos! ¡Farsantes! (*Lo han sacado y cierran la puerta*)

ACIDAL:— ¡Es lo que había que hacer! ¡Eso, la solución!

CORDEL:— ¡Abogados no me den ni con arroz!

EL CORONEL TOROTO, *entrando, seguido del capitán Collazos*:— ¿Se puede, señores? (*Presentando*) El capitán Collazos... El general Colacho, jefe del movimiento revolucionario.

CORDEL:— ¿Contamos con su ayuda, capitán Collazos?

CAPITAN COLLAZOS:— Ya se lo he dicho al coronel Toroto; mi ayuda decidida, general. Estoy por la revolución, desde hace tiempo.

ACIDAL:— ¿No teme que le hayan visto entrar a esta casa, es decir, ¿no cree que en su calidad de edecán del Presidente Palurdo, haya usted despertado sospechas en Palacio?

CAPITAN COLLAZOS:— General, ni preocuparse por ese lado. Anoche justamente, me llamó el Presidente para preguntarme si era o no cierto que yo andaba mezclado a cierto movimiento revolucionario que, según rumores, llegados hasta Palacio, se tramaba contra él.

CORDEL y ACIDAL:— ¿Y?... ¿Qué contestó usted?...

CAPITAN COLLAZOS:— Contesté que yo, por cierto, no sólo no estaba mezclado absolutamente en tal complot, sino que ni tenía de él la más leve noticia.

EL CORONEL TOROTO, *burlón*:— “La más leve noticia”: textual.

CAPITAN COLLAZOS:— “¿Me lo jura usted, capitán?” —me preguntó entonces el Presidente. Y yo, sin inmutarme, le respondí: “Se lo juro, Excmo. Señor”.

CORONEL TOROTO:— General Colacho, ya ve usted: el capitán Collazos le ha jurado al dictador su lealtad. En adelante, puede en

toda libertad prestarnos su preciosa colaboración, a lo seguro y sin temor de que le espíen. (*Movimientos de aprobación general*)

CORDEL:— A partir de hoy, capitán Collazos, es usted Sargento Mayor.

CAPITAN COLLAZOS, *saludando militarmente*:— General, a sus órdenes. (*Se retira*)

EL CORONEL TOROTO, *sale a su vez*:— Señores, vuelvo en seguida.

ZAVALA:— El capitán parece todo un hombrecito.

ACIDAL:— ¡Un verdadero militar! diga usted. Se le ve por las ventanas de la nariz.

UN VIEJO CIUDADANO *barbado, con abrigo, entra sin quitarse el sombrero*:— Excúseme, señores. ¿El general Cordel Colacho, jefe del movimiento revolucionario?

CORDEL:— ¿Qué desea, mi amigo? A su disposición.

EL CIUDADANO *cierra la puerta y en un abrir y cerrar de ojos, se quita el sombrero, el abrigo y las barbas, dejando ver un uniforme de coronel, una cara afeitada y una calva*:— Habla usted con el coronel Tequilla, jefe del Estado Mayor del Ejército. (*Un grito simultáneo reprimen los circunstantes*)

CORDEL *desconcertado*:— Coronel Tequilla...

ACIDAL:— ¡Pancho! ¡Coronel Toroto!

ZAVALA, *tocando desesperadamente el timbre*:— ¡Coronel Zerpa! ¡Francisco!

CORONEL TEQUILLA, *sacando su revólver, sereno*:— Nadie se mueve.

VARIOS CORONELES y OFICIALES y CIVILES *entran, revólver en mano*:— ¡Alto ahí! ¡Manos arriba! ¿Quién es? ¿Qué pasa?

CORDEL, *señalando al coronel Tequilla*:— El coronel Tequilla... (*Todos han reconocido al punto al Jefe del Estado Mayor y permanecen paralizados*)

UNA VOZ:— ¡Preso! ¿Cómo ha venido aquí?

CORONEL TEQUILLA:— General Colacho, vengo en mi carácter de Jefe del Estado Mayor del Ejército y responsable ante la ley...

CORONEL ZERPA, *interrumpiendo*:— Coronel Tequilla, ¡ay de usted si hace la menor tentativa de apresarnos! ¡Va su vida!

OTRA VOZ:— Ha venido con un batallón. La casa está rodeada de soldados y ametralladoras.

CORDEL, *dando un puñetazo sobre la mesa*:— ¡De aquí nadie sale preso! ¡Viva la revolución! (*Una vasta aclamación*) ¡Viva el general Cordell! (*Se oyen a lo lejos unos disparos*)

TODOS:— ¡Balazos! ¡Ha venido con ametralladoras!

CORONEL TEQUILLA:— General Colacho, en mi carácter de Jefe del Estado Mayor del Ejército, tengo el honor de poner, a partir de este momento, al servicio de la causa revolucionaria, la totalidad de las fuerzas armadas nacionales... (*Gritos y aplausos de entusiasmo*) ¡Viva el General Colacho! ¡Viva la revolución! (*Las ovaciones resuenan en una delirante confusión, mientras que los disparos se multiplican afuera*) Señores, los tiros que suenan ahora, son los que está haciendo el batallón 7 que, al venir aquí, he mandado a la toma de Palacio. (*Nueva ovación. Un grupo de ciudadanos, oficiales y soldados penetra en tumulto, rodeando a un hombre y a una mujer del pueblo, presos*)

LA MULTITUD:— ¡Son espías! ¡Ellos saben dónde está Palurdo! ¡Que digan dónde está el tirano! ¿Dónde está Carlos Palurdo?

UN TENIENTE *de entre los que llegan, saludando militarmente*:— General Colacho, estos son dos sirvientes de Palurdo. Acabamos de agarrarlos en la esquina de la casa del tirano.

EL MARIDO:— Sí, señor, somos sirvientes del señor Palurdo...

LA MUJER:— Pero nosotros, señor, no sabemos dónde está el patrón, ni lo hemos visto desde hace días...

EL TENIENTE:— ¿Dónde viven ustedes?

EL MARIDO:— En la calle de la Libertad.

VOCES EN LA MULTITUD:— Mienten. Viven en la misma casa del tirano, de allí acaban de salir.

CORDEL:— ¿Es verdad que no vienen ustedes, en este momento, de la casa de Palurdo?

LA MULTITUD:— ¡Que los fusilen!

EL MARIDO Y LA MUJER:— No, señor, no venimos de ahí.

CORDEL, *a la multitud*:— Muchachos, todos ahora pasan por el cuerpo de esta mujer, delante del marido, hasta que declaren dónde está el tirano Palurdo. Llévenselos.

LA MUJER, horrorizada:— ¡Oh! ¡No! ¡No!

LA MULTITUD, *llevándolos*:— ¡Hasta que declaren! ¡A los sótanos! ¡Y delante al marido! ¡Rápido! (*Los sacan*)

VOZ DE LA MUJER, *debatiéndose*:— ¡Pedro, socórrame! ¡Pedro, socorro! ¡Socorro! (*Una descarga cerrada de artillería se oye a lo lejos*)

CORDEL:— Coronel Tequilla, tenemos que conferenciar largamente.

CORONEL ZERPA, *entrando*:— General, son las dos menos veinte. La reunión. . .

CORDEL, *interrumpiendo*:— ¡Ah, sí! Precisamente. . .

CORONEL ZERPA:— Los caballeros citados están ya en la otra pieza.

CORDEL:— Que pasen, coronel.

ACIDAL:— Que pasen en el acto. (*El coronel Zerpa sale*)

CORONEL TEQUILLA:— ¿No será acaso mi presencia más necesaria afuera, general, al lado del general Otuna?

CORDEL:— Un momento, coronel.

ACIDAL *a Tequilla*:— Tenemos ahora mismo una breve reunión de algunos jefes y caballeros, para constituir definitivamente el ministerio. . .

CORDEL:— Y hay cierto desacuerdo. . . Usted puede sernos útil, coronel. (*Llegan voces y gritos confusos de la calle*)

CORONEL TEQUILLA:— Es el pueblo que, en masa, se plega a la revolución. . .

CORONEL ZERPA, *volviendo y haciendo pasar a varios jefes y civiles*:— Adelante, señores.

EL GRUPO, *entrando*:— Caballeros... Buenas noches... ¡Viva el general Colacho!... ¡Viva el nuevo gobierno!...

CORDEL:— ¡Adelante! ¡Entren! ¡Viva la revolución!

ACIDAL:— El coronel Tequilla, uno de los más pundonorosos jefes de las fuerzas armadas del país, que se ha puesto al servicio del movimiento revolucionario espontáneamente...

DOCTOR ZEGARRA:— Sí... ¡el coronel Tequilla bien merece de la República!

CORONEL TEQUILLA:— En mi larga carrera militar, señores, yo no he obedecido jamás sino a los dictados de mi conciencia.

CORDEL:— Asiento, señores. La reunión es para nombrar definitivamente a los ministros. La lista es la siguiente: (*Leyendo un papel que le acaba de pasar Zavala*) Presidente del Consejo, general Lucas Otuna. Ministro de Relaciones Exteriores, Doctor Samaniel Zegarra. Ministro de Gobierno, comandante Anito Montes. Ministro de Guerra, coronel Zuncho Toroto. Ministro de Justicia, doctor Torcuato Chuño. Ministro de Marina y Aviación, capitán de navío Armandó Soto. Ministro de Fomento, señor Acidal Colacho. Ustedes verán, por un lado, que la lista no termina ahí y, por otro lado, que el desacuerdo ya no existe porque el comandante Montes será Ministro de Gobierno y el doctor Surco será nombrado Embajador en los Estados Unidos.

CORONEL BANDO:— Señores, permítanme insistir en que la cartera de Gobierno vaya siempre al doctor del Surco. (*Movimientos diversos*) Yo no me propongo denigrar, a este respecto, al valiente comandante Montes. Lo que no debemos olvidar es que la revolución ha tenido en la campaña periodística y oratoria del doctor del Surco, su más potente y persuasiva palanca. Si la opinión pública se ha adherido en forma tan arrolladora a nuestra causa, es al doctor del Surco que lo debemos...

DOCTOR ZEGARRA, *interrumpiendo*:— Pero, coronel Bando, el doctor del Surco va a ser embajador.

ACIDAL:— La hora es grave. No podemos eternizarnos en este desacuerdo. Además, se trata de un gabinete provisorio.

DOCTOR ZEGARRA:— General Colacho, es inadmisibile que un instante tan solemne y trascendental el coronel Bando se encapriche en poner dificultades al gobierno que viene a redimir al país. (*Correl, en tanto se desarrolla esta discusión, se halla completamente absorbido en escuchar a su secretario que le habla febrilmente y en voz baja*)

CORONEL BANDO:— ¿El doctor Zegarra —me pregunto—, se siente capaz de reemplazar al doctor del Surco en la difícil tarea de dar un cuerpo de principios a la revolución? (*Dirigiéndose a Zegarra*) ¿Usted tiene, por ventura, la cultura jurídica y filosófica necesaria, para formular las bases del proyecto de la nueva Carta fundamental?

ACIDAL:— ¡Señores! ¡Estamos perdiendo el tiempo!

DOCTOR DEL SURCO:— No, señor Colacho, (*Se dirige a Acidal*) no estamos perdiendo el tiempo. Aunque yo no quería terciar en esta discusión, por tratarse de un incidente en que está de por medio mi persona, me veo, sin embargo, obligado a hacerlo, para decirles, dejando a un lado falsas modestias y contemporizaciones malentendidas, que si la revolución no llega a traducirse en un renacimiento moral y profundo del alma nacional —cosa que sólo es posible por una transformación radical de las bases doctrinales de nuestra constitución política—, el movimiento no tendrá más valor que el de uno de los tantos cuartelazos vulgares a que estamos acostumbrados en ese país...

SOTO Y TEQUILLA:— ¡Exactamente! ¡De acuerdo! ¡Necesitamos ideales y principios!

DOCTOR ZEGARRA:— Que sólo pueden brotar de los surcos cerebrales del doctor del Surco...

DOCTOR DEL SURCO:— Se dice que si el gobierno revolucionario no encuentra dinero para solucionar la crisis del Tesoro Fiscal, caerá a las 48 horas. Peor sería, señores, que, solucionada esta crisis verbigracia por medio de un empréstito yanqui, durase el gobierno 8 horas en el poder sin solucionar la tremenda crisis moral por la que atraviesa la nación. La cuestión no está en que duremos en el

poder, sino en que hagamos de este pobre país en que nacimos, un Estado más o menos digno... (*Movimientos diversos*)

CORDEL, *nervioso y titubeante*:— Señores, armonía y buena voluntad, por favor. Les pido patriotismo...

DOCTOR SURCO:— Mándeme adonde tenga usted por conveniente, general Colacho, (*Acidal y Zavala le deslizan al oído de Cordel algo que parece éste no percibir o no comprender bien y que lo pone más nervioso aún*) yo no me peleo por puestos. Pero yo le pregunto, general, ¿qué revolución realmente nacional va usted a llevar a cabo? ¿Cuáles son sus ideas al respecto o quién se las va a dar?

ACIDAL, *en sumo grado de impaciencia*:— No es hora de tratar de estos asuntos.

CORDEL, *puesto en aprietos ideológicos, visiblemente con penoso esfuerzo*:— Doctor del Surco... nadie ignora que hay que hacer progresar al país: nueva constitución, nuevo parlamento, instrucción y pan para el pueblo, garantías, (*Consultando con la mirada a su secretario*) orden público...

DOCTOR DEL SURCO:— Muy bien, general Colacho, pero concrete sus ideas...

DOCTOR ZEGARRA, *violento*:— Señores, lo que hace el doctor Surco es nada menos que un cobarde sabotaje...

DOCTOR SURCO, *sin detenerse*:— Sin principios, no se puede ser revolucionario. La fuerza material por sí sola —dinero o ametralladoras— es nefasta o es estéril.

CORDEL, *desafiado en su orgullo intelectual, moviliza toda su dialéctica*:— Nefasta o estéril es, en efecto, Doctor Surco, la fuerza material en los pueblos... en los pueblos que sufren tiranías, desde luego, doctor Surco. Los principios políticos deben salir por el origen y no por la gragmática de los bellos cerebros. Estamos de acuerdo... Las revoluciones son así. Tendremos que hacer grandes esfuerzos en este sentido. Por el momento, no hacemos, señores, sino empezar. ¡Arduo y psíquico es el sendero! ¿Vamos a volver atrás a causa solamente de un opúsculo momentáneo? ¡Jamás, señores! (*Mira de soslayo a su secretario*) Este gabinete es sólo instantáneo. El doctor del Surco ocupará más tarde, palabra de honor, el lugar que

le corresponde en los tómulos del nuevo Parlamento. Pero ahora, vayamos unidos al poder. La Revolución Francesa así se hizo: con la unión sagrada de todos los franceses. . .

VOCES Y APLAUSOS:— ¡Bien dicho! ¡Pero muy bien dicho! ¡Bravo! ¡Viva la revolución!

DOCTOR DEL SURCO:— Lamento, señores, no haber podido entender ni jota de lo que acaba de expresar el general Colacho. (*Movimientos diversos*) Lo único que empiezo a comprender es que el jefe del movimiento revolucionario no sabe ni siquiera lo que dice.

VOCES *airadas*:— ¡Afuera los traidores! ¡Afuera y basta de sermones! ¡Menos sabe usted lo que dice!

DOCTOR DEL SURCO:— Cansados estamos de caudillitos analfabetos. ¡Yo proclamo la verdad —como dijo San Pablo—, aunque después me rompa! (*Protestas y tumulto*) ¡Revolucionarios de ferial! ¡Presidentes de opereta! . . .

ACIDAL:— ¡Que saquen a este insolente!

ZAVALA:— ¡Viva el general Colacho! ¡Viva el gobierno revolucionario! (*Ovación*)

DOCTOR DEL SURCO, *en un arranque patético*:— ¡Tinieblas! ¡Y nada más que tinieblas!

CORDEL, *humillado y herido en lo más vivo de su dignidad intelectual, saca su revólver y hace fuego a boca de jarro sobre su adversario en elocuencia*:— ¡Basta, carajo! ¡Así contesto yo a los abogados! ¡Bala con las palabras! . . . (*El doctor Surco cae al suelo, ante el estupor de los demás*)

CORONEL ZERPA *entra como un bólido, a la cabeza de la muchedumbre que aclama a Cordel y a la revolución*:— ¡General Colacho, a Palacio! ¡A Palacio! ¡La revolución ha triunfado en toda la línea! . . . ¡Viva!

CORDEL *se vuelve como movido por resorte*:— ¿Qué dice? ¿A Palacio?

CORONEL ZERPA:— El coronel Otuna está esperándolo en Palacio. El dictador ha huido.

CORDEL, *aire y tono de mando*:— ¡Señores a Palacio! ¡A Palacio y a redimir la nación! (*Aclamaciones*) ¡Vamos a grabar en el tricolor con caracteres jacobinos y geroglíficos eternos el nombre de la Patria! (*Se multiplican las aclamaciones y llevan a Cordel en hombros*) ¡En marcha, noble pueblo! ¡El gabinete en masa! ¡Viva la revolución! (*Salen, rodeados de la multitud que aplaude y aclama*).

TELON

Cuadro Sexto

El despacho del Presidente de la República.

El Presidente Cordel Colacho aparece sentado ante su escritorio, asistido de su secretario Roque.

Cordel se ha adaptado considerablemente al traje, a los usos y a la atmósfera del gran mundo oficial.

EL PRESIDENTE:— ¿Con qué carácter quiere verme de Soiza Doll?
¿Como particular?

EL SECRETARIO:— Excmo. Señor, me parece que como Encargado de Negocios de su país.

EL PRESIDENTE, *contrariado*:— Mentira. Los diplomáticos aprovechan del uniforme diplomático para venir a hablarme de asuntos que no tienen nada que ver con sus funciones. ¿Por qué no le ha dicho usted que los domingos el Presidente no recibe a particulares?

EL SECRETARIO:— Excmo. Señor, se lo he hecho entender claramente. Pero me ha asegurado que se trata de algo urgente de su legación.

EL PRESIDENTE:— ¡Ah! Ya sé lo que quiere de Soiza Doll: sus cigarrillos. ¿Qué hay de sus cigarrillos?

EL SECRETARIO:— Excmo. Señor, me parece que salieron de Alejandría hace diez días, según cálculos aproximados del jefe del Protocolo. A la fecha, deben estar en París. Esperamos el anuncio cablegráfico del Ministro de nuestro país en Francia.

EL PRESIDENTE, *tocando un timbre*:— ¿Cuáles son las otras visitas, decía usted? (*Más contrariado*) ¡Las cuatro y media! No sé a qué hora voy a recibir al Ministro de Fomento y, después, al Nuncio, al Presidente del Congreso y al embajador norteamericano!

FL EDECAN, *entrando*:— Excmo. Señor.

EL PRESIDENTE:— ¿Quién lloraba, hace un momento, en la antecámara?

EL EDECAN:— El héroe de Mote, Excmo. Señor. Dice que tiene a un nieto muy enfermo y que carece de lo estricto para médico y remedios.

EL PRESIDENTE:— Haga usted entrar al Encargado de Negocios del Brasil. (*El edecán se inclina y sale*)

EL SECRETARIO, *leyendo una lista*:— Las otras visitas, Excmo. Señor, son dos únicamente: el Prefecto de Ayacucho (*Urgente*) y la señorita Mate, prima del Arzobispo.

EL EDECAN, *de la puerta, anunciando*:— Su Excelencia, el Encargado de Negocios del Brasil. (*El secretario sale por otra puerta*)

DE SOIZA DOLL, *entrando*:— Excmo. Señor, buenas tardes.

EL PRESIDENTE, *de pie*:— Encantado, señor de Soiza Doll. ¿Cómo está usted? (*Las manos*) Hágame el favor de tomar asiento.

DE SOIZA DOLL:— Muy amable, Excmo. Señor, y yo muy agradecido de haber sido recibido a pesar de ser domingo. Seré breve, Excmo. Señor. . .

EL PRESIDENTE, *adelantándose*:— Sus egipcios, señor de Soiza Doll, salieron de Alejandría hace diez días, según cálculos aproximados del jefe del Protocolo. A la fecha deben estar en Nueva York. Esperamos aviso cablegráfico de nuestro Ministro en Inglaterra.

DE SOIZA DOLL, *rectificando cortésmente*:— En Washington. . . Excmo. Señor.

EL PRESIDENTE:— Digo, en los Estados Unidos. Tiene usted razón.

DE SOIZA DOLL, *retirándose*:— Mil gracias, Excmo. Señor, por tanta gentileza. No quiero retenerle por más tiempo. (*Las manos*) Buenas tardes.

EL PRESIDENTE:— ¿Noticias de su país?

DE SOIZA DOLL:— Sin novedad, Excmo. Señor. La revolución de Sao Paolo sigue su curso normal. La salud del Presidente, inalterable.

EL PRESIDENTE:— ¡Cuánto me alegro! Señor de Soiza Doll, mis respetos a su señora.

DE SOIZA DOLL, *saliendo*:— Gracias, Excmo. Señor. Buenas Tardes.

EL PRESIDENTE:— Hasta cada rato, señor de Soiza Doll. (*Toca un timbre, y el secretario vuelve*) Roque, dígame usted ¿por qué los egipcios, para venir aquí, han de tener que pasar por Nueva York? ¿Usted no se equivoca?

EL SECRETARIO, *tímidamente*:— Por... París, Excmo. Señor.

EL PRESIDENTE, *rectificándose*:— Por París, efectivamente. ¿Por qué tienen que pasar por París?

EL SECRETARIO:— Excmo. Señor, me parece que es por razones modernistas o algo semejante. París da a las cosas más antiguas, como los egipcios, un sello moderno. En América del Sur no se fuma sino lo que pasa por París. Sucede con el tabaco lo que pasa con las modas.

EL PRESIDENTE:— ¡Hum!... Y si en vez de pasar por París, pasasen los egipcios por Nueva York? ¿Qué ocurriría?

EL SECRETARIO:— Excmo. Señor, en esto de modernismo, como usted sabe, mucho está cambiando últimamente, no sólo en América del Sur, sino en el mundo entero. Nueva York, después de la guerra, está rivalizando con París y con ventaja. Si París es muy moderno, Nueva York es archimodernísimo.

EL PRESIDENTE, *regocijado*:— ¡Hombre! Yo confundí París con Nueva York. Pero el brasilero, apenas le hable de Nueva York, se puso contentísimo y se fue olvidando, de puro gusto, sus sábanas. ¿Qué hay de sus sábanas? ¿Algo sabe usted? (*Agobiado*) ¡Qué hombre!

EL SECRETARIO:— Excmo. Señor, nuestro ministro en París sólo recién ha recibido el pedido. No se puede ser más rápido.

EL PRESIDENTE, *exasperado*:— En adelante, ¡no me tome usted más cita con ese hombre! ¡Por ningún motivo! Cualesquiera que sean el día y la hora en que quiera verme.

EL SECRETARIO:— Bien, Excmo. Señor. ¿Hasta cuándo?

EL PRESIDENTE:— Lo menos por un mes.

EL SECRETARIO, *tímidamente*:— Excmo. Señor, ¿aunque, en realidad, se trate de un asunto oficial de su legación?

EL PRESIDENTE:— Aunque se rompan las relaciones diplomáticas.

EL SECRETARIO:— Bien, Excmo. Señor.

EL PRESIDENTE:— Y asimismo con el Ministro de... ¿Cuál es ese ministro extranjero que pedía dos sargentos para cocineros de su casa?

EL SECRETARIO:— El Embajador de los Estados Unidos, Excmo. Señor.

EL PRESIDENTE, *sorprendido*:— ¿Cómo? ¿Era el embajador de Norteamérica? (*Repentinamente furioso*) ¡Y a que apuesto que el Ministro de Guerra, de puro estúpido, no ha accedido todavía a su pedido! Hágame llamar en el acto al general Valverde.

EL SECRETARIO:— Excmo. Señor, el Ministro de Guerra, el mismo día que vino el embajador a Palacio, le envió los dos sargentos solicitados. Dos sargentos, de los mejores, de la Escuela Militar, candidatos a oficiales.

EL PRESIDENTE, *calmado*:— ¿Seguro?

EL SECRETARIO:— Seguro, Excmo. Señor.

EL PRESIDENTE:— Prepáreme un discurso para recibir esta noche la medalla de los "Héroes de Arica". Un discurso mediano, regular. Tome un poco del Presidente Roosevelt, es más patriota que el de Francia.

EL SECRETARIO:— Bien, Excmo. Señor.

EL PRESIDENTE, *tocando un timbre*:— Hable algo en el discurso de mi padre que combatió en Chorrillos. No ponga repetidas veces "conciencia nacional", que parece que ya no es de moda.

EL EDECAN, *entrando*:— Excmo. Señor.

EL PRESIDENTE:— El Presidente del Congreso. (*El edecán se inclina y sale. El Presidente, en un sobresalto, a su secretario*) ¡Roque, es entendido de sobra que el embajador de Washington, él sí que puede, como siempre, pasar a verme cuando quiera! Tome debida nota. ¡Cuidado con confundir las cosas!

EL SECRETARIO:— Perfectamente, Excmo. Señor. (*Ha notado*)

EL EDECAN, *desde la puerta, anuncia*:— El señor Presidente del Congreso.

EL PRESIDENTE DEL CONGRESO, *entrando*:— Buenas tardes, Excmo. Señor. (*El secretario sale por la otra puerta*) Apenas un instante. Una pequeña dificultad...

EL PRESIDENTE:— Siéntese, general. ¿De qué se trata? ¿Los botones?

EL PRESIDENTE DEL CONGRESO:— Precisamente, Excmo. Señor. ¡Los botones!

EL PRESIDENTE:— He leído yo ese debate en la prensa.

EL PRESIDENTE DEL CONGRESO:— ¡Un escándalo mayúsculo, Excmo. Señor! Inmediatamente dispuse lo necesario para que ningún otro periódico publicase el debate sino suprimiendo las pruebas y documentos presentados por los diputados de la oposición...

EL PRESIDENTE:— ¿Ugarte y Chumpitaz?

EL PRESIDENTE DEL CONGRESO:— Los de siempre por supuesto, Excmo. Señor. ¡Cómo lamento la complacencia...

EL PRESIDENTE:— ¡Ahí tiene usted, pues, sus ahijados! Cría cuervos, general, que te sacarán los ojos...

EL PRESIDENTE DEL CONGRSO:— Excmo. Señor, la culpa, en realidad, es mía. Es cierto: usted no quiso apoyarlos en las elecciones y yo me empeciné estúpidamente en darles a cada uno un subprefecto y plata para los gastos electorales... Pero, Excmo. Señor, créamelo: yo nunca sospeché que, un día, se volviesen contra el régimen que los hizo elegir, para hablar (*Sarcástico*) de "honradez", de "erario público" y otras zarandajas!

EL PRESIDENTE:— General ¿qué opina usted de una pequeña temporada, unos seis meses, para Ugarte y Chumpitaz, en San Lorenzo?

EL PRESIDENTE DEL CONGRESO:— Como usted lo ordene, Excmo. Señor. En la isla o a la “sombra”.

EL PRESIDENTE, *tocando un timbre*:— Arreglado: en el panóptico. Y ahora mismo.

EL PRESIDENTE DEL CONGRESO:— El mal ejemplo cunde, Excmo. Señor. Mañana, otros diputados se creerán igualmente autorizados a hablar de “libertad” y “democracia” ¡en plena Cámara de Diputados!

EL EDECAN ENTRANDO:— Excmo. Señor.

EL PRESIDENTE:— Trasmítame usted inmediatamente al Intendente Vargas la orden de detener ipso facto a los diputados Ugarte y Chumpitaz y de dar cuenta de ellos al Ministro de Gobierno. (*El edecán se inclina y sale*)

EL PRESIDENTE DEL CONGRESO:— Dijeron, Excmo. Señor, que el Ministro de Guerra y el jefe del Estado Mayor del Ejército, con la autorización personal del Presidente de la República, habían decretado la compra por el Estado a un particular, de un lote de botones para uniformes militares, que eran nada menos que de la propiedad del Estado. Leyeron, al efecto, una carta de un hijo del coronel jefe del Gabinete Militar, dirigida a un X, en que se le autoriza a tomar los botones de los depósitos del Arsenal de Guerra y en que se le reitera la necesidad de “dividir el total del precio, en partes absolutamente iguales, entre los cuatro hombres que usted sabe”, —así decía textualmente la carta. . .

EL PRESIDENTE, *interrumpiendo*:— Usted tiene razón, general: entre la isla y el Panóptico, la “sombra” por medio año.

EL PRESIDENTE DEL CONGRESO:— La osadía de Ugarte llegó hasta afirmar que, según la filosofía del derecho, “no hay venta de lo ajeno ni compra de lo propio” y que, en consecuencia, el Estado no podía comprarse a sí mismo cosas y bienes de su pertenencia.

EL PRESIDENTE:— Estragos de los estudios universitarios. Novelerías abogadiles. Habrá, general, que volver a cerrar las universi-

dades, con la policía y, esta vez, por varios años. Cuestión de paz y de salud moral para el país.

EL PRESIDENTE DEL CONGRESO:— Chumpitaz fue más lejos aún, Excmo. Señor: dijo que los cuatro malversadores del Fisco, a que se alude en la carta antes citada, eran el Ministro de Guerra, el jefe del Estado Mayor del Ejército, el particular en cuestión y Arturo Carrizal, ahijado de matrimonio del Presidente de la República.

EL PRESIDENTE, *indignadísimo*:— ¿Cómo puede haber caído semejante carta en manos de esos miserables? (*Un pequeño timbre resuena sobre el escritorio presidencial. El Presidente toca otro timbre*) Un momento, general.

EL SECRETARIO, *entrando*:— Excmo. Señor, pregunta el señor Ministro de Justicia si puede ser recibido, para un asunto urgente de su cartera.

EL PRESIDENTE, *después de reflexionar*:— Conteste que, sí, puede venir.

EL SECRETARIO, *saliendo*:— Bien, Excmo. Señor.

EL PRESIDENTE:— ¿La cosa, general, no pasó más allá en el Congreso?

EL PRESIDENTE DEL CONGRESO:— Por dicha, Excmo. Señor.

EL PRESIDENTE:— De primera. A otra cosa. ¿Cómo va eso de Negritos?

EL PRESIDENTE DEL CONGRESO:— Excmo. Señor, sigo luchando denodadamente con seis diputados más que exigen sumas fabulosas por sus votos, diciendo que, en caso contrario, no sólo votarán en contra, sino que denunciarán el caso ante la opinión pública.

EL PRESIDENTE:— ¿Les habrá dicho naturalmente que la cantidad que nos fija la Standard Oil, como gratificación extra y fuera del contrato, para obtener la concesión petrolera quitándosela a la Royal Deutch, apenas alcanza 15 millones? ¡Una bicoca a dividir entre 70 diputados y los miembros del Ejecutivo!

EL PRESIDENTE DEL CONGRESO:— Se lo saben de sobra. Excmo. Señor.

EL PRESIDENTE:— ¿Entonces? (*Airado*) En este país, general, no lo olvide usted, el gobierno se hace obedecer por el Parlamento sólo de dos maneras: comprándolo o a sablazos. Siga usted, general, en sus patrióticas gestiones. Agotado el primero de los medios, habrá que pasar al segundo.

EL PRESIDENTE DEL CONGRESO, *para irse*:— De acuerdo, Excmo. Señor. Completamente de acuerdo.

EL PRESIDENTE, *las manos*:— No se descuide, general. Buenas tardes.

EL PRESIDENTE DEL CONGRESO:— Excmo. Señor, mi entera lealtad. (*Sale. El Presidente toca un timbre y entra el edecán*) Que pase el Ministro de Justicia. (*El edecán se inclina y se retira, mientras el Presidente toca otro timbre y reaparece su secretario*) Roque, puede usted asistir a la entrevista con el Ministro de Justicia.

EL EDECAN, *anunciando*:— El señor Ministro de Justicia.

EL MINISTRO DE JUSTICIA, *entrando*:—Excmo. Señor, buenas tardes.

EL PRESIDENTE:— Doctor Collar ¿cómo está usted? ¿De qué se trata? Le ruego sea breve. Tengo mucho que hacer.

EL MINISTRO DE JUSTICIA:— Excmo. señor... (*Abre un pliego que traía bajo el brazo*) anoche la policía ha descubierto, en los barrios textiles de Vitarte, un complot comunista y anarquista.

EL PRESIDENTE *impaciente y burlón*:—Sí, el milésimo del año. ¿Y luego?

EL MINISTRO DE JUSTICIA:— Se tomaron, Excmo. Señor, varios presos. He ordenado, esta mañana mismo, se instaure el sumario correspondiente, por delitos contra la seguridad del Estado. Pero he aquí que el Agente Fiscal de turno se niega a formular la debida acusación, alegando que, conforme a la Constitución y al código penal, no hay lugar a tal acusación, porque los comunistas y anarquistas gozan, como los demócratas o liberales, de la libertad de reunirse y de opinar, consagrada por la legislación de la República.

EL PRESIDENTE:— ¡Animal! ¿Quién es ese Agente Fiscal?

EL MINISTRO DE JUSTICIA:— El doctor Alberto Azuela, Excmo. Señor, que anda atrayéndose a los estudiantes y a los obreros, con el fin de lanzar su candidatura a la diputación por esta ciudad.

EL PRESIDENTE:— Reemplácelo inmediatamente. ¿Eso era lo que tenía usted que consultarme?

EL MINISTRO DE JUSTICIA:— ¿Y a quién debo nombrar, Excmo. Señor, para reemplazar a Azuela?

EL PRESIDENTE, *después de meditar*:— Nombre usted. . . (*Extrae unas notas de su carpeta y lee mentalmente*) Puede usted nombrar. . . Un momento. . . Nombre usted al capitán de artillería retirado, Félix Gálvez.

EL MINISTRO DE JUSTICIA, *tímidamente*:— Excmo. Señor, según la ley, el Agente Fiscal debe ser en todo caso doctor en derecho, para poder conocer de cuestiones jurídicas y legales, que un militar desde luego ignora. . .

EL PRESIDENTE, *contrariado*:— ¿Doctor en Derecho? ¡Qué vaina!

EL MINISTRO DE JUSTICIA:— La ley estipula también, Excmo. Señor, que el nombramiento debe hacerlo el Ejecutivo, sobre tres ternas presentadas por la Corte Superior, después de haberse comprobado, por un proceso especial, las razones y motivos por los cuales se destituye al magistrado que se reemplaza. . .

EL PRESIDENTE, *interrumpiendo, lapidario*:— Doctor Collar, cumpla usted en definitiva con la suprema voluntad del Presidente de la República y ríase de esas leyes. Usted conoce mis ideas al respecto.

EL MINISTRO DE JUSTICIA:— Perfectamente, Excmo. Señor. (*Marcando su nota en un papel*) El capitán de artillería retirado, Félix Gálvez. . . (*Cierra su pliego para retirarse*) Excmo. Señor, se hará como usted lo ordena.

EL PRESIDENTE:— ¿Había entre los comunistas alguna persona conocida. . . en fin, alguna persona de más o menos importancia?

EL MINISTRO DE JUSTICIA:— No, ninguna, Excmo. Señor. Obreros, todos.

EL PRESIDENTE:— Doctor Collar, un pequeño consejo para lo sucesivo: mientras no figuren en las reuniones comunistas, personas así

de cierta importancia, no hay nada que temer de los obreros. Anule sencillamente el sumario instaurado y que siga en su puesto el Fiscal Azuela...

EL MINISTRO DE JUSTICIA:— Y hago poner en libertad a los obreros...

EL PRESIDENTE:— ¡Eso no, precisamente! Están muy bien en la cárcel, sin necesidad de juicio ni de acusación. Estos comunistas, doctor Collar, no merecen ni siquiera el honor y el trabajo de ser juzgados. Se les aplasta con la suela y asunto concluido.

EL MINISTRO DE JUSTICIA:— Conforme, Excmo. Señor. Buenas tardes.

EL PRESIDENTE:— Adiós, doctor Collar.

EL MINISTRO DE JUSTICIA, *volviendo de medio camino*:— Me olvidaba, Excmo. Señor: (*abre de nuevo su pliego*) se tomó también anoche a los obreros un periódico... Aquí está... (*Leyendo*) "Claridad"... con varios artículos subversivos, incendiarios, contra el régimen y contra el orden social...

EL PRESIDENTE, *tomando el periódico*:— ¿Y quiénes son los que escriben aquí? (*Leyendo*) Salvador Calderón, Vicente Vásquez, Justino Molle, Profesor Ein...

EL MINISTRO DE JUSTICIA:— Einstein, Excmo. Señor.

EL PRESIDENTE:— Pablo Sifuentes... (*Volviéndose al ministro*) ¿Quiénes son estos individuos? ¿Conoce usted a alguno de ellos?

EL MINISTRO DE JUSTICIA:— Absolutamente a ninguno, Excmo. Señor.

EL PRESIDENTE, *cansado de ocuparse de tan banal asunto, colérico*:— Méteme usted, doctor Collar, en chirona, hoy mismo, antes de las 6 de la tarde, a todos estos miserables. ¡A todos! ¡Sin excepción y sin compasión! A este Calderón, a este Vásquez, al profesorcito éste... ¿cómo se llama?

EL MINISTRO DE JUSTICIA:— Einstein, Excmo. Señor.

EL PRESIDENTE:— Al Einstein éste y al Sifuentes. Que los saquen, esta misma tarde, de donde estén.

EL SECRETARIO, *intenta decir algo*:— Excmo. Señor, el profesor Einstein. . .

EL PRESIDENTE, *hecho un energúmeno*:— ¡Nada, señor! ¡Doctor Collar, duro y a la cabeza a todos estos pícaros e ignorantes!

EL MINISTRO DE JUSTICIA:— Excmo. Señor, mía es su opinión. . .

EL PRESIDENTE, *volviendo a tomar el periódico y leyendo*:— Y a ese profesorcillo (*Lee de nuevo*) Ein. . .stein, que se le bote de la escuela donde está enseñando, ¡ipso facto!

EL MINISTRO DE JUSTICIA:— La policía, Excmo. Señor, fue, a las 4 ó 5 de la madrugada, a buscar a éstos a sus casas pero no encontró a ninguno de ellos. Salvador Calderón no parece que ha dormido en su casa. Einstein estuvo a punto de caer preso en su cocina, pero huyó. . .

EL SECRETARIO *vuelve a querer decir algo*:— El profesor Einstein es. . .

EL PRESIDENTE *le interrumpe en seco*:— Doctor Collar, le ruego entrevistarse sin pérdida de tiempo con el Ministro de Gobierno. Todo cuanto ustedes hagan a este respecto, lo apruebo de antemano.

EL MINISTRO DE JUSTICIA, *de nuevo con su pliego bajo el brazo*:— Excmo. Señor, descuide usted. Buenas tardes.

EL PRESIDENTE:— Mucha severidad, doctor Collar, y no se case con nadie. (*El Ministro de Justicia sale*) Buenas tardes. (*El Presidente reflexiona y da unos pasos, luego toca el timbre*) Roque, hágame el favor de dejarme un instante solo con mi hermano.

EL SECRETARIO, *saliendo*:— Perfectamente, Excmo. Señor.

EL EDECAN, *entrando*:— Excmo. Señor.

EL PRESIDENTE:— Haga pasar al Ministro de Fomento. (*El edecán se inclina y sale. Pausa*)

EL EDECAN, *anunciando*:— El señor Ministro de Fomento. (*Sale*)

ACIDAL, *entrando*:— ¿Cómo estás? (*Si no fuese por los inconvenientes anatómicos de su persona, Acidal, a esta hora, haría, debido a sus progresos culturales, verdadera figura mundada y hasta de estadista*)

CORDEL:— Pasa. Siéntate.

ACIDAL:— ¡Qué multitud de visitas! ¡Domingo y todo!

CORDEL:— Me tienes recibiendo desde la una de la tarde. No me han dejado ni almorzar.

ACIDAL, *tendiendo un cablegrama a su hermano*:— Otro, llegado al mediodía. La más apurada es la Huallaga Corporation. (*Cordel lee el cable*) Sé... además... por cables recibidos anoche en la Cámara de Comercio que, desde el viernes, ha empezado una baja alarmante en Wall Street, para el cobre, el algodón, el caucho y el azúcar. Con esta devaluación sistemática sobre nuestros productos, están sembrando el pánico para obligarnos a concluir el negociado.

CORDEL, *que ha terminado de leer, molesto*:— Esta mañana, vino Baltodán. Dice que su grupo puede, desde luego, votar en masa la enmienda constitucional. Pero, al hablarle de tu elección inmediata como Presidente interino, me respondió que eso era ya otra cosa y que habría que consultarla a los demás grupos del Congreso. Total una evasiva. La misma respuesta me han dado García y Siccha.

ACIDAL, *muy agitado*:— ¡Pero, Cordel, hace ya meses que estás en la Presidencia, y aún no te has dado cuenta que todo en este país hay que hacerlo a la fuerza! Tu viaje a Nueva York se hace cada vez más urgente y si no te decides a tomar tus maletas y a dejarme a mí en el poder, ¡con o sin el voto previo de las Cámaras, peguémonos un tiro y acabemos!

CORDEL:— ¡Un momento, un momento!... De pensarlo tanto, se me ocurre otro procedimiento: ¿qué dices si me reemplazas de hecho en la Presidencia, sin elección, sin consultar por supuesto a nadie, y hasta sin poner el cambio en conocimiento del Congreso ni del país? Así como así y sin más trámite.

ACIDAL, *sin comprender*:— ¿Cómo? No te entiendo. ¡Explicate!

CORDEL:— Es bien claro: tú te sientas en la silla presidencial ahora, al instante mismo, y sigues despachando en este escritorio, en mi lugar, recibiendo las visitas, firmando, dando órdenes, etc. Mientras tanto, yo por mi parte salgo de aquí ahora mismo y mañana salgo para Nueva York...

ACIDAL:— Sin notificarlo ni comunicar nada a nadie... Sin ningún manifiesto a la nación...

CORDEL:— Sin decir nada, te repito...

ACIDAL, *muy pensativo*:— ¿Y por qué no?... Desde luego... Por supuesto... Claro que se puede...

CORDEL:— ¿Cómo llegué yo al poder? ¿Le pedí permiso acaso a perico de los palotes? ¿Quién me eligió?

ACIDAL:— ¡Mr. Tenedy!

CORDEL:— ¡Como lo dices: Mr. Tenedy!

ACIDAL:— Pero habría entonces que hacer lo que tú dices a renglón seguido.

CORDEL:— ¿Qué nos puede ocurrir? ¿Qué peligro corremos?

ACIDAL:— ¡Eso, sí, ninguno! El pueblo no diría ésta es mi boca porque nos quiere bastante. Debemos aprovechar de nuestra popularidad.

CORDEL:— En el peor de los casos, tenemos el Ejército y la Armada.

ACIDAL:— Y, antes que nada, tenemos el apoyo de los Estados Unidos, cosa formidable, encima de la opinión pública y de todo.

CORDEL:— Saliendo de aquí, iré a ver directamente al jefe del Estado Mayor del Ejército, al Ministro de Guerra al de Marina y al prefecto, y les notificaré sencillamente que durante mi ausencia te obedezcan a tí como a mí mismo...

ACIDAL:— Siendo hermano tuyo y dada la estrecha unión política en que ambos estamos, a nadie se le va ocurrir protestar o acusarme de haberte usurpado el gobierno. Casos semejantes se han dado en otros países...

CORDEL:— ¡Ni una palabra más! ¡A la obra! (*Arregla unos papeles en la mesa*)

ACIDAL, *mirándose en un espejo*:— Mi jacquette está tan decente y apropiada como la tuya. ¿Quién viene ahora?

CORDEL, *disponiéndose a abandonar el despacho*:— El Nuncio, el

Embajador norteamericano precisamente, y dos visitas más sin importancia. Pero se me ocurre que hay que tomar las precauciones necesarias para el caso de que tu presencia repentina y de hecho en la Presidencia, despierte resistencias o pequeños revuelos en Palacio o a los ojos de las personalidades y funcionarios que vengan ahora a verme y se den de manos a boca y sin esperárselas contigo...

ACIDAL, *enérgico*:— ¡Qué revuelos ni resistencias! ¡Déjame sentarme en esta silla (*Terrible*) y vas a ver, cojones, quien soy yo!...

CORDEL:— Lo prudente no quita lo valiente. Siéntate en esa silla y toma posesión de tu despacho. Entre tanto, yo me quedaré unos minutos en la sala vecina, a fin de observar desde allí lo que aquí sucede, durante tus primeros actos presidenciales. Luego —si no hubiere novedad, como lo espero— saldré en seguida de Palacio. Pero, si ocurriese algo, ahí estoy yo para salir y ponerme de inmediato al frente del gobierno y evitar que se nos escape de las manos. (*Pasa a la sala indicada*)

ACIDAL, *sentándose en la silla presidencial*:— ¡Al hecho! ¡Vamos a ver!

CORDEL, *desde la puerta*:— Imponte desde el primer momento. Tú conoces a nuestros paisanos.

ACIDAL:— ¡Si los conozco!... (*Cordel cierra la puerta y Acidal toca un timbre. Pausa, durante la cual Acidal se compone el pecho y toma un aire solemne y majestuoso. Entra el secretario*)

EL PRESIDENTE, *sin voltear a verle, autoritario*:— Roque, telefo-
nee inmediatamente al general Chotango, anunciándole que acaba de ser nombrado ministro de Fomento y que se presente a Palacio esta misma noche después de comer a prestar el juramento de ley.

EL SECRETARIO *que ha avanzado hasta el escritorio presidencial, estupefacto*:— Excmo. Señor... Perfectamente... Es decir... Perfectamente... (*Da unos pasos vacilantes para salir, se detiene, vuelve a avanzar, mira al Presidente, y vuelve a balbucear, restregándose los ojos para ver mejor*) Excmo. Señor... Muy bien...

EL PRESIDENTE, *persiguiéndole con la mirada fija, hipnótica, irresistible, casi amenazadora*:— ¡Roque! Advierto, desde algún tiempo,

cierta negligencia de su parte en el cumplimiento de sus deberes. Corrijase o me verá obligado a reemplazarlo.

EL SECRETARIO, *sin volver de su estupefacción, desorientado*:— Excmo. Señor, una especie de vértigo... (*Se siente vacilar*) No es nada... (*Reaccionando*) El general Chotango, ¡al instante, Excmo. Señor! (*Sale. El presidente toca otro timbre*)

EL EDECAN, *entrando*:— Excmo. Señor.

EL PRESIDENTE, *sin voltear*:— ¿Quiénes esperan afuera?

EL EDECAN, *advirtiendo de pronto a Acidal en el asiento del Presidente, desconcertado*:— Excmo. Señor, afuera... Afuera... Afuera, el Nuncio Apostólico... El prefecto de Ayacucho...

EL PRESIDENTE:— Introduzca usted al Nuncio de Su Santidad. (*El edecán vacila e intenta decir algo. Pero, luego, se inclina y sale*)

EL EDECAN *volviendo, anuncia*:— Su Eminencia, el Nuncio de Su Santidad. (*Sale*)

EL NUNCIO, *entrando*:— Excmo. Señor, ¡tanto gusto en saludarle!

EL PRESIDENTE, *se pone de pie y avanza algunos pasos al encuentro del Nuncio*:— Adelante, su Eminencia... Una satisfacción inmensa en recibirlo. (*Las manos*)

EL NUNCIO, *reconociendo en el Presidente al hasta entonces Ministro de Fomento, se estremece y tartamudea*:— Excmo. Señor... Señor... Excmo...

EL PRESIDENTE:— Suplico a Su Eminencia tomar asiento. Por aquí... Moléstese, Monseñor.

EL NUNCIO, *en el colmo de su estupor*:— Infinitamente amable... Excmo. Señor.

EL PRESIDENTE, *ambos sentados, uno frente a otro*:— Me preparaba, desde ayer, a recibir su Eminencia...

EL NUNCIO:— Desde ayer, en efecto... Sí...

EL PRESIDENTE:— Para gozar de su charla espiritual y luminosa. Pero, antes que nada, para presentarle mi saludo respetuoso.

EL NUNCIO, *no obstante su desconcierto, tiene que decir algo*:— Señor Presidente... Señor Presidente de la República... Siempre que

vengo a Palacio, lo hago, entre otras cosas, por el placer de verlo, Excmo. Señor.

EL PRESIDENTE:— Felicito a Su Eminencia por el completo restablecimiento de la salud de su Santidad, el Papa. ¿Una pequeña gripe sin consecuencia?

EL NUNCIO, *que no cesa de observar, alelado, al Presidente*:— Sí, Excmo. Señor, sin consecuencias. Felizmente.

EL PRESIDENTE:— Aparte de este acontecimiento, los negocios del Vaticano siguen, según me entero, su curso normal. . . (*El Nuncio da signos de una gran ansiedad y quiere, por momentos, interrumpir al Presidente y preguntarle algo grave. Pero le faltan fuerzas para hacerlo. Acidal, comprendiéndolo, finge no darse cuenta de nada y redobla su conversación*). ¡Oh, qué inteligente política internacional, la de Pío XII! ¡Es algo verdaderamente maravilloso!

EL NUNCIO, *ausente*:— Admirable, Excmo. Señor.

EL PRESIDENTE:— En cuanto a nuestra Iglesia, ya le he dicho, Monseñor, que el principal deseo de mi gobierno es que Su Eminencia encuentre en el prelado nacional la devoción y obediencia necesarias para el éxito completo de su sagrada misión apostólica entre nosotros.

EL NUNCIO, *que ya no puede más*:— Excmo. Señor, aunque mi cargo diplomático se halla absolutamente al margen de la política interna de los países y de sus vicisitudes —muy humanas y hasta naturales—, no deja, sin embargo, de llamar mi atención. . .

EL PRESIDENTE, *saliéndole al paso, rehuye el ataque*:— Ya. . . Ya comprendo el estupor de Su Eminencia. No es para menos.

EL NUNCIO:— ¿No es cierto, Excmo. Señor? Le ruego ponerse en mi caso. Permítame, Señor Presidente, confesárselo. . .

EL PRESIDENTE:— Me adelanto a presentar a Su Eminencia mis excusas, en nombre de mi gobierno y de las instituciones republicanas. Suplico, humilde y respetuosamente, a Su Eminencia, no ver en el hecho vergonzoso que nos ocupa la expresión auténticamente nacional del país, sino, más bien, uno de esos extravíos inevitables por los que toda república joven como la nuestra, tiene que pasar

a veces, en el curso de su turbulenta historia... (La puerta que comunica con la pieza en que se halla Cordel se entreabre ligeramente y, desde allá, sin ser visto por el Nuncio, Cordel aprueba, emocionadísimo, las palabras de su hermano, con movimientos de la cabeza y con palmas silenciosas)

EL NUNCIO *respira un tanto satisfecho*:— En efecto, Excmo. Señor, el destino de los pueblos jóvenes está siempre alumbrado por todos los fuegos de la pasión, de la inquietud y —¿por qué no decirlo?— del ideal, más o menos tumultuoso y contradictorio en apariencia, pero constantemente bien intencionado.

EL PRESIDENTE:— Monseñor es en extremo indulgente y me conmueve hasta las lágrimas.

EL NUNCIO:— Excmo. Señor, es el deber de la Iglesia: comprender el alma de los individuos y de los pueblos y ayudar a los demás a comprenderla. El resto —la política temporal, el protocolo—, ocupa segundo plano a los ojos de la Iglesia. No hablemos más de ello, Excmo. Señor. Venía, Señor Presidente, con el objeto de pedirle disponga...

EL PRESIDENTE:— Monseñor está en su casa y sabe que en ella nada puede serle negado.

EL NUNCIO:— Excmo. Señor, muy obligado. Venía con el objeto de solicitarle disponga, previo el estudio que mi solicitud merezca del ministerio respectivo, que un trozo tomado de una pastoral sobre la idea de democracia, de Su Santidad Benedicto XV, que figure en el texto oficial de la Historia nacional del país para instrucción primaria, figure asimismo, en la Historia Universal Contemporánea para la Segunda Enseñanza, tal como él aparece en el primero de los textos que le cito. ¿Me parece, Excmo. Señor, que no habría inconveniente para ello?

EL PRESIDENTE:— Absolutamente ningún inconveniente, Monseñor. Voy a dar en el acto las instrucciones necesarias al Ministro del Culto y las cosas se harán a beneplácito de Su Eminencia.

EL NUNCIO:— ¿Puedo hablar al señor Ministro del mismo asunto? ¿Me da usted su venia, Excmo. Señor?

EL PRESIDENTE:— De todo corazón, Monseñor, con tanto más regocijo que la pastoral de Su Santidad se refiere a la democracia, idea que ha sido siempre la más amada de mi vida y que, como sabe Su Eminencia, inspira y guía constantemente a mi gobierno.

EL NUNCIO:— Usted lo ha dicho, Excmo. Señor: constantemente.

EL PRESIDENTE:— Aunque quisieran ciertos rumores. . .

EL NUNCIO, *de pie para irse*:— Excmo. Señor, siga usted, sereno como siempre, el recto camino que se ha trazado. (*Las manos*) La Iglesia lo bendice. Buenas tardes.

EL PRESIDENTE:— Su Eminencia es infinitamente bondadoso. Le reitero, una vez más, mis excusas por el hecho bochornoso que hoy ha sumido a Monseñor, con tan justa razón, en el más grande estu-
por.

EL NUNCIO, *que ha llegado a la puerta de salida*:— Repito, Excmo. Señor, cosas ineluctables y comprensibles en los países recién iniciados en las luchas republicanas.

EL PRESIDENTE:— Puede usted, Monseñor, tener toda la seguridad de que mi gobierno va a castigar los culpables de estas nuevas maniobras de origen comunista, con rigor inquebrantable y ejemplar.

EL NUNCIO, *nuevamente estupefacto*:— Pero. . . Excmo. Señor. . . Creía. . .

EL PRESIDENTE, *inclinándose en signo de despedida, finge no apercebirse del efecto de sus últimas palabras y le interrumpe, abriendo la puerta*:— Monseñor, buenas tardes. Hasta cada rato, Monseñor.

EL NUNCIO, *no tiene tiempo ya ni fuerzas para insistir sobre la causa de su desconcierto y se decide a salir, inclinándose a su turno*:— Excmo. Señor, hasta muy pronto. (*El presidente cierra la puerta*)

CORDEL, *saliendo de la sala vecina*:— ¡Estupendo! ¡Cojonudo! ¡Has estado pasmoso! ¡Ya no hay lugar a temor alguna!

ACIDAL, *desplomándose en un sofá, agotado*:— Un poco de agua. . . (*Se enjuga el sudor con su pañuelo*) ¡Parece que me hubieran dado una paliza en los riñones! (*Cordel le alcanza un vaso de agua*) ¿Pero lo he vencido, Cordel, o no lo he vencido?

CORDEL:— ¡Mi palabra! ¡Se fue agarrándose los huevos!

ACIDAL:— ¿Crees que volverá a corcovear? Al salir —¿no te fijaste?—, quiso resollar otra vez, pero no lo dejé yo ni bostezar!

CORDEL:— ¡Tetudeces! ¡Mojigaterías! No es más que un viejo panzón, que no tiene ninguna importancia. (*De prisa*) Ahora, el embajador de los Estados Unidos.

ACIDAL:— Opino que puedes irte ya. Pierda cuidado. En cuanto al embajador, le diré categóricamente que hemos tomado el único camino que había con esa sarta de carajos que son los diputados.

CORDEL:— Aún no... Conviene que me quede todavía unos momentos en Palacio. No hay que precipitarse. No sabemos todavía lo que puede aún sobrevivir.

ACIDAL:— Lo difícil era empezar. Hubo un momento, cuando vino Roque, que realmente me estremecí. El sudor me picó en las dos ingles. Pero ya ves: al toro por los cuernos, y... y al pueblo, por la iglesia. El nuncio va a traernos buena suerte.

CORDEL:— Estás sudando. ¿Te has bañado?

ACIDAL:— De los pies a la tutuma. ¿No sabes que yo me baño siempre sólo dos veces al año, para marzo y para agosto?

CORDEL, *volviendo a su escondite*:— Bueno, bueno. Haz entrar a Mr. Soltón. ¡De una vez! Ya se hace tarde. El embajador y, después, me voy. (*Desaparece en la sala vecina y Acidal vuelve a sentarse ante la mesa presidencial, tomando de nuevo el aire de un Jefe de Estado. Un pequeño timbre resuena sobre el escritorio y Acidal toca otro*)

EL CORONEL, *jefe de la Casa Militar, entrando por una puerta del fondo*:— Excmo. Señor, un meeting de desocupados acaba de llegar a las puertas de Palacio y la multitud pide que salga el Jefe de Estado a los balcones presidenciales... (*El coronel reconoce de pronto a Acidal y calla, paralizado*) Es decir... Excmo. Señor... Es un meeting...

EL PRESIDENTE, *imperativo*:— ¿Mucha gente?

EL CORONEL, *buscando con los ojos a Cordel en torno del despa-*

cho, maquinalmente:— Mucha... Digo, Excmo. Señor... Sí, mucha gente...

EL PRESIDENTE:— Reuna usted en seguida a la Casa Militar y espere, con ella lista, que lo llame dentro de unos minutos. Avise usted también a los ministros que estén en este momento en Palacio, para que se presenten inmediatamente a fin de acompañarme a salir a los balcones.

EL CORONEL, *vacila*:— Excmo. Señor... Es decir... Perfectamente... Sí... (*Quiere añadir algo*)

EL PRESIDENTE, *interrumpiéndole*:— Haga usted inmediatamente anunciar a los manifestantes que el Presidente accede a su pedido (*Un gesto concluyente*)

EL CORONEL *no se atreve a decir nada más*:— Muy bien, Excmo. Señor. (*Da media vuelta y sale*)

CORDEL, *sacando la cabeza por la puerta de la sala contigua, en voz baja*:— Háblales de nuestras glorias nacionales. Si se muestran difíciles y siguen pidiendo pan o trabajo, sácales nuestra bandera y arrodíllate ante ella, como Joffre en Waterloo, ofreciéndoles sacrificarle por la Patria.

ACIDAL, *tocando un timbre*:— ¡Cuidado! ¡Que te van a oír! (*Cordel desaparece*)

EL EDECAN, *entrando*:— Excmo. Señor.

EL PRESIDENTE:— Introduzca usted al embajador de los Estados Unidos.

EL EDECAN:— Excmo. Señor, todavía no ha llegado el embajador de los Estados Unidos.

EL PRESIDENTE, *después de reflexionar*:— Haga usted pasar a la señorita Mate de la Flor. (*El edecán se inclina y sale. Pausa. El Presidente se enjuga el sudor y sopla*)

EL EDECAN *anuncia*:— La señorita Mate de la Flor. (*Sale*)

LA SEÑORITA MATE, *entrando, con un niño de unos tres años, de la mano*:— Excmo. Señor, muy buenas tardes.

EL PRESIDENTE:— Señorita Mate de la Flor ¿cómo está usted?

Adelante. (*Las manos*)

LA SEÑORITA MATE:— Pidiéndole perdón, Excmo. Señor, de haber tenido que molestarle. Es usted sumamente bondadoso, Señor Presidente.

EL PRESIDENTE:— Siéntese, señorita. Hágame el favor.

LA SEÑORITA MATE, *sentándose*:— Muchas gracias, Excmo. Señor.

EL PRESIDENTE, *acariciando al chico*:— ¿Y tú? ¿Cómo estás? ¿Cómo te llamas?

LA SEÑORITA MATE, *severa, al chico*:— Saluda al señor Presidente de la República: “Buenas tardes, Excmo. Señor”. ¡Saluda, Pepito! “Buenas tardes, Excmo. Señor”. (*El pequeño se niega y el Presidente ríe*) ¿Cómo? ¡Es el señor Presidente de la República, Pepito! ¡Saluda!

EL PEQUEÑO:— Buenas taides, señoi. . .

EL PRESIDENTE:— Buenas, pequeño mío. ¿Cómo te llamas?

LA SEÑORITA MATE, *corrigiendo al pequeño*:— Señor Presidente, se dice.

EL PEQUEÑO:— Señoi. . . Señoi. . . Señoi. . .

EL PRESIDENTE:— No quiere. Pero muy simpático.

LA SEÑORITA MATE:— Sí, quiere, Excmo. Señor, pero no puede todavía.

EL PRESIDENTE, *al pequeño*:— Oye, tú, ¿cómo te llamas?

EL PEQUEÑO:— Pepito de la Flol. Y mi abuelita se llama Tota.

EL PRESIDENTE, *a la señorita Mate*:— ¿Cuántos años tiene?

LA SEÑORITA MATE:— Tres años, menos un mes Excmo. Señor.

EL PRESIDENTE:— Muy tierno todavía, pero se le ve muy despierto.

LA SEÑORITA MATE:— Precisamente, es por el niño que me he permitido distraer su atención, Excmo. Señor. Monseñor, el Arzobispo, nos ha olvidado completamente, a mí y a esta criatura (*Habla de Pepito*)

EL PRESIDENTE:— ¿Monseñor Cochar es pariente muy cercano de usted?

SEÑORITA MATE:— Excmo. Señor, es nada menos que mi primo hermano. Y Pepito, naturalmente, viene a ser su sobrino en segundo grado.

EL PRESIDENTE:— ¡Ah!... ¡Qué tall!... (*Mirando al pequeño*) ¡Tan chiquillo, y ya sobrino del Arzobispo, no!

SEÑORITA MATE:— Sí, Excmo. Señor. Es hijo natural de una muchacha nuestra, originaria de Junín, que se ha vuelto a su pueblo, abandonando al chico. Una mujer de vida un poco licenciada, Excmo. Señor. Pero yo he tomado a mi cargo al niño y le pienso adoptar. Es como un hijo mío...

EL PRESIDENTE:— ¿Monseñor, el Arzobispo conoce al pequeño?

SEÑORITA MATE:— Excmo. Señor, precisamente yo lo adopté por consejo de mi primo, Monseñor Cochar. El mismo, consideraba al chico, al principio, como sobrino suyo.

EL PRESIDENTE:— ¡Qué tall! ¿Como sobrino suyo? Y usted ¿como si fuera su hijo? Ah, ah... Comprendo. Comprendo, señorita. ¿Y ahora? (*Ella se ruboriza*)

SEÑORITA MATE:— Ahora, Excmo. Señor, mis recursos personales escasean y Monseñor Cochar, sin saber por qué, nos ha olvidado y ni siquiera quiere recibirme en su palacio, ni saber nada de nosotros. No sé lo que haya de por medio, él, que es un hombre tan bueno y caritativo para todos los demás...

EL PRESIDENTE:— ¡Oh, Monseñor Cochar, un dechado de virtud! ¿Qué desearía usted, en suma, señorita?

SEÑORITA MATE:— Desearía, Excmo. Señor, que usted interviniera en alguna forma acerca de Monseñor Cochar, a fin de que cese esta situación, que se hace cada día más difícil y penosa.

EL PRESIDENTE:— Muy bien, señorita. Haré lo necesario. Le prometo. En este momento, hay una manifestación en la plaza y...

SEÑORITA MATE, *para irse*:— Excmo. Señor, usted me excuse, por favor, la molestia.

EL PRESIDENTE:— Haré lo necesario y, con mucho gusto, le comunicaré el resultado. Confíe en mis gestiones.

LA SEÑORITA MATE:— ¡Cuánto se lo agradezco, Excmo. Señor!

EL PRESIDENTE, *las manos*:— Hasta luego, señorita. No tiene usted de qué agradecerme. (*Al pequeño*) Adiós, amigo mío. Hasta muy pronto, ¿eh?

SEÑORITA MATE:— Le digo, Excmo. Señor, que es (*El pequeño*) muy inteligente. A su edad, ya sabe lo que será cuando sea hombre. Es vivísimo.

EL PRESIDENTE, *al pequeño*:— A ver, Pepito, dime: ¿Di qué quieres hacer cuando seas grande? (*El pequeño, con la cara de pronto dolorosa, no contesta*)

SEÑORITA MATE:— Contesta, Pepito, al Señor Presidente. ¡Di qué quieres hacer cuando seas grande! (*El pequeño, con la cara cada vez más compungida, da muestras de una angustiada ansiedad*) ¡Responde! ¡Responde! ¿qué quieres hacer?

EL PEQUEÑO, *a la señorita Mate, gimoteando*:— ¡Quiero hacer cacal...!

SEÑORITA MATE, *contrariadísima*:— ¡Oh, muchacho! ¡Cómo dices eso! (*Le tira por un brazo y se lo lleva rápidamente, en extremo avergonzada*) ¡Disculpe, le suplico, Excmo. Señor! Mil gracias, Señor Presidente.

EL PRESIDENTE, *tocando un timbre*:— Buenas tardes, señorita. Hasta cada rato. (*La señorita Mate sale*)

EL CORONEL, *Jefe de la Casa Militar, entrando a la cabeza de los miembros de ella, oficiales del Ejército y de la Marina, que se cuadrán y presentan su saludo al Presidente*:— Excmo. Señor. (*El Presidente toca otro timbre y por la puerta que da a la secretaría, penetran varios ministros en medio de cierto cuchicheo y revuelo misteriosos, que el Presidente, lleno de inquietud, se apresura a acallar con arrogancia*)

EL PRESIDENTE, *saliendo rápidamente al encuentro de algunos ministros que intentan decir algo en alta voz, da unos pasos decididos y enérgicos en dirección de la puerta que da a los balcones que*

acaban de abrirse y por la que entra un vasto clamor confuso de muchedumbre en gran efervescencia, y ordena, erguido, imponente, casi terrible:— ¡Señores, seguidme! ¡Vamos a domar los furores de la masa! ¡A los balcones! (*El séquito, sin tiempo ni ocasión de precisar su inquietante murmullo, sigue automáticamente y en tropel al Presidente. Luego resuenan aplausos y voces contradictorias de la multitud*)

LA VOZ DEL PRESIDENTE, *vigorosa*:— ¡Pueblo soberano! . . . ¡Empleados y obreros! La crisis económica del mundo se agrava día a día. La crisis que se siente aquí es, como lo sabéis, eco directa de la primera. La situación es, por eso, difícil de resolverla por nosotros mismos e independientemente de las demás naciones. Sin embargo, mi gobierno os puede asegurar que, de aquí a unos tres meses, no habrá más desocupados en el país. (*Aplausos y voces incrédulas*)

UNA VOZ *perdida entre la muchedumbre*:— ¿Verdad? ¿Nos lo promete usted?

LA VOZ DEL PRESIDENTE:— Sí, ¡señores, os lo prometo solemnemente. Mi gobierno tiene en estudio un vasto programa de obras públicas, que espero será votado por el Parlamento en este mes. Entre tanto, os pido calma y paciencia. Confiad en mi gobierno, que está decidido a salvar al país, de la miseria, por todos los medios posibles. Un plazo de tres meses, es todo lo que os pido. Vencido este plazo, juzgaréis mis actos y mis promesas. Nuestro país es rico. ¡Ayudadme a engrandecerlo y a llevarlo a la meta de sus grandes destinos! . . . (*Algunos vivas, que ahoga un gran murmullo de la masa insatisfecha. Revuelo en los balcones. El Presidente vuelve, erguido siempre y dominador, seguido de su comitiva silenciosa*)

EL PRESIDENTE, *seco y de prisa*:— Señores, estoy muy ocupado. Os ruego retirarse. Si alguno de vosotros tiene algo que comunicarme, puede venir a verme después de las seis. (*Ceñudo y reconcentrado, se sienta a su escritorio y en el momento en que el séquito presidencial esboza nuevos rumores levantiscos, el edecán penetra apresuradamente*)

EL EDECAN:— Excmo. Señor, acaban de traer al general Natón,

que cayó preso esta mañana y que usted ordenó que compareciera en Palacio.

EL PRESIDENTE, *tras una corta reflexión*:— Señores, un momento. *(Todos se callan. Al edecán)* Que me lo traigan aquí inmediatamente. *(El edecán se inclina y sale)* El ex-presidente de la República, general Natón, va a venir *(Sensación)*. Yo quiero que él me diga, en presencia de ustedes, las razones que ha tenido para conspirar contra el régimen y contra el orden público... *(Cierran la puerta que da al balcón)*

EL EDECAN, *anuncia*:— El señor Prefecto...

EL PREFECTO *entrando bruscamente*:— Excmo. Señor, el general Natón está aquí...

EL PRESIDENTE:— ¡Hágalo pasar! *(La sensación general es grande. El general Natón —unos 60 años— las manos atadas a la espalda, sucio, en traje de campaña, sin kepí, entra con paso lento y transido. La rabia y la amargura crisan su rostro y arrancan de sus ojos una llama salvaje. Un silencio, mezcla de curiosidad y de estupor, impera en el despacho presidencial, mientras el preso avanza hasta el centro de la sala y le ponen frente a frente al Presidente. Natón baja los ojos. El Presidente, después de observarle con rencor, le dice airadamente)* ¡Miserable! ¡Traidor a la Patria!... ¿Qué fines le han guiado para conspirar, desde hace seis meses, contra mi vida personal y contra la estabilidad de mi gobierno? ¿Por qué me ha hecho usted la revolución, casi desde el día en que llegué al poder? ¿Quería usted volver a la Presidencia, para mancharla de nuevo con la sangre inocente del pueblo y para echarse otros varios millones al bolsillo? ¡Contestel... *(A un edecán)* Desátele las manos. *(Se las desatan. El Presidente saca entonces un revólver del bolsillo y se lo da al preso)* ¡Tome usted! ¡Ahí tiene mi revólver! *(Natón toma maquinalmente y el Presidente se le ofrece como blanco)* ¡Máteme! Aquí estoy. Pedía usted a gritos mi cabeza, y bien, aquí la tiene. ¡Tire!... *(Natón sigue inmóvil. El Presidente saca entonces otro revólver y, apuntando al pecho del prisionero, lo desafía, furibundo)* Ahora, ¡de hombre a hombre! ¡Apunte! ¡Tire! Al que queda de pie, la Presidencia... *(Rumores y movimientos diversos)* ¡Uno!... ¡Dos!... ¡Levante su arma, le digo! ¡Y apunte!... ¡Como!

¿Dónde está esa valentía?... (Y como Natón tiene una sonrisa enigmática, el Presidente le dice con desprecio y rabia) ¡Cobarde! Deme ese revólver. (Le arranca violentamente el arma y ordena) Amárenle otra vez. (La orden se ejecuta. El Presidente se acerca al preso y, metiéndole la cara por los ojos, ruge) ¡Cobarde! (Le arranca de los hombros las chaterreras) ¡No las merece! ¡Soldado indigno! (En fin, el preso de nuevo atado, el Presidente le escupe a la cara) ¡Llévenselo! ¡Me da asco!

EL GENERAL NATON levanta de golpe la cabeza y echa unos bramidos roncros de furor:— ¡Ni siquiera te desprecio! ¡Bestia hedionda! (Le llevan a la fuerza) ¡Ni siquiera te desprecio! (Murmullos y movimientos diversos. Todos salen)

ACIDAL, solo, enjugándose el sudor y echándose viento:— ¡Cordell... (En el momento en que Cordell asoma por la puerta que da a la pieza vecina, un timbre resuena sobre la mesa y Acidal, automáticamente, toca otro. Cordell vuelve a escabullirse)

EL EDECAN entrando:— Excmo. Señor, el Prefecto pregunta si puede ser de nuevo recibido para una comunicación urgente del servicio.

EL PRESIDENTE, tras una corta reflexión:— Que entre. Inmediatamente. (El edecán se inclina y sale. Pausa)

EL EDECAN, anuncia:— El señor Prefecto.

EL PREFECTO, entrando:— Excmo. Señor, la muchedumbre sigue ante los balcones presidenciales, dando mueras al gobierno. Los obreros siguen lanzando gritos sediciosos...

EL PRESIDENTE, frunciendo el ceño:— Pero ¿qué quieren? ¿Qué se proponen, después de lo que acabo de ofrecerles?

EL PREFECTO:— Sus gritos son de "Pan o trabajo", y algunos grupos tratan de entrar a saco a fondas y pulperías...

EL PRESIDENTE, fulminante:— Dispérselos a sable. Que cargue la caballería.

EL PREFECTO, tímidamente:— Excmo. Señor, contestarían a pedradas. Están muy excitados. Es de temer que la multitud...

EL PRESIDENTE:— Coronel Barro, restablézcame el orden a cualquier precio que sea. Usted sabrá arreglarse.

EL PREFECTO:— Excmo. Señor, tendría que tirar sobre la masa. . .

EL PRESIDENTE, *pone bruscamente fin a la consulta*:— ¡Bien! Desoxide las ametralladoras alguna vez siquiera. (*Un timbre resuena en el escritorio*)

EL PREFECTO:— A sus órdenes, Excmo. Señor. (*Sale. El Presidente toca otro timbre*)

EL SECRETARIO, *entrando, con un cablegrama en las manos*:— Excmo. Señor, un cablegrama, que acaban de traer de las oficinas "Colacho Hermanos".

EL PRESIDENTE, *toma el cablegrama*:— Gracias, Roque. Puede usted retirarse. (*El secretario se va y el Presidente lee el despacho. Un sobresalto y llama*) ¡Cordell! ¡Cordell!

CORDEL *acudiendo de inmediato*:— Te has impuesto una vez más. ¡Ya te has impuesto del todo!

ACIDAL, *le lee el cable*:— De Nueva York. Ya no vas a Nueva York. (*Cordell lee ávidamente*) Dicen que no es necesario.

CORDEL, *jubiloso*:— ¡Formidable! ¡Vaya, hombre! Todo se allana.

ACIDAL, *volviendo a leer el papel, en alta voz*:— Innecesario viaje. Asunto Huallaga aceptado nuevas bases. . .

CORDEL:— Ya ves: todo tiene remedio. Tú eres muy impaciente.

ACIDAL, *preocupado*:— Pero ¿qué hacemos ahora con la Presidencia? ¿Debes volver a ella o yo me quedo?

CORDEL:— ¡Hombre! Ya lo creo que debo volver a ella. ¡Qué duda cabe! Y ahora mismo. Felizmente, no creo que la nueva de mi salida de ella se haya esparcido aún aquí y, menos todavía, en el resto del país. Y así se hubiera esparcido, debemos precisamente desmentirla inmediatamente.

ACIDAL:— ¿Y los ministros? ¿Y la Casa Militar? ¿Y el Nuncio? ¿Y los demás? ¿Y, por último, el pueblo mismo, al que acabo de hablarle del balcón?

CORDEL:— ¡Ni preocuparse! Puedes estar seguro que nadie se ha dado exacta cuenta del cambio de Presidente. Si se han apercibido, los tiene sin cuidado o no acaban de entender lo que ha pasado.

(*Se sienta confortablemente en el sillón presidencial*) Y tú, a tu ministerio de Fomento. Otro día vendrás a reemplazarme. No te apures. (*Cordel vuelve a los papeles de su mesa*)

ACIDAL:— ¿En qué sentido hay que contestar a Nueva York? ¿Pido detalles cablegráficos del arreglo con la Huallaga Corporation? (*se dispone a partir*)

CORDEL:— A ti, ¿qué te parece?

ACIDAL:— La cuestión del empréstito me preocupa.

CORDEL:— Pide entonces pormenores sobre el empréstito. Apúrate. Ya son las 5 y cuarto, y yo tengo que recibir todavía a varias personas. Vuelve a comer conmigo.

ACIDAL:— A las nueve. No antes. Hasta luego. (*Cordel toca un timbre y Acidal sale*)

EL SECRETARIO, *entrando*:— Excmo. Señor... (*En el instante en que Roque reconoce a Cordel, una descarga cerrada de metralla resuena de golpe fuera de Palacio*)

EL PRESIDENTE:— ¿Qué ocurre? ¿Es en la Plaza? ¿Delante del balcón, creo?

EL SECRETARIO:— Sí, Excmo. Señor. Una rafriega con los manifestantes.

EL PRESIDENTE, *indiferente*:— ¡Ah, sí! Avise usted al general Chotango que su nombramiento como ministro de Fomento ha quedado sin lugar.

EL SECRETARIO:— Al instante, Excmo. Señor. (*Sale. Pausa, durante la cual el Presidente, muy abstraído, consulta unas notas. Luego, se dirige a sus habitaciones privadas y el despacho presidencial queda desierto. Pausa. Se oye en torno al despacho, viniendo de todas partes, un vocerío confuso, órdenes militares, traqueteo de puertas, pasos de muchedumbre. Después, la puerta de los edecanes se abre bruscamente y el general Colongo penetra, seguido de una multitud de oficiales y civiles, que le aclaman, muchos de ellos revolver o fusil en mano*)

LA MUCHEDUMBRE:— ¡Viva el general Colongo! ¡Viva la revolución! ¡Mueran los Colacho! ¡Abajo los tiranos Colacho! (*Por diver-*

sas puertas, desembocan diversos funcionarios y oficiales, estupefactos. El coronel Caraza, Jefe de la Casa Militar de los Colacho, entra, revólver en mano, por una de las puertas del fondo, dispuesto a la batalla)

EL CORONEL COLONGO le ordena en un grito salvaje:— ¡Coronel Caraza! (Señalando los departamentos privados de Cordel) ¡Lléveme inmediatamente preso a ese hombre!

EL CORONEL CARAZA, protestando:— ¡Pero General Colongo! ¡Usted no puede... (Un griterío hostil ahoga sus palabras)

EL GENERAL COLONGO, elevando la voz:— Si no cumple usted mis órdenes, usted también va preso...

EL CORONEL CARAZA:— Mi lealtad militar y política al general Colacho... (La muchedumbre vuelve a cubrirle la voz)

EL GENERAL COLONGO, con brusca decisión:— Coronel Caraza, queda usted nombrado Ministro de Guerra. (Volviéndose a la muchedumbre) ¡Señores, (indicando la puerta de los departamentos privados de Cordel) cuatro guardias en esa puerta!

EL CORONEL CARAZA, Ministro de Guerra:— Excmo. Señor... si así lo exige el pueblo, Excmo. Señor... (Disponiéndose a ejecutar la orden de Colongo) En el acto, Excmo. Señor. (Se dirige, seguido de varios oficiales y civiles a la mencionada puerta. Volviéndose de medio camino) ¿Qué hay que hacer con los hermanos Colacho, Excmo. Señor?

EL GENERAL COLONGO, con un gesto de impaciencia:— ¿Qué hay que hacer?... Por el momento, que lo fusilen. Después veremos lo que se hace.

LA MUCHEDUMBRE:— ¡Bravo, Colongo! ¡Viva el general Colongo! ¡Viva la revolución! (Una formidable ovación. Etc.)

EL GENERAL COLONGO, de pie junto a la silla presidencial:— ¡Ciudadanos! Hémos aquí triunfantes. (Nueva ovación) ¡Silencio, por favor! El pueblo trae hasta aquí sus santas iras y, arrojándolas a la faz de los tiranos, los cubre de vergüenza y los sepulta en el oprobio! (Otra ovación) Aquí, señores, tenéis la silla a la que los Colacho se habían encaramado para robar y asesinar al país. Vacante está ahora la silla...

LA MUCHEDUMBRE:— ¡La Presidencia para el general Colongo!
¡En la silla presidencial Colongo! ¡Viva el Presidente Colongo! ¡Sí!
¡Sí!

EL GENERAL COLONGO:— Sólo el pueblo lo puede decidir, ciudadanos. ¡Yo no me sentaré en ella si así no me lo exige el mandato popular! (*Vivas y rumores bastante confusos*)

UN VIEJO CIUDADANO:— General Colongo, creo interpretar fielmente la voluntad del pueblo soberano, invitándole a tomar posesión de esa silla simbólica ahora mismo. (*Ovación*) Señores: en todas las repúblicas de la historia, el sillón presidencial es como el arca santa, donde la constitución del Estado tiene depositadas las llaves de la vida democrática. Esta silla, señores, es la única que manda y que dispone del destino de los pueblos. Por ella luchan los partidos y los hombres. Porque es sólo desde ella que se gobierna. Porque es sólo sentado en ella que se es jefe de un estado. (*Ovación*) ¡General Colongo! ¡Tomad asiento en ella! ¡Pero honradla con un buen gobierno! No la maculeis. ¡No consintáis, sobre todo, que os la usurpen! ¡No olvidéis que ella es la encarnación de la patria, la curul suprema del poder y, en fin, que si un día la perdéis, habréis perdido, con el gobierno, todo el respeto y adhesión con que el país os pone ahora en ella! (*Estruendosa ovación*).

EL GENERAL COLONGO:— ¡Señores! ¡Muchas gracias! Os prometo cumplir religiosamente los deberes sagrados de mi cargo. (*Se sienta aparatosamente en el sillón presidencial. Luego, el general Colongo, Presidente de la República, con tono imperioso*) Señores, os ruego retiraros. Hay que formar inmediatamente el ministerio y organizar el gobierno, a fin de dictar las medidas necesarias a la pronta normalización de la vida nacional. (*La muchedumbre se retira, aclamando al Presidente, con quien sólo queda en el despacho presidencial uno de sus lugartenientes, el coronel Selar. El Presidente, dirigiéndose a éste*) Selar, queda usted nombrado secretario del Presidente de la República. Siéntese y escriba...

EL CORONEL SECRETARIO:— Como no, Excmo. Señor. En el acto. (*El secretario se dispone a escribir lo que va a dictarle el Presidente*)

EL PRESIDENTE, *dictando*:— Manifiesto a la Nación. Los tiranos Colacho han sido derrocados del poder. La ola de indignación y de odio nacionales acaban de arrojarlos para siempre del gobierno. Una nueva era de paz y libertad se inaugura en estos momentos para la patria. En mi calidad de nuevo Jefe del Estado, proclamado por la voluntad espontánea y libre del país, juro y prometo a la nación servirla y sacrificarme por ella, acabando definitivamente con los vicios y egoísmos que, desde hace tiempo, carcomen los cimientos de nuestra democracia y precipitan a la patria en el abismo... (*Aquí, reflexiona, repitiendo*) y precipitan a la patria... en el abismo... (*Sorprendiendo de pronto una mirada páfida en el secretario*) En el abismo...

EL SECRETARIO:— En el abismo...

EL PRESIDENTE, *reanudando su dictado*:— La pseudo-asamblea constituyente ha sido disuelta. Los dos tiranos han sido fusilados. El problema de los desocupados será definitivamente resuelto antes de fin de año... (*Reflexionando*) antes de fin de año... (*Se pone de pie y da unos pasos, buscando las ideas*) ¡Conciudadanos! Hay que acabar con el arribismo, que escala el poder todos los días, produciendo una inestabilidad vergonzosa de las instituciones republicanas. ¡Abajo los golpes de cuartel! ¡Abajo los dictadores de una hora!... (*Aquí, el secretario, aprovechando que el Presidente evoluciona al azar por el salón en busca de ideas, se desliza, como quien no hace la cosa, hacia la silla presidencial, en el preciso momento en que el Presidente se vuelve de improviso*) Cuento con la buena voluntad de mis conciudadanos para... (*El Presidente se interrumpe al sorprender la maniobra del secretario, y se lo queda viendo, dándose cuenta de las rotas intenciones de Selar. Pero, inmediatamente y fingiendo no haberse apercebido de nada, sigue dictando*) para... para ayudarme lealmente en la dura tarea de salvar los derechos y garantías republicanas, conculcadas por los gobiernos anteriores... (*El Presidente vuelve a dar unos pasos y, como el secretario intenta otra vez colocarse subrepticamente en la silla presidencial, Colongo vuelve rápidamente a ella e interponiéndose entre la silla y el secretario, dice misteriosamente*) Selar, no se acerque usted demasiado al sillón presidencial. Manténgase, le ruego, es los límites de su asiento de secretario.

EL SECRETARIO, *que se ha replegado a su asiento*:— Excmo. Señor, si yo no me he movido en absoluto.

EL PRESIDENTE, *dictando*:— Bueno... Conculcadas por los gobiernos anteriores...

EL SECRETARIO:— Anteriores...

EL PRESIDENTE:— ¡Viva la Patria! ¡Viva la democracia! (*El secretario, en un nuevo descuido del Presidente, ha saltado, en un abrir y cerrar de ojos, a la silla presidencial y en ella se queda sentado soberanamente*)

EL SECRETARIO, *revólver en mano, amplio ademán de mando, al Presidente de la República*:— ¡Colongo, deme ese manifiesto que lo firme! ¡Rápido! (*El general Colongo, ante la rapidez y la audacia del secretario, se ha quedado petrificado. Selar, amenazador*) ¡Rápido, le he dicho! ¡Vivo! ¡Dese prisa!

EL PRESIDENTE COLONGO, *balbuciente*:— ¡Pero... Selar!..

EL PRESIDENTE SELAR:— ¡Colongo! ¡Los tengo muy rayados!

EL GENERAL COLONGO, *en un postrer alegato*:— ¡Traidor! ¡Voy a llamar!..

EL PRESIDENTE SELAR, *apuntando con su revólver a Colongo*:— ¡Siéntese y agregue al manifiesto lo que voy a dictarle!

EL GENERAL COLONGO, *tras una suprema pero débil resistencia, se sienta en la silla de secretario y se dispone a escribir*:— Está bien... Muy bien...

EL PRESIDENTE SELAR, *sin soltar su revólver*:— ¿Dónde nos hemos quedado? ¿Qué dice? ¡Lea!

EL SECRETARIO COLONGO, *leyendo*:— ¡Viva la democracia!

EL PRESIDENTE SELAR:— Viva la democracia... Añada usted: ¡Viva la libertad, la igualdad y la fraternidad!

EL SECRETARIO COLONGO, *escribe, silabeando*:— La-li-ber-tad... la-i-gual-dad... y la fra-ter-ni-dad.

EL PRESIDENTE SELAR:— Muy bien: y la fraternidad. Eso es. (*Con fraternal cordialidad*) Páseme eso, mi querido general, que lo firme. (*El secretario le da el manifiesto. En el momento en que*

el Presidente lo está firmando, guardando su revólver en la mano izquierda, el secretario Colongo saca, como relámpago, el suyo)

EL SECRETARIO COLONGO *apuntando al Presidente Selar que, a su turno, ha levantado su arma en contra del otro:— ¡Fuera de aquí! ¡Fuera y de prisal*

EL PRESIDENTE SELAR:— *¡Que se cree usted! (Entonces, Colongo con su revólver en una mano, toma con la otra por el brazo a Selar y lo saca de un tirón brutal de la silla presidencial y se sienta en ella)*

COLONGO, *de nuevo presidente de la República, ordena a Selar, que permanece inmóvil ante él:— Siéntese en su sitio de secretario o lo hago fusilar acto seguido.*

SELAR, *a su vez el revólver siempre en una mano, coge con la otra a Colongo por la solapa:— ¡Impostor! ¡Salga de ahí! (Pero Colongo pone inmediatamente el cañón de su arma en dirección de la cabeza de su rival. Los dos hombres palidecen. Silencio de muerte. De súbito, Selar se precipita de nuevo sobre Colongo y logra extraerle brutalmente de la silla presidencial. Colongo cae en el trance a tierra y Selar se sienta otra vez en el sillón presidencial. Mas Colongo se levanta y hace lo propio con Selar. Y así continúa el juego, uno y otro sentándose alternativamente en el sillón presidencial, mientras baja el telón)*

F I N

el Presidente lo está firmando guardando un recibo en su mano.
inquirida, el secretario Colongo saca como testimonio el sello.
EL SECRETARIO COLOGO apuntando al Presidente Selar que a
su turno, ha levantado su firma en contra del otro.— ¿Pero de aquí
¿vienes y de dónde?

EL PRESIDENTE SELAR.— (Que se cree agido) ¡Buenos días!
Yo con su recibo en una mano, tomo con la otra por el brazo a
Selar y lo sacó de un trazo fuera de la sala presidencial y se queda
en ella.

COLOGO, de nuevo presidente de la República, ordena a Selar
que permanezca donde está él.— Séntese en su sitio de secretario
o lo hago salir a la segunda.

SELAR a su vez el recibo siempre en una mano, corre con la
otra a Colongo por la solapa.— ¡Inoportuno! ¡Selar de allá (Por Col)
largo por inmediatamente el cambio de su firma en el recibo de la
capera de su recibo. Los dos hombres palidecen. Silencio de un
ter. En silencio, Selar se precipita de nuevo sobre Colongo y le
extrae bruscamente de la sala presidencial. Colongo con su
trance a Selar y Selar se sienta con él en el sillón presidencial.
Mas Colongo se levanta y hace lo propio con Selar. Y así continúa
el juego, uno y otro sentándose alternativamente en el sillón presi-
dencial, mientras baja el telón.)

FIN

EL PRESIDENTE SELAR.— (Que se cree agido) ¡Buenos días!
Yo con su recibo en una mano, tomo con la otra por el brazo a
Selar y lo sacó de un trazo fuera de la sala presidencial y se queda
en ella.

LA PIEDRA CANSADA

LA PIEDRA CANADA

La piedra cansada

Al iniciarse la última semana de noviembre de 1937, sin que el menor signo lo dejara prever, Vallejo que acaba de escribir *España, aparta de mí este cáliz*, se ausenta de sus poemas... para siempre, como se comprobará muy poco después, y, luego de unos días, emprende *La piedra cansada*, última de sus cuatro obras teatrales.

El 12 de julio (37) ha retornado de Madrid a París, con el Congreso Internacional de los Escritores Antifascistas. Bajo un aspecto exterior de altura y serenidad que él guardará hasta poco antes de morir, vive secretamente colgado de la trágica derrota del pueblo rojo español. Aunque no le aflorara a la mente, ya lo irreparable lo ha derribado como le sucede al hombre moralmente herido y aún ignorante de su estado, que cree ser, al volver en sí, juguete de un falso temor... y, en realidad, ya está perdido.

Al haber elegido el tema de *La piedra cansada*, parece que Vallejo hubiera buscado hallar inconscientemente una zona de olvido entre él y la tragedia de España, tragedia de la que asimismo inconscientemente huye, refugiándose en un pasado de siglos atrás, distancia ilusoria que el ser racial y culturalmente compenetrado de España que es Vallejo, no logrará franquear, ni siquiera alcanzar, y menos en aquel agónico momento de la debacle de la guerra civil, sintiéndose él forjado de ella y derrotado a la misma escala, y como ella, debiendo aceptarse medularmente vencido.

En cuanto a explicar por qué el texto de *La piedra cansada*, texto definitivo que publica hoy día la Universidad Católica con el Tea-

tro Completo de César Vallejo, no es, en su integridad, el mismo que el texto de *La piedra cansada* publicado en 1969, se debe dejar en claro que aquel texto realizado en la carátula con un Vallejo-mujer cuyo rostro es sensacional de estupidez, se le acopló una pieza de teatro exclusivamente fabricada a base de versos textuales de *España, aparta de mí este cáliz*, descomunal ineptia descaradamente fraudulenta que aparece sin sanción ni molestia de ninguna clase por parte del Instituto Nacional de Cultura, en lo que llaman en Honduras: Homenaje a Vallejo...

A los 40 años de la muerte de Vallejo por un lado, y por otro, después de 26 años de agudas privaciones de toda índole; a los 26 años de cínicas desmentidas a cada dato y a cada refutación que presentara; de 26 años de abusos morales y sórdidas calumnias; de 26 años de inicuas estafas; de 26 años de despojamiento sistemático; de 26 años de despiadada trituración y esqueletizante calvario interior, siento declarar que *¡el tiempo de las aclaraciones ha pasado!*

Georgette de Vallejo.

Personajes, por orden de entrada

TOLPOR
FL ARQUITECTO
EL SIERVO
KAURA
RUNTO KASKA
UN ANCIANO
DONCELLA PRIMERA
DONCELLA SEGUNDA
UYURQUI
MAMA PAYO
UN CHASQUI
CAMPESINO 1
CAMPESINO 2
UN MIEMBRO DEL
CONSEJO DE LOS ANCIANOS
UN SOLDADO
UN VILLAC
HERALDO
VILLAC UMO

OKAWA
MAMA CUSSI
EXTRANJERO
SALLCUPAR
CHASQUI BLANCO
CHASQUI NEGRO
CHASQUI ROJO
NAYDAMI
ORUYA
ONTALLA
UNA ANCIANA
UN ANCIANO
HUACOPA
PASTOR
PASTORA
LA MUJER

Quechuas / Amautas / Auquis / Coro invisible de Niños / Mujeres /
Pirucs / Oficiales / Quipucamayos / Voces de hombres / Voces de
mujeres / Coro femenino / La Farándula

ACTO PRIMERO

Cuadro Primero

La escena representa varios muros megalíticos, formando parte de un baluarte en construcción de la fortaleza de Sajsawaman. Pórticos, pasadizos, escalinatas. Algunas ventanas trapeciales acabadas, otras inconclusas. Al pie de los muros, bloques sueltos, de diverso tamaño, gruesas sogas, grandes parihuelas y otros materiales y útiles de albañilería. Atmósfera ciclópea.

La escena, antes de empezar el espectáculo, muestra el telón levantado, y la decoración aparece, por consiguiente, visible al público.

Al sonar el timbre, todas las luces del teatro se apagan y reinan en él oscuridad y silencio completos. El alba desciende lentamente a posarse en el más grande de los bloques que están sueltos al pie de los muros, dejando el resto del tablado sumido siempre en las tinieblas. Cuando la claridad del día inunda la escena, aparece, sentado al pie de dicho bloque, Tolpor, los codos en las rodillas y el rostro entre las manos, hundido en la cavilación. Pasos convergentes de multitud resuenan en torno al escenario. Del ruido rítmico y tumultuoso, de estos pasos, nace, sin solución de continuidad, la obertura del Himno al Sol.

Por distintas partes de la escena, acuden presurosos al trabajo, picapedreros y albañiles, con sus útiles de trabajo en la mano. Reunidos en la escena, cantan el himno en coro, inmóviles, hie-

ráticos, mientras el sol se eleva tras los muros del baluarte. Tolpor levanta la cabeza y se restrega los ojos.

LOS QUECHUAS, *terminando el canto, saludan*:— ¡Ama Sual! ¡Ama Llulla! ¡Ama Kella!... (*Rodean la gran piedra e intentan moverla con lazos y palancas*)

QUECHUA 1, *de lo alto de los muros*:— ¡Mama roca! ¡Hermosa piedra! ¡Un día más alumbra tu cansancio! Un día más que vamos a tratar de levantarte. ¿Subirás? ¿Cederás, por fin, a nuestras sogas y champis?... (*Todos permanecen inmóviles, mirando ansiosamente el bloque fatigado*)

QUECHUA 2, *de lo alto de otro muro*:— Es inútil. Las canteras de Pissaj tienen entrañas pesadas, como las mujeres estériles.

QUECHUA 3, *abajo*:— Las piedras de Pissaj tienen el pecho malo, torcida la mirada terrenal. Desde que saltan de la cantera, hasta que se incorporan en las fronteras, dejan en pos de sí exterminio, sangre, lágrimas, muchas vidas difuntas, aplastadas por su aciega e implacable pesantez.

QUECHUA 4, *abajo*:— ¡Las piedras de Pissaj son las más bellas del reino!

QUECHUA 5, *de lo alto de los muros, a la vez*:— ¡Bloque telúrico, levántate!

QUECHUA 6, *de lo alto de los muros, a la vez*:— ¡Basalto endemoniado, subirás!

QUECHUA 7, *de lo alto de los muros, a la vez*:— ¡Lúgubre roca!

QUECHUA 8, *abajo*:— ¡Piedra entera, orgullosa! ¡Piedra piedra! ¡Basalto de grano tan apropiado para los grandes dentajes como para las simples aglutinaciones! ¡Cedel! ¡Cedel!

QUECHUA 9, *de lo alto de otro muro*:— ¿Qué tienes, mama roca? ¿Qué te ocurre? ¿Estás durmiendo acaso? ¿Sufres? Te duele algo, quién sabe?... ¿Sueñas?... (*todos aguardan de nuevo la respuesta de la piedra*) ¡Responde! (*Pausa*)

TOLPOR, *desde el muro más alto*:— ¡Trabajadores de la piedra! ¡Constructores de los templos, de los palacios y de las ciudadelas!

Dos aves misteriosas han cantado, esta noche, en las ramas de mi molle: el pájaro de una sola ala y el...

UNA VOZ, *interrumpiendo ansiosamente*:— ¿Y el pájaro áptera?

TOLPOR:— Só Y el pájaro sin alas. (*Voces y movimientos de sorpresa*) Cuando se retiraron los luceros, el molle, de quieto que estaba, empezó a estremecerse y retorcerse, como si le doliesen las yemas de sus hojas.

QUECHUA 10:— Así hacen todas las plantas en retoño.

TOLPOR:— Me levanté del lecho, miré por la rendija de la puerta...

QUECHUA 11:— ¡Malo! ¡Los secretos de un árbol son sagrados!

TOLPOR:— Asentado sobre una rama baja...

VARIOS, *vivamente*:— ¿El pájaro sin alas? ¿El ave áptera?

TOLPOR:— No. El pájaro de una sola ala. ¡Un animalillo delicado pero, a la vez, feísimo, espantoso! Tenía el cuello enarcado en dirección de mi cabaña, como si me espiara. Un calofrío recorrió mi cuerpo. Ahogué un grito y me volví a mi cama, horrorizado.

VARIOS:— ¡Desgracia! ¡Reveses militares! ¡Malas guerras!

TOLPOR:— Pero he aquí que, apenas me hube retirado de la puerta, oí que el pajarruco lanzaba un graznido ronco, grave, sostenido... (*Murmullos. Emoción*)

QUECHUA 12:— Para que muera el Inca Pachacútec, se oyó al mismo animal graznar sobre los techos del palacio de Kassana.

VARIOS:— Viracocha proteja a su pueblo.

TOLPOR:— El molle se puso entonces a bramar, como si anunciase tempestad. Sentí luego que el ave abandonaba el ramaje...

QUECHUA 13:— El vuelo de esos pájaros no se oye: es tan callado, tan imperceptible, como el vuelo del alma, al pasar de la rama de la vida a la rama de la muerte.

TOLPOR:— Poco después, un canto —esta vez fue un canto y no ya un graznido— un canto erró en la noche. ¿De dónde salía ese canto?...

QUECHUA 14:— El canto del ave áptera es la voz de los fetos en los vientres de sus madres.

QUECHUA 15:— Es la voz de los pumas desgraciados.

QUECHUA 16:— Es la voz de las plantas, que lloran por los hombres.

TOLPOR:— ¡Buenos trabajadores de la piedra, arquitectos de la más grande fortaleza del Tahuantinsuyo! ¡No hay cántico más bello ni más triste que el cántico del pájaro sin alas!

QUECHUA 17:— ¡Basta! ¡A la faena! ¡No dependen del hombre los designios del destino, ni el canto de las aves!

TOLPOR, *baja del muro y, con aire de misterio, mirando fijamente a la piedra cansada*:— Se perdió junto a ella. ¿Qué se ha hecho?... No lo sé... (*Los demás le dejan hacer, intrigados. Tolpor da vuelta en torno de la piedra, como buscando algo*) Vino directamente del molle y se detuvo aquí, no cabe duda...

QUECHUA 17:— ¿Qué se detuvo aquí, junto a la piedra?

TOLPOR, *con exaltación*:— ¡El ave sin alas está aquí! ¡Debajo de la piedra fatigada! (*Risas. Tolpor invoca al bloque en alta voz*) ¡Guijarro cansino! ¿Dónde está? ¿Pasó?... ¿Le escondes? ¿Se refugia tal vez bajo tu masa?... (*Empuja a dos manos la piedra y le grita enfurecido*) ¡Say Jusca! ¡Mama roca! ¿Dónde está? ¿Te lo has tragado?... (*Vuelve a empujarla con todas sus fuerzas*)

TODOS, *con repentino asombro*:— ¡Oh! ¡Oh! ¡Oh!... ¡Se ha movido! ¡Se ha movido! (*Un canto, infinitamente triste, palabras, cruza por encima de los muros. Los quechuas paran el oído*)

TOLPOR, *con la mirada deslumbrante en alto*:— ¡Ahí está!... ¡Ahí está!... (*El canto se aproxima y se precisa: es el arquitecto, jefe de los trabajadores de la fortaleza, que viene cantando. Tolpor y los demás trabajadores, al verle, se apresuran a mover el bloque, por una vasta maniobra común*)

TODOS, *alborozados, al arquitecto que descende una escalinata entre los muros*:— ¡Se ha movido! ¡La piedra cansada se ha movido!...

EL ARQUITECTO:— ¡No matar! ¡No mentir! ¡No estar ociosos!

LOS QUECHUAS:— ¡La piedra fatigada se ha movido!

EL ARQUITECTO:— Bien. El Inca había expresado su deseo de asistir a su levantamiento. Previamente, quiero verla moverse, por sí misma. ¡Disponeos! ¡Champis! ¡Sogas! ¡Picas!... *(El telón ha empezado a caer en medio del ajetreo de los quechuas, que se disponen a mover el bloque)*

TELON

Cuadro Segundo

Al levantarse el telón, un reflector descubre, en medio de la oscuridad total del escenario, a un siervo sentado en cuclillas frente al público, en la primera grada de una escalinata dispuesta horizontalmente a las candilejas. Delante del siervo, sentado en el suelo, un aríbalo de barro, de base plana y de dos asas. El quechua canturrea una aria, entrecortándola con recitados.

EL SIERVO, *tras un canto, recita*:— Las lluvias han empezado. Los sacerdotes escrutan en el color de las serpientes nuevas, el incierto porvenir y la mortalidad del año. ¡Viracocha sonría a su raza! ¡Que la tierra produzca el tallo que da sombra y frescura, la semilla que nutre y prolifica, la flor que se abre para los tabernáculos, para las cunas y las tumbas!... (*El siervo canta y, de nuevo, recita*) ¡La gran festividad del Situa se aproxima. Las diez puertas de los diez templos se abrirán. Al compás de tamborcillos encintados, danzarán las ñustas, al ingresar a la pubertad, y de los desiertos australes, áridos y salados, vendrán nuevos mitimaes, trayendo misteriosos animales, de colas lacias y abundosas!... (*El siervo canta. Luego, poniéndose de pie y levantando a dos manos y hasta la altura del rostro, el aríbalo*) ¡Señor Soll! ¡Padre del mundo! ¡Este es el vaso de Kaural!... (*Se queda en éxtasis, el rostro alzado al cielo*) ¿Qué va a caer en el vaso de arcilla de mi ñusta?... Ayer cayó en él un insecto, de esos que, con zumbido suave, arrullador, suelen guiar y orientar a los ciegos que viven en la selva. ¿Cómo vino hasta aquí,

vivo, este insecto? ¡Es el milagro!... Otro día, cayó una gota de sangre de un cóndor que iba herido por la altura. Hoy... (*Acercando ansiosamente el oído al gollete del aríbalo*) ¿qué cae? ¿Qué ha caído?... (*Se queda oyendo*) ¡Oigo adentro adentro un suspiro!... ¡No!... (*Petrificado*) ¡Una raíz! ¡Una raíz!... ¡Una raíz, con una raicilla!... ¡Han caído en el vaso dos raíces! (*Pone precipitadamente el aríbalo sobre su cabeza, vuelve la espalda al público, sube la escalinata y desaparece en el oscuro fondo de la escena*)

TELON

Cuadro Tercero

Cámara en el palacio de Uyurqui, rectangular y toda de piedra pulida. Adosados a los muros, cuatro monolitos ornamentales. En torno, bancos de piedra, cubiertos de pieles felinas y cojines de lana de alpaca. Por el suelo, alfombras y más pieles. A la derecha, segundo plano, una puerta. En el muro del fondo, ventanas abiertas al cielo.

Kaura está sentada en el suelo, sobre una piel de jaguar, a la derecha de la escena. Dos doncellas sostienen, de pie, un pequeño telar portátil, en el cual la ñusta teje una honda.

Al pie de cada monolito, un amauta anciano, sentado, consulta en anchas y finas hojas de plátano, viejos caracteres. Hay un silencio.

AMAUTA PRIMERO: —Durante el reinado de Sinchi Roca, las Escogidas del Acllawassi tejieron con lana de las alpacas del Hatun, una faja para el príncipe heredero. En la faja aparecían bordados, en vívidos tintes vegetales, todos los animales del reino, cada especie dentro de su clima y paisaje propios. Asombraba la sutileza de los hilados, y compleja era su disposición, según los colores y matices. Pero desconcertaban, sobre todo, la habilidad y acierto con que se sucedían las sombras y las luces en las pieles y plumajes de los animales. La retina sufría extrañas desviaciones a la vista de la faja maravillosa... Y he aquí que el príncipe heredero, cuando escrutó la faja, para captar su contenido en todos sus detalles y pormenores,

lloró sangre y volvióse ciego... (Por la puerta de la derecha, entra el siervo del cuadro anterior, portando su gran aríbalo sobre la cabeza. Los amautas y las doncellas se vuelven a él y le siguen con la mirada. Sólo Kaura no le ve, sumida como está en su telar y en sus reflexiones. El siervo da, ritual y lentamente, la vuelta a la cámara y va a detenerse ante el amauta que habla, posando el aríbalo en el suelo, delante del anciano. Luego se dirige hacia la puerta por donde entró y vase, en medio del silencio general. Pausa. El amauta que hablaba, añade) ¡Unancha yawarpal...

AMAUTA 2, volteando una hoja:— Las cinturas de los reyes van fajadas con los ríos de llanto de sus pueblos.

AMAUTA 3:— En las cinturas de los príncipes caben todos los círculos, menos uno.

AMAUTA PRIMERO:— A propósito de ciegos: ¡ser extraño es un ciego! ¡Extraño! ¡Sibilino!... ¡Un día, el sol entrará en el alma de los ciegos y no volverá a salir tras de los Andes!

KAURA, alegre, despreocupada, examinando su tejido:— ¡Será una honda peregrinal! ¡Verde rana, rojo huayruro, cinabrio, otro verde, y oro de lavadero!

AMAUTA 4:— ¡Ñusta, acuérdate que el verde con el verde ñan oráculo funesto!

KAURA:— Hace algún tiempo, Sajta, mi prima, del señorío de los yungas, salió por la mañana, de caza al bosque, con amigas. Entradas en la espesura, Sajta fue la primera en disparar su honda. El cadáver de un joven campesino, fue hallado, a pocos pasos, con una herida de piedra en la frente. Tibios aún estaban sus cabellos. Desde entonces, para dar forma viva a su piedad por esta desgracia, Sajta lleva, prendida al pecho, una mecha de cabellos del quechua muerto involuntariamente por su mano.

AMAUTA PRIMERO:— Los astrónomos chancas aseveran que no es bueno enamorarse de un cadáver.

KAURA:— ¡El pobre! ¡Era un joven del pueblo! Un pastorcillo.

AMAUTA 4, hundido en otra suerte de reflexiones:— Una cuestión me embarga desde hace mucho tiempo. Entre los trece pecados que

un hombre del pueblo puede cometer, figura el del adulterio en cuarto lugar y el de amar a una mujer de estirpe, en séptimo lugar, y, sin embargo, el pecado del adulterio es castigado con la muerte por el frío. ¡Enigma de las leyes!

KAURA, *se hecha a reír*:— Venerables amautas, el amor es una fiera misteriosa, que tienen las zarpas apoyadas sobre cuatro piedras negras: la piedra de la cuna, la piedra breve, astudadiza, de la boca, la gran piedra del pecho y la piedra alargada de la tumba.

LOS CUATRO AMAUTAS:— ¡Palabras de una gran sabiduría! (*Entra Runto Kaska*)

RUNTO KASKA:— ¡Ama Sua! ¡Ama Llulla! ¡Ama Kella!

KAURA:— Runto Kaska, bienvenido. (*Los amautas tornan a su lectura en silencio*)

RUNTO KASKA:— Princesa, el Inca va a asistir esta tarde al levantamiento de una piedra cansada, en Sajsawaman. La kolla irá también y desea que formes en su séquito.

KAURA:— Amable mensajero, nuestra kolla es indulgente.

RUNTO KASKA:— La ñusta más hermosa del Imperio forma parte, por derecho propio, de la corte de los Incas.

KAURA, *que mira por una ventana, ahoga un grito, amedrentada*:— ¡El koyllur! ¡El koyllur, en pleno mediodía?

RUNTO KASKA:— ¡Halagüeño presagio, Kaural

KAURA, *bajo, inclinada, en una queja*:— ¡En otoño, nadie sabe lo que anuncia su presencia al mediodía!

RUNTO KASKA:— ¡Que los dólmenes de oriente nos sean propicios! ¡Que los luceros del sur pasen sobre las tumbas tutelares!... (*Disponiéndose a partir*) ¡Princesa!... (*Kaura siempre inclinada*) ¡Ama Sua! ¡Ama Llulla! ¡Ama Kella! (*Runto Kaska se inclina y vase*)

AMAUTA 3, *leyendo profundamente*:— Más allá de la puerta, está el camino. ¡Más allá de los labios, el aliento! ¡Más allá de las alas, está el vuelo!... (*Kaura, taciturna, retorna a su telar, se sienta y teje*)

AMAUTA 2, *leyendo, profundamente*: —¡Más triste que los pasos, son los pies! ¡Más lejos que la muerte, está la vida! ¡Más duele el ser amado, que el amar!... (*El amauta, ante quien puso el siervo el aríbalo, se levanta. Los demás amautas, las dos doncellas y Kaura le miran alejarse, reconcentrados, graves*).

TELON

Cuadro Cuarto

Suena el timbre, se apagan las luces de la sala y, antes de alzarse el telón, se oye en el escenario el ruido de una labor de masa: choques de piedras y de picas, pasos apresurados, voces confusas. Luego, un redoble lejano de tambores. Exclamaciones: “¡El Inca! ¡El cortejo imperial! ¡Las calli-sapas! . . . ¡Las princesas amarillas!” cesa el ruido de trabajo. Un coro femenino entona, acercándose, el haylli, y el telón se levanta lentamente, dejando ver una segunda sección de los baluartes en construcción de Sajsawaman. Un gran muro circular a medio alzar, con un pasadizo o pórtico lateral, segundo plano izquierda. El muro, mirando al público, da lugar, en el proscenio, a una especie de rotonda, con salida a ambos lados de la escena. Una muchedumbre de trabajadores, puestos de rodillas y dando frente al pasadizo lateral izquierdo, oyen, los ojos alzados al cielo, sumidos en un éxtasis místico, el coro femenino invisible. Un silencio profundo impera luego en el tablado.

LA MULTITUD, *puesta de pie, aclama al emperador*:— ¡Payta Yuyarinal! ¡Alma de la luz! ¡Estandarte de la Aurora! ¡Lloque Poderoso! . . . *(La muchedumbre calla y reina otro silencio, durante el cual los quechuas miran absortamente por la puerta de la izquierda)*

QUECHUA PRIMERO, *en alta voz y como en una invocación*:— ¡Say Kusca! ¡Mama roca! ¡Piedra cansada! ¡Cuántos años echada en el paciente terraplén! ¡Cuántos años en torno a tí hormigean las muchedumbres, esforzándose en alzarle!

LA MULTITUD, en coro:— ¡Vanamente! ¡Vanamente!

QUECHUA 2:— ¡Te han agitado, golpeándote: te han suplicado, te han llorado!

LA MULTITUD:— ¡Vanamente! ¡Vanamente!

QUECHUA 3:— ¡Te han llamado a grandes gritos, ayudándote por todos lados, tirándote con sogas!

LA MULTITUD:— ¡Vanamente! ¡Vanamente!

QUECHUA 4:— ¡Las aguas llovedizas removieron las tierras en que yaces, arrastrándolas consigo, mas tú has seguido fija, incommovible!

LA MULTITUD:— ¡Como piedra! ¡Como piedra!

QUECHUA 5:— ¡De lejos, los pastores, al buscar sus ganados, te solían mirar, al caer la tarde, con medrosa piedad, como a las piedras de las tumbas!

LA MULTITUD:— ¡Vanamente! ¡Vanamente!

QUECHUA 6:— ¡Los buitres y los buhos asentábanse en tu pecho por las noches; en el día, los trinos de los árboles y los rugidos de las madrigueras arrullaban tu cansancio misterioso, tu tenaz indolencia material!

LA MULTITUD:— ¡Vanamente! ¡Vanamente!

QUECHUA 7, *en un grito de asombro*:— ¡Viracocha! ¡La levantan! ¡La levantan!... (*La multitud contempla el levantamiento de la piedra, con una mezcla de estupor y vago terror. El coro femenino entona el itu. De pronto, un formidable estrépito se produce por el lado del pasadizo izquierdo y retiembla toda la fortaleza. La multitud lanza un alarido, seguido de un silencio de muerte. Y luego, gritos de espanto y voces de socorro. La muchedumbre va y viene, despavorida*)

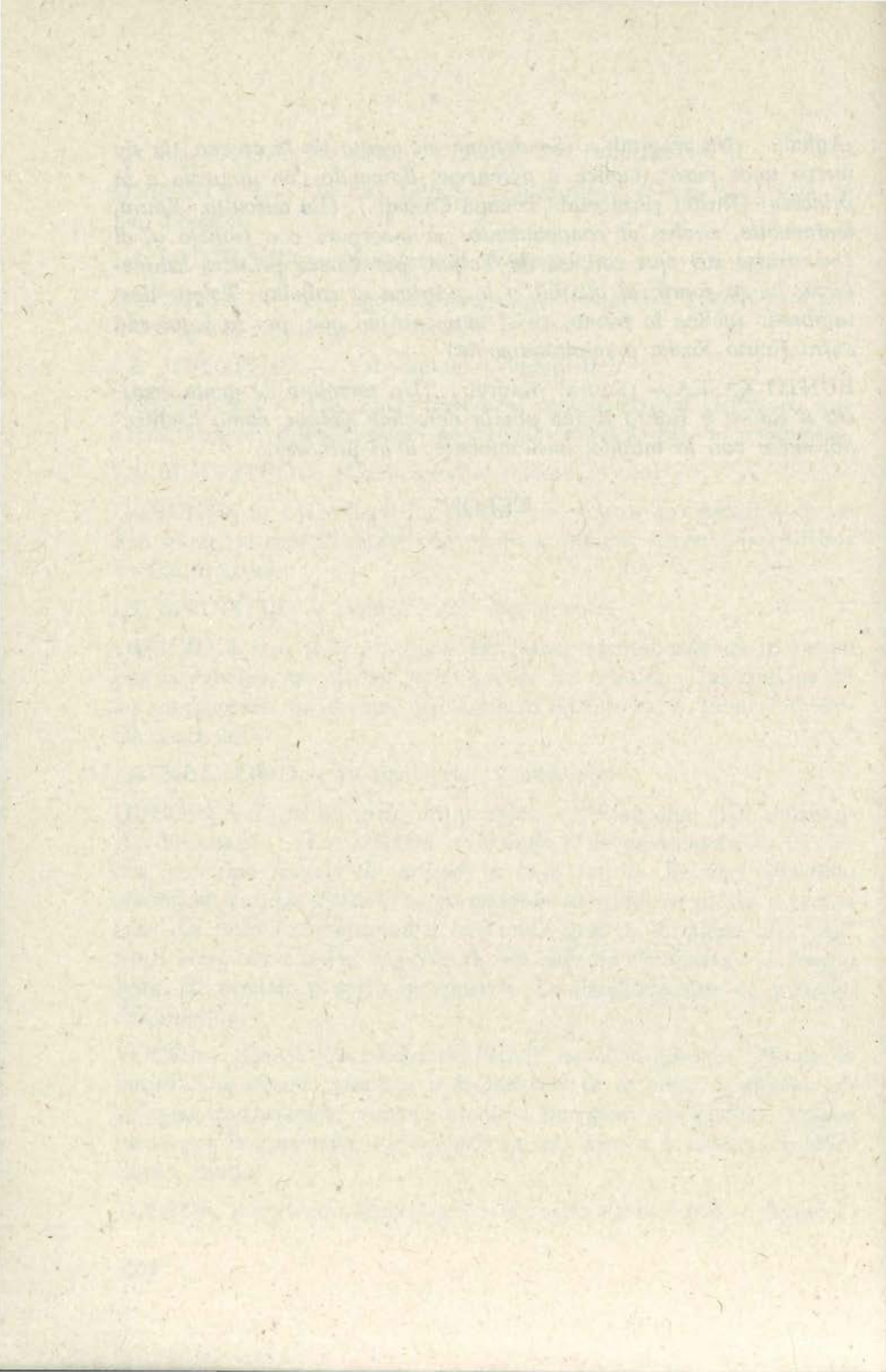
VOCES:— ¡Cayó! ¡La piedra de Pissaj! ¡cayó! la piedra... (*Entre la multitud aparecen príncipes y dignatarios de la corte, y algunas sipakoyas, desmayadas, cruzan sostenidas por gente del pueblo. Tolpor viene por la izquierda, sosteniendo en sus brazos a Kaura, desfalleciente, lívida*)

TOLPOR, *escrutando ansiosamente el rostro de la ñusta*:— ¡Agu!...

¡Agua!... ¡No respira!... (Se detiene en medio de la escena, da de nuevo unos pasos, vuelve a detenerse, llamando con angustia a la princesa) ¡Ñusta! ¡Princesa! ¡Tonapa Camaj!... (La ausculto. Kaura, lentamente, vuelve al conocimiento; se incorpora con trabajo y, al encontrarse sus ojos con los de Tolpor, permanece primero estupefacta; luego sonríe al albañil y le acaricia el cabello. Tolpor deslumbrado inclina la frente, en el momento en que, por la izquierda entra Runto Kaska precipitadamente)

RUNTO KASKA:— ¡Kaura! ¡Kaura!... (Un remolino de gente arrastra a Kaura y Runto Kaska por la derecha. Tolpor, como hechizado, sigue con la mirada, ansiosamente, a la princesa)

TELON



Cuadro Quinto

Ante el pórtico del Koricancha. Numerosos quechuas cruzan, descalzos o de rodillas en señal de adoración, ante el templo del Sol. Los hay que entran o salen de él. Algunos niños van de la mano de jóvenes villacs, llevando altos tallos de maíz. Un piruc anciano sale del templo, a la cabeza de un pequeño ayllu: mujeres, niños y adolescentes campesinos, de cuyas rodillas penden florecillas y sonoros piruros de cobre.

Al pie de una pilastra, hacia el lado izquierdo del pórtico, dos doncella hacen arder hojas de coca en un zahumerio consistente en un cráneo humano.

Tolpor aparece por la derecha, abstraído, la mirada perdida en el vacío. Grupos de gente se apartan de él, con mezcla de piedad y repugnancia, por no haberse descalzado ante el lugar sagrado.

ANCIANO, *severo*:— Entra al templo. Repara tu falta... (*Tolpor se arrodilla ante la pilastra y se abisma en sus reflexiones*)

TOLPOR, *saliendo de pronto de su ensimismamiento, jubiloso a las doncellas*:— Mi antara, hermosas vírgenes, se compone de trece caricillos... (*Las doncellas se vuelven a él, risueñas y sencillas*) Los sujeta y une una doble redecilla de tendones pertenecientes a un gigante colla, muerto por mi padre, como hondero del Inca, en la célebre batalla del Jonday.

DONCELLA PRIMERA:— ¿Sabes tocar el antara?

TOLPOR:— La hago hablar lo que quiero. Cuando toco, va sujeta a mi cuello por un bello trenzado de cabuya. Y cuando no la uso, la guardo en un estuche de piel de rana, embutido de ornamento, datura sanguínea y otras yerbas vilcas, de las que se sirven para frotarse el cuerpo los adivinos aterrados.

DONCELLA SEGUNDA:— ¿Dónde vives? ¿Cómo te llamas?

TOLPOR:— Soy Tolpor, el albañil.

DONCELLA SEGUNDA:— ¿De qué ayllu eres?

TOLPOR:— De los taucasquis. Vivo en los arrabales del Hurin-Cuzco, cerca del palacio de Yucay.

DONCELLA PRIMERA:— ¿Y tu familia?

TOLPOR:— Mi madre y una hermana. El padre murió de mal viento, cojido al pasar delante de la tumba de una adúltera. ¿Y vosotras?

DONCELLA SEGUNDA:— Mitimaes de la montaña. ¿Dónde trabajas?

TOLPOR:— Riego en estío los oasis y grutas de recreo de Yucay, y en otoño, trabajo en las fortalezas y acueductos.

DONCELLA SEGUNDA:— ¿Por qué no entras al templo?

TOLPOR:— ¿Por qué no entro al templo? Porque, antes, voy a hacer una ablución en el Huatanay.

LAS DONCELLAS, *sobrecogidas*:— ¡Oh!... ¡No nos toques! ¡Vete!...
(*Se asen una a otra, retirándose y aislando a Tolpor*)

TOLPOR:— ¿Hermosas mitimaes, montañesas señoras, conocéis el amor? ¿Habéis amado ya? Alejaos de mí, pero escuchadme...

DONCELLA PRIMERA:— ¿El amor?... El amor cuentan que nace a la sombra de las palmeras florecidas.

DONCELLA SEGUNDA:— El amor viene en los buches de los cóndores del norte. Es una piedrecilla azul, que cura el mal de la distancia.

TOLPOR, *riéndose como un niño*:— El amor, desconocidas, no viene de planta ni de animal. El amor, todo el amor y todos los amores

del mundo, nacen del pecho humano. Lo sé. Lo sé por experiencia. Mi amor, el amor que me nace esta tarde, lo he soñado durante soles, lunas y estaciones, al tañer los carrisos de mi antara...
(Las doncellas también ríen, infantiles)

DONCELLA PRIMERA:— ¿Y dónde anda tu novia? ¿Quién es ella?

TOLPOR:— ¡Mi novia es una ñusta! ¡Una ñusta aterrada! Ha acariado mis cabellos...

LAS DONCELLAS, *aleladas*:— ¡Una ñusta!... ¡Es una ñusta!... ¡Otra impiedad! ¡Otra blasfemia! ¡Vete! ¡Manchas! ¡Vete! ¡Vete!...
(Se apartan de él. Algunos transeúntes se detienen a observar la escena. Tolpor, bruscamente ensombrecido, se descalza y penetra, la frente inclinada, en el Koricancha)

TELON

Cuadro Sexto

Tarde en una encrucijada de caminos, en Chokechaka. En el centro de la escena, un dolmen de piedra en forma de serpiente. En torno, arboledas. Auquis y sipacoyas celebran, presididos por Uyurqui y mama Payo, la entrada a la pubertad de Kaura. Delante del dolmen, la asistencia está sentada en dos filas, de espaldas unos a otros —por parejas— sobre dos largos bancos de madera, tapizados de yerba y dispuestos de un extremo al otro del tablado. Al fondo, detrás del dolmen, los padres de Kaura aparecen sentados en un alto y grueso tronco de árbol recién trozado y cubierto aún de hojas y ramajes. Un grupo de vírgenes, vestidas de rojo, están de pie, una al lado de cada asistente, sosteniendo, en una mano un vaso y en la otra una rama de blanco algodón en flor. Kaura, ataviada de plumas policromas y guirnaldas de flores, está de pie entre sus padres, dando frente al público. Uyurqui y mama Payo la tienen tomada por las manos.

Un coro de niños invisibles entona el cántico ritual de la quipuchika. Al terminar el canto, impera un largo y profundo silencio. Después, las vírgenes alargan los vasos a los asistentes y éstos liban ceremoniosamente. Hay una nueva pausa.

AUQUI PRIMERO:— En las quipuchikas antiguas, no se libaba esencias de cortezas, según creo. Lejanas invasiones extranjeras, procedentes del sur, introdujeron en el reino, mucho antes que su unidad

fuese fundada, el licor del lunático tallo macerado. En las quipchikas antiguas, particularmente, al celebrarse el ingreso a la pubertad de las mujeres, se bebía una chicha de maíz, fuerte y amarga. La virgen núbil solía embriagarse en el festejo y las palabras que decía en el trance de su embriaguez, servían a los padres de clave para leer su porvenir.

UYURQUI:— ¡Una práctica bárbara!

AUQUI 2:— Lo que hay de cierto es que no todos los ayllus del imperio celebran este rito de la misma manera.

VARIOS:— No. No. En efecto.

AUQUI 2:— En la región de los bosques orientales, se desnuda a la virgen y se la hace dormir, envuelta en hojas de plátano, en un calvero salvaje de los bosques. Las fieras vienen, al olor de la nueva sangre.

VARIAS SIPACOYAS:— ¡Dios del agua! ¡Torrentes! ¡Cascadas! ¡Tempestad!

AUQUI 2:— Silenciosos, los elásticos oseznos, lamen castamente sus muslos dormidos en flexión de esperanza, y los viejos jaguares se apelonan en torno, formándole una muralla hirsuta de defensa invulnerable.

UYURQUI:— Conozco la costumbre. ¡Es formidable!

AUQUI 2:— Es raro que la virgen sea atacada por algún puma famélico o en celo o sea abandonada por su guardia felina: que una herida de hombre o de animal en la fibra recién florecida, anuncia esterilidad o muerte prenupcial.

AUQUI 3:— En ciertos ayllus porus, la virgen vierte en la cabeza de su padre un aríbalo de zumo de lima verde, trasegado en dos tazas de basalto. No debe hacerse "sebo" la cabeza. La más leve oleosidad en el cabello anuncia matrimonio fatal, sin descendencia.

SIPACOYA PRIMERA:— Entre los watallas y los maules, los votos no se elevan el día de la pubertad, sino el día de las nupcias.

SIPACOYA 2:— Los ayllus cazadores de las cordilleras del norte atribuyen presagio de adulterio el graznido de un búho, el día de la pubertad de una mujer.

UYURQUI:— A este propósito, el simbolismo del transeúnte de esta madrugada no deja de embargar mi curiosidad.

MAMA PAYO:— Una visión extraña. Eso me inquieta.

UYURQUI:— Yo sé, naturalmente, que si el desconocido iba llorando, sería ello motivo de inquietud por la virgen. Si cantaba, ya es otra cosa...

MAMA PAYO, *a Kau, tiernamente*:— ¿Astilla de su tronco, qué será?

UYURQUI:— ¿Era acaso un pastor de los rebaños sagrados, que buscaba una alpaca extraviada? (*La asistencia, en un solo movimiento, demuestra su incertidumbre, alzándose de hombros*) ¿Era un chasqui cansado, que, auestas con la carga de algún triste mensaje, se detenía a orientarse a la luz del amanecer? (*La asistencia se alza de hombros*) Dormía o soñaba. De repente, la voz de un canto extraño —digamos que era un canto— estremeciome. Me asomé a la ventana. El resplandor del alba despuntaba, y una sombra indecisa estaba pegada al muro del camino... Llamé. ¿Quién eres tú —dije— que de tal manera cantas o lloras en la penumbra del alba?

AUQUI 4:— ¡No se sabe si cantaba! ¡No se sabe si lloraba!

AUQUI 3:— ¿Aún era la noche? ¿Era ya el día?

MAMA PAYO:— Era entre cielo y cielo. ¿Cómo precisar?

AUQUI 5:— ¿Quién era, en fin? ¿Lo dijo?

UYURQUI:— He consultado al oráculo; lo ignora. ¿Era, acaso, un centinela del palacio imperial vecino, que soñaba, al despuntar el día sobre el valle, con la comunidad natal y distante, de donde partiera, una tarde, uncido a los ejércitos del sol?... (*La asistencia se alza de hombros, sumida en la mayor incertidumbre*) Volvió a cantar... o a llorar; volví a llamar... ¡Dime, al menos —le dije— dime si es que cantas o lloras!...

SIPACOYA 3:— ¡Atroz incertidumbre: no se sabe si cantaba; no se sabe si lloraba!...

SIPACOYA 4:— Fue tal vez un mitimae fugitivo, que habiendo sufrido el tormento de las leyes...

UYURQUI, *interrumpiendo*:— Y antes que viniese el día y se fuese la noche, fue él, el misterioso. Yo le dije entonces, poseído de re-

pentino e inexplicable malestar: ¡Aléjate! ¡Es mejor! Ya está clareando el día. ¡El sol puede enfadarse a tu vista, y del lugar manchado por tus plantas brotarían malas yerbas, a cuyo aliento se pudrirían las murallas del Cuzco, se formarían pantanos en el reino, morirían los coraquenques, se secaría el Huatanay, arderían los sembríos, la roña devoraría los graneros y, en los futuros chacus, en vez de las alpacas del Inti, vendrían cóndores negros, portando en sus garras el caos y las tinieblas!... ¡Aléjate de prisa! Tu voz —llanto o canción— es venenosa como la sangre de los niños abortados... (*Un gran silencio sigue a las palabras de Uyurqui*)

AUQUI 6:— Nadie llora cantando. Nadie canta llorando. Debió, pura y simplemente, ser un canto.

TODOS, *levantando sus vasos en un brindis*:— ¡Un canto! ¡Un canto! ¡Un canto! ¡Por la virgen! ¡Por sus nupcias! ¡Por su prole! (*Beben*)

AUQUI 7, *el más viejo de los asistentes, de pie, sacerdotal, en un encantamiento*:— ¡Himno a la sangre!...

TODOS, *de pie, en coro*:— ¡Viracocha, principio de los gérmenes!

AUQUI 7:— ¡Que los maridos engendren ayllus sanos, vigorosos; que las mujeres paran reinos organizados, florecientes!

TODOS:— ¡Viracocha, principio de los testes y los vientres!

AUQUI 7:— ¡Que los vástagos crezcan, respiren, trabajen, piensen, amen, procreen y perezcan!

TODOS:— ¡Viracocha, principio de la cabeza del cuerpo, fin de los pies del alma! (*Pausa de unción profunda. Kaura avanza, ágil, sonriente y se coloca delante del dolmen, siempre frente al público. El auqui del encantamiento se aproxima a ella y, poniendo las manos sobre la cabeza de la ñusta —ambos inclinados mirando al suelo— hace una invocación en alta voz al dolmen. La asistencia escucha, de pie, mirando al monolito*)

AUQUI 7:— ¡Guijarro tutelar, padre del polvo, abuelo de la piedra, dios del hogar! ¡Esta es la nueva virgen que te ofrece la Parejal! (*Corto silencio*) ¿Es su signo un lucero de la mañana, un gran río tranquilo, una espiga, un mamífero?... ¿Dónde pondrá la sien en su cansancio? ¿Dónde hallará la ruta en su breñal? ¿Dónde, para su

entraña, el hijo de los hijos?... (Corto silencio. Un auqui y una sipacoya se toman de la mano y, haciendo un arco de ellas, vanse por el foro, ella de espaldas al dolmen, él con los ojos fijos en la piedra; desaparecen en la arboleda)

PRIMERA VOZ DE HOMBRE, invisible:— ¡Yo te daré, núbil doncella, la puerta de tu casa!

PRIMERA VOZ DE MUJER, invisible:— ¡No la abras ni la cierres: entórnala, mujer! (Vase la pareja de la misma manera que la anterior)

SEGUNDA VOZ DE HOMBRE, invisible:— ¡Yo te daré una lámpara de arcilla!

SEGUNDA VOZ DE MUJER, invisible:— ¡Enciéndela a los ojos de los otros; apágala a los de tu amado! (Otra pareja)

TERCERA VOZ DE HOMBRE, invisible:— ¡Yo admiraré la salud y hermosura de tus vástagos!

TERCERA VOZ DE MUJER, es un sollozo. (Sobresalto y emoción en los personajes que quedan en la escena. El auqui del encantamiento levanta los ojos. Todos miran en torno con gran ansiedad. Un rumor de viento viene de la arboleda, crece, retumba)

AUQUI 7:— ¡El viento! ¡El signo de la virgen es el viento! (Vuelven de la arboleda las parejas y todos empiezan a bailar y a cantar. Se paran. El auqui 7 exclama) ¡Cae la noche! ¡Acechan las malas sombras! ¡Danzad! ¡Cantad! ¡Alejadlas con ruido y movimiento! (Poco a poco las parejas se dispersan y desaparecen de la escena, donde no queda, al fin, más que Kaura, en la creciente oscuridad de la noche. Inmóvil, junto al dolmen, ella sonríe)

KAURA:— Yo también, he oído, al amanecer, cantar o llorar al que pasó... No fue una visión... (Ocultando el rostro y destrozando algunas hojas de las que la adornan) El padre se pregunta si era canto o era lloro, pero sé yo que era un canto que lloraba y un llanto que cantaba, voz arrobadora que ha dejado en mis oídos un rastro inefable...

MAMA PAYO, apareciendo por el foro:— No es bueno, criatura, quedarse sola con el dolmen este día. Las almas de los antepasados

cruzan bajo la tierra tutelar, imperceptibles, de puntillas, y si los seres que amaron mucho en este mundo exhalan en torno de la virgen núbil perfumes bienhechores, los hay, aquellos que habitó el odio en la tierra, que la acedían con hechizos infernales. Ven... Vámonos... Prudencia, criatura... *(Mama Payo la toma del brazo y las dos se van por el foro. Pausa... Angustiado, aparece Tolpor, ¿en busca de Kaura? Escucha, torna, espera; y otra vez torna, escucha... Silencio y sólo silencio... Caviloso, triste, lento, se aleja, desaparece)*

TELON

ACTO SEGUNDO

Cuadro Séptimo

Cabaña de Tolpor, al atardecer, en los alrededores del Cuzco. A la derecha, puerta abierta a la calle. Okawa está ocupada en tatuar, con un punzón de cobre candente unos platos de madera, canturreando o comentando por momentos su labor. Un pequeño hogar arde a su lado.

OKAWA, *considerando el dibujo que acaba de hacer en un plato*:— Cabeza de venado bien derecha. Como mirando lejos, al fondo de un país desconocido. ¡Ya!... (*Toma otro plato y canta. Tras un instante, considerándolo en alto*) ¡Qué amarillo tan extraño! ni oca dulce ni mashua amarga. ¿Pecho de vicuña salvaje?... Tampoco. Se diría... se diría tamarindo macerado. O más bien, color de camino polvoriento, abandonado bajo el sol... (*Toma otro plato*)

VOZ DE MAMA CUSI, *desde el fondo de la escena*:— ¡Date prisa, Okawa

OKAWA, *hablando para sí*:— ¿Tantos platos para qué? Plato que sobra —dice el proverbio— es boca de un ausente que no come. (*Alzando la voz*) Madre, ¿cómo son los platos en que yantan las vírgenes del Sol?

VOZ DE MAMA CUSI:— Los hay blancos, morados, lapislázuli... tatuados en el fondo de figuras misteriosas.

OKAWA, *para sí*:— Y el plato de la carne es negro y no tiene figuras.
VOZ DE MAMA CUSI:— Ve si viene el extranjero, Okawa. (*Okawa va corriendo a la puerta de la calle y mira hacia afuera*)

OKAWA, *retornando a su labor*:— Ni noticia, madre. (*Luego, soñadora, para sí*) Y el plato de la leche es una lámina de oro. Alrededor, hay incrustadas, figuras sacerdotales de caoba. Mas el plato de la fruta nadie lo conoce. (*Cesando de trabajar, cavilosa*) ¿La guayaba, de color chirimoya, la lima, de fragancia de manzana, cómo serán servidos en el plato que nadie ha visto nunca?... (*Se queda un momento pensativa y luego reanuda premiosa su labor, murmurando*) Y en cuanto a los vasos... Las vírgenes no saben lo que son vasos. Ellas liban en keros. Unos keros desnudos, sin grabados, sin colores:— keros tristes... (*Silencio. De pronto, Okawa lanza un grito y alza los ojos al cielo, apartando bruscamente el plato que tatua-ba*) ¡Madre! ¡Madre! ¡Los pumas imperiales!

MAMA CUSI, *viniedo del fondo, llena de ansiedad*:— ¿Los has oído? ¿Tú también no?

OKAWA:— ¡Chut!... (*Ambas escuchan. Tolpor viene por el fondo y también escucha. Okawa en un nuevo sobresalto*) ¡Otra vez!

MAMA CUSI:— ¡Sí, sí! (*Vuelven a escuchar*)

TOLPOR, *fatal*:— ¡Por fin! ¡Mañana, al rayar el alba!... (*Okawa corre a la puerta de la calle y mira, ansiosa, hacia afuera*)

MAMA CUSI, *impaciente*:— ¿No acaba de venir el extranjero? ¿Qué sucede?

TOLPOR, *inmóvil, sombrío*:— La guerra será larga. Unas diez lunas. Sin contar dos de ida y dos de vuelta.

MAMA CUSI:— ¿Okawa, viene?

OKAWA, *apartándose de la puerta*:— No... Pasa gente... mucha gente... Mozos con ramos de siempre vivas... (*Se ve en efecto cruzar por la calle grupos de hombres y mujeres en gran efervescencia* Mama Cusi, Tolpor y Okawa observan las afueras)

MAMA CUSI:— ya vendrá, paciencia.

OKAWA:— ¡Un huaraca, mamá! ¿Lo ves, Tolpor? ¡Otro! ¡Otro!...

¡Todas las madres! Una va corriendo con un llauto de plata en las manos.

TOLPOR:— La hora de concentración en los tambos y cuarteles es la primera estrella de la aurora. Partiré... triste... sangrando... envenenado... (*Va y viene*)

OKAWA, *sin despegar los ojos de la calle*:— ¡Ojotas! ¡Fajas verdes! ¡Más ojotas. (*A Tolpor*) Y las tuyas, ¿dónde están?

TOLPOR:— Las tiene Sallcupar. Las de algodón.

MAMA CUSI:— Las de cuero y las de lana, están tendidas en el techo desde ayer, esperando los excrementos de los pájaros de paso.

TOLPOR:— Amar a una princesa... mal extraño... extraño sentimiento...

MAMA CUSI:— No desesperes. Cálmate... partirás curado. Y la cuña de tu hacha de guerrero, cuando vuelva, reemplazará en la viga del hogar al arado tutelar del padre muerto... (*Un anciano con cara y aire de extranjero, con un tamborcito colgado a la cintura, aparece en el umbral de la puerta de la calle*)

OKAWA:— ¡Pucutur! ¡El extranjero!

EXTRANJERO:— Se aleja el equinoccio. La luz crepuscular se dilata en las colinas.

MAMA CUSI:— El ejército del Sol parte mañana.

TOLPOR:— Sí. Los honderos y los hacheros, con la noche; al venir el día, los arqueros, lanceros y animales de batalla. (*Avanzan hacia él en el centro de la escena*)

EXTRANJERO, *observando el cielo*:— Un tamaño ha sido dado a cada cielo. Cada ayllu tiene un cielo, y cada rey, y cada hombre.

TOLPOR:— Mi cabeza, extranjero, ha perdido su cielo; está sin cielo.

EXTRANJERO:— Y cielos hay muy grandes como solios, y otros, breves como puquios.

MAMA CUSI, *con fervor*:— ¡El cielo del Tahuantinsuyo es inconmensurable!

EXTRANJERO:— ¡Inconmensurable!... Pero ¿habéis observado que el pueblo, al rugido de los pumas imperiales, anunciando la expedición, no ha mostrado entusiasmo en las calles? El Iris ha pasado por la plaza de la Alegría; un grupo de jóvenes guerreros lo llevan, seguidos de una muchedumbre...

TOLPOR:— ¿Y el pueblo ha mostrado indiferencia?

EXTRANJERO:— Sí... una extraña indiferencia. Ni un vitor, ni un aplauso. Las mujeres y los niños, asomados a las puertas, han contemplado fríamente el estandarte. Algunas ancianas han atravesado la calzada y han dado a beber a los guerreros unos tragos de chicha o han llevado a su boca algunos granos de maíz...

MAMA CUSI:— La campaña es lejana; las punas, escarpadas, insalubres...

EXTRANJERO:— Un turbio silencio por doquiera. Al desaparecer los futuros expedicionarios en el fondo del Hanai-Cuzco, una anciana se ha puesto a llorar. (*Cambiando de tono*) Vamos allá; en lo que toca al caso de este joven, (*habla a Tolpor*) no oculto mi sorpresa de ver que entre vosotros es crimen y pecado en un hombre del ayllu amar a una ñusta, coya o sipacoya. Entre los shiras, no: el mismo Rayo fecunda a vírgenes de la gleba y humildes alfareros a las hijas de los grandes sacerdotes. Y asimismo, hasta el viejo Viracocha, quien enciende vidas incontables en la carne glacial de lagartijas y de iguanas, con mozas sin linaje ni estirpe.

TOLPOR:— ¿Qué vas a decirme, tú extranjero? Obsérvame andar, ¿qué podrás encontrar en mis pasos que pueda esclarecer ante el amauta, lo que mi madre misma desconoce? ¿Cómo y por qué se quiere, fuesen quienes fueran, el ser a quien se quiere y el que quiere? Sallcupar, por desgracia, con tu parecer o sin él, no lo sabrá jamás.

EXTRANJERO, tomando de la mano a Tolpor, vase por la puerta de la calle:— Ven, sígueme. El amauta nos espera.

TELON

Cuadro Octavo

Una estancia en casa del amaute Sallcupar. Crepúsculo. Silencio. VOZ DE SALLCUPAR. *salmodiante*:— ¡Una constante imagen viaja en lo más alto de su pensamiento: la imagen de la ñusta! ¡Una constante nota vibra en sus oídos: la voz de la princesa!... ¡Tolpor avanza entre la multitud, como llevado en alas de esa voz y en los rayos de luz de aquella imagen! ¡Una sombra le sigue: el remordimiento de amar a una ñusta!... (Pausa) ¡Un lugar hay en el mundo, al que nunca llegará el pie del hombre! ¿Cuál es ese lugar? ¿Dónde se halla ese lugar?... ¡Hay una ley también por descubrir para la dicha plena de este mundo! ¿Cuál es esa ley? ¿Dónde encontrarla? ¿Cómo dar con ella?... ¡Incógnitas! ¡Incógnitas! ¡Incógnitas!... (Silencio. De pronto, un rayo del sol poniente entra y enciende una pequeña antorcha, segundo término derecha de la escena; un segundo rayo entra por otro lado y enciende otra antorcha al centro, y un tercero, otra, a la izquierda. Iluminada así la estancia, se descubre en ella una decoración severa y esquemática. Un juego circular de ventanas trapeziales, abiertas al cielo. Las antorchas que acaban de encenderse, aparecen colocadas sobre tres gruesas columnas truncadas, hechas de tallos de árboles, blancas y de una altura un tanto superior a la estatura de una persona. La estancia continúa y se pierde por la izquierda de la escena; al desaparecer, el plafón sostiene, colgado a media altura, un gran disco de cobre a modo de campana. Sallcupar aparece sentado en el suelo, al pie del disco,

de perfil al público y mirando a la izquierda de la escena. Pausa. Un tamborcillo empieza a sonar, lento, rítmico, monótono, lejano.

CHASQUI BLANCO, *por la derecha con una bandeja negra*:— ¡No matar! ¡No mentir! ¡No estar ocioso! (*Se detiene junto a la antorcha del centro y se inclina ante Sallcupar*) En mi bandeja traigo un camino... Un trozo de camino... hallado en el rincón de una prisión. Partí con el alba y llego con la noche... He caminado, me he cansado y he vuelto a caminar... ¿qué otra cosa podría yo traerle padre, sino un camino...?

SALLCUPAR:— Apaga para verlo. ¿Es un camino? (*El chasqui apaga la antorcha del centro y el amaute se cubre los ojos con ambas manos. Pausa, durante la cual tan sólo se oye a lo lejos el tambor. Un chasqui negro viene precipitadamente por la derecha y se detiene junto a la antorcha del mismo lado. Sallcupar, descubriéndose los ojos y mirando de nuevo hacia la izquierda del tablado*) Por encima de la multitud y de los altos molles que rodean la Intipampa, se alcanza a distinguir los andenes del cerro Huanacaure, el torreón de Salkamarca, algunas torrecillas de templos y palacios. La muchedumbre rebulle de pronto y un vasto rumor se escucha. ¿Son los arqueros que irrumpen, precediendo a un tiro de honda, el anda imperial?...

CHASQUI NEGRO:— No, padre. No son los arqueros imperiales. Es un joven que cruza la ciudad a paso rápido y ansioso... (*El tamborcillo sigue sonando y se acerca*)

SALLCUPAR:— Apaga para oírlo. (*El chasqui negro apaga la antorcha de la derecha y el tambor cesa de golpear. Silencio profundo*) Una nota... Una imagen... Una sombra... Una gran sombra... Y, a medida que atraviesa la ciudad, las dimensiones del mundo y de la vida se pelean su destino, como pájaros rapaces... (*Silencio. Luego, una queja dolorosa y aguda por la izquierda. Sallcupar poniéndose repentinamente de pie y sin despegar la vista de aquel lado de la escena*) ¿Quién?

UNA VOZ LEJANA, *musical, desolada, en decrescendo*: ¡La distancial... ¡La distancial... ¡La distancial...

CHASQUI NEGRO:— La distancia entre el fuego y la ceniza.

CHASQUI BLANCO:— La distancia entre el ojo y la mirada.

LA VOZ LEJANA:— Ni esa distancia ni la otra. Solamente la distancia entre los cuerpos caminando sin moverse eternamente. (*Vuelve a encenderse la antorcha del centro y el chasqui blanco la retira de la columna, pone a ésta por el suelo y coloca, a su lado, la antorcha, como junto a un cadáver*)

SALLCUPAR, *dirigiéndose a la voz*:— Te escucho. ¿De dónde viene así y a dónde va? ¿Qué ley le hace salir de nuestras leyes? ¿Qué signo hace su cuerpo al agitarse o reposar?... (*Corto silencio. Unos pasos se aproximan, presurosos. Vuelve a encenderse la antorcha de la derecha y el chasqui negro vase por el mismo lado. Cuando los pasos que vienen por este mismo extremo, van a desembocar en el tablado, Sallcupar vase a su turno por la izquierda*)

EXTRANJERO, *sin el tamborcillo, por la izquierda*:— ¡Chasqui! ¡Mensajero!

CHASQUI BLANCO, *avanzando a su encuentro*:— ¡Viracocha proteja a su pueblo!

EXTRANJERO:— ¿Qué costumbre es la vuestra, de saludar a un desconocido que llega a una morada, saliendo cuando él entra?

CHASQUI BLANCO:— Entre los quechuas, padre, los seres y las cosas se conocen de perfil: los vegetales vibrando; las plantas, de pie, inmóviles; los hombres, caminando. (*Inclinándose*) ¡Ama Sua! ¡Ama Llulla! ¡Ama Kella!

EXTRANJERO:— ¿El amauta me esperaba?

CHASQUI BLANCO:— El amauta esperaba a un extranjero.

EXTRANJERO:— Yo soy el extranjero.

CHASQUI BLANCO:— ¿Tu saludo? ¿Tu adiós? ¿Tu derrotero?

EXTRANJERO:— Del país de los grandes telares y de las cataratas. Gañán de oficio. Llevo siete solsticios en el Cuzco.

CHASQUI BLANCO:— ¡Extranjero: los templos carecen de sombra, bajo la luz solar de mediodía... (*Se inclina y vase por la izquierda. El extranjero, solo, observa en torno con curiosidad.*)

SALLCUPAR, *por la derecha*:— ¡Extranjero: los templos no carecen de sombra, bajo la luz solar de mediodía!

EXTRANJERO:— Sallcupar, el infalible: aquí están todos mis huesos, para que de ellos hagas una hoguera a cuyo fulgor te será dado ver si malicia, interés o presunción animan mis palabras. . .

SALLCUPAR, *perentorio*:— ¿Cómo este siervo ha concebido tal pasión?

EXTRANJERO:— He aquí mi dictamen de extranjero: no es él que fue a ella, ni ella a él. . .

SALLCUPAR:— ¿Cuántas veces ha visto a la princesa?

EXTRANJERO:— Muchas veces. De cerca; de lejos. . .

SALLCUPAR:— Le ha hablado alguna vez?

EXTRANJERO— Muy pocas veces. y de paso; así. . .

SALLCUPAR:— ¿Y ella? ¿Sabe que el siervo la ama?

EXTRANJERO:— Ni lo sospecha. Apenas si recuerda que él existe o que le ha visto alguna vez. ¿Tú la conoces?

SALLCUPAR:— La desconozco tanto como tú. Escucha extranjero: el cuerpo humano tiene dos mitades verticales; un abismo profundo las separa y, sin embargo, más cerca está una mano de la otra, que del pie del mismo lado.

EXTRANJERO:— ¡Luminoso aforismo, Sallcupar!

SALLCUPAR:— Ahora bien, en la escala de nuestra jerarquía social, como en la escala del organismo humano, hay el pie y la mano, el ayllu y la nobleza; lo que, trasladado al dominio del amor, significa que hay la vecindad y unión del hombre del ayllu con la mujer del ayllu, al ras del suelo, y arriba, la vecindad y unión del príncipe y la ñusta, del auqui y de la coya. . .

EXTRANJERO:— Es la norma sagrada entre los quechuas.

SALLCUPAR:— ¡Tolpor, al infringirla, anda inspirado y movido por el supay!

EXTRANJERO, *mirando al lado izquierdo de la escena*:— Viene suando frío, agitadoísimo, cubierto de una palidez mortal.

SALLCUPAR:— Ayer, daba señales de suma postración.

EXTRANJERO:— Sus ojos me dan miedo, bajo esa frente plana. sin alero, como hecha de un colmillo misterioso.

SALLCUPAR:— ¿Se frota, acaso, el cuerpo con sabandijas vivas?

EXTRANJERO, *mirando al lado izquierdo de la escena*:— A ratos, un mundo prodigioso le posee. A las preguntas que se le hace, da respuestas sin nexo ni sentido...

SALLCUPAR, *mirando igualmente al mismo lado del tablado*:— En las comisuras de sus labios, dejaban verse ayer espumarajos, y estiraba, por momentos, los brazos y las piernas, como haría en su lecho un moribundo.

EXTRANJERO:— El parche del tambor, cuando él andaba, ha emitido algo así como el rumor de una boa, que se enrosca a otra boa.

SALLCUPAR:— No se sabe, en resumen, el origen de su linaje. Unos dicen que sus ascendientes proceden de un país oriental, de más allá de Pacaretambu, la morada que amanece, el lugar de las cuatro dimensiones; otros refieren que vinieron de un imperio remoto, donde la Luz tiene su lecho nocturno. ¡Lamentable incertidumbre: que, caminando al pasado, se llega al porvenir!

EXTRANJERO:— Un olor mineral, áspero y fuerte, se exhala, por la noche, de las piedras de su casa...

SALLCUPAR, *tras de mirar el cielo por las ventanas, interrumpiendo*:— ¡Llamadle! ¡Llamadle! ¡Coronada de reptiles, la experiencia del hombre tiene el pecho de palomal... (El extranjero vase por la izquierda, Sallcupar, solo) ¿Qué decirles? ¿De qué barro amasar mi consejo?... La verde y amplia túnica, viste el cuerpo del amauta; el penacho septicolor cubre la cabeza de los héroes; la vestidura azul, con hilados de áloe en forma de rutilantes insectos, engalana a los pálidos y suaves arabicus; el manto de jaspeadas pieles de murciélago, cae, majestuosamente de los hombros de los incas, y su fina y graciosa falda, bordada con flecos policromos, ciñe voluptuosamente las caderas de las vírgenes del Sol... Trajes, empero, existen, que no van a nadie bien, que no visten cuerpo alguno; pasiones hay también, que no caben en razón alguna, que nada disculpa...

(Animándose) ¡Viracocha, eje del mundo! ¡Profundidad del agua! ¡Altura de la llama! ¡Arranca de los muros de plata de los templos, un reflejo de luz para mis ojos, y de sus muros de oro, un reflejo de luz para mi frente!... (Tolpor entra por la izquierda, con una expresión de pesadilla en su semblante; se detiene, a la entrada de la escena, clavando unos ojos deslumbrados en Sallcupar. El amauta le envuelve en una larga mirada compasiva. (Pausa)

TOLPOR, en un murmurio:— Una tortuga... Al atravesar el Hurin-Cuzco, he visto a unos niños arrastrar una tortuga con sus hondas.

SALLCUPAR, con voz suave, tranquila:— Entra. Pasa... (Tolpor avanza) Mira, sin temor ni recelo, en torno suyo. (Tolpor mira en torno) Es la mansión de las ideas. Las cosas son aquí claras, precisas; sus bordes, rotundos, definidos, (Tolpor parece nadar en las tinieblas). Es la casa en que nuestras pupilas alcanzan su máxima dilatación. (Y, como Tolpor mira por una de las ventanas) Esa ventana cae a las tierras volcánicas del Sumpe. (Señalando las otras ventanas) Las demás...

TOLPOR, mirando por una de ellas:— ¿Quién pasa por aquélla? (Da unos pasos, ansioso, hacia la ventana)

SALLCUPAR:— Por aquélla pasan los espesos ganados que se alejan. Y por ésta (Señalando otra ventana), los contados ganados que regresan.

TOLPOR, de pronto, mirando por una cuarta ventana, alucinado:— ¡Qué ve!... ¡Es su morada!... Es su morada. Allá, esa luz... (Se pasa la mano por los ojos)

SALLCUPAR:— En efecto. Es su morada. Ya te he dicho: las pupilas, aquí, alcanzan a mirar... (Tolpor lanza un sollozo. El amauta, en otro tono) El extranjero afirma que todo ha sido así: fuera de ti y fuera de ella...

TOLPOR, sollozando:— ¡Rawal... ¡Wirul...

SALLCUPAR:— ¡Arde la antorcha de cortezas, arde la antorcha de enjundia de avestruz y arde también la antorcha (Indica la que arde junto a la columna tumbada en el suelo) hecha de wausa, el terrible licor de doble esencia!

TOLPOR, *con repentina y salvaje rebeldía*:— No. ¡Ni yerro, ni crimen, ni pecado!... (*La antorcha de la izquierda se apaga*)

SALLCUPAR, *fatídico*:— ¡Cambia el curso el río: ciénagas, pantanos!

TOLPOR, *mirando por la ventana, como en éxtasis*:— ¡Hermosa ñusta!... ¡Pon tu rostro, una vez más, ante mis ojos! ¡Te contemplo! ¡Tú te vuelves... Lagunillas son las huellas ardientes de tus pasos; es húmedo tu olor; tus movimientos, uno a uno se encadenan, como perlas de aguacero; mojado está el rescoldo de tu fuego! ¡Aguá! ¡Fuego! ¡Nupcias!... (*La antorcha de la derecha se apaga*)

SALLCUPAR:— Tras la helada, una sola mazorca del sembrío quedó salva en su tallo... ya cayó... (*Con repentina severidad*) ¡Aparta, blasfemo! ¡Lejos!...

TOLPOR, *apartándose de la ventana, ccntrito*:— Padre, un extraño silencio reina afuera: tengo miedo.

SALLCUPAR:— Las dos se han apagado, las dos lámparas: aquella, con tu aliento; la otra, con el suyo... (*Un profundo y largo silencio*)

EXTRANJERO, *viniendo por la izquierda*:— ¡Amauta, adverso oráculo: en el tronco del árbol, han hecho nido hormigas venenosas! (*Silencio de muerte. Tolpor, ahora sombrío, mudo, vase por la derecha, paso a paso. Sallcupar y el extranjero permanecen inclinados*)

SALLCUPAR, *una vez que se ha marchado Tolpor*:— La piedra es la sustancia de la vida universal. ¡Dios de piedra es el Inti, hombres de piedra son los quechuas; animales y plantas son de piedra, y hasta las mismas piedras son de piedra!

EXTRANJERO, *volviendo a encender la antorcha de la derecha*:— Nadie debe marcharse en la penumbra: sabiduría cuarta de los shiras.

SALLCUPAR:—En una piedra, a veces, hay sepultada toda una ciudad. Otra piedra contiene el rayo, otra el eco, otra el olor de la vida, otra el olor de azufre de la muerte.

EXTRANJERO, *volviendo a encender la antorcha de la izquierda*:— Nadie debe quedarse en la penumbra: sabiduría quinta de los shiras.

SALLCUPAR:— Ciertas piedras calcáreas custodian los linderos de las tierras y reparten el agua entre los pueblos.

EXTRANJERO:— En los desfiladeros de mi tierra, sentadas aquí y allá, milenarias, cavilosas, hay las piedras hilanderas, hilando día y noche para el ayllu.

SALLCUPAR:— ¡Una piedra diabólica hay en él! ¡Una piedra redonda! ¡Una de aquellas piedras en que hacen nido ciertos pájaros fatales! ¡Le he sondeado y me ha sondeado —que el estudio del prójimo es incompleto, si no va refrendado del estudio de sí mismo—; le he sondeado y me ha sondeado: está perdido... ¡Es su pasión candela del averno: sólo podrá apagarla el mismo diablo! (*Un ademán, que lo da todo por terminado*).

EXTRANJERO, *enderezando la columna del centro y poniendo sobre ella la tercera antorcha*:— ¡Viracocha proteja a su raza! (*Un agudo tañido emite el disco de cobre*)

SALLCUPAR, *prestando el oído al disco*:— Han chirriado las puertas. ¿Has oído?

EXTRANJERO:— Ha sido una campana. Lo he oído.

SALLCUPAR:— Las campanas son las puertas que se cierran, extranjero. ¡Noche sorda! ¡Adversidades! ¡Ama Sua! ¡Ama Llulla! ¡Ama Kella!

EXTRANJERO:— ¡Piedrecillas piadosas! ¡Briznas verdes! ¡Gritos tutelares!... (*Vase por la izquierda. Pausa. Un chasqui rojo cruza de derecha a izquierda, llevando, izadas en alto, en la cuña de un hacha, las ojotas de Tolpor*)

SALLCUPAR, *en un lamento*:— ¡Place a las siete víboras rebeldes, que una mano ignore lo que hace la otra mano!...

TELON

Cuadro Noveno

En casa de Uyurqui, en Tampumachay. Claro de luna. Escalinata de piedra, al centro de la escena, comunicando el piso bajo con un pequeño torreón. Al fondo, a izquierda y a derecha, corredores y habitaciones.

MAMA PAYO:— Ya es tiempo de reposarse, hijita. Esta vez, sí, a descansar. . .

KAURA, ORUYA:— Bueno, mama. Wajnoskaman. (*Mama Payo va por la derecha y desaparece. Pausa. Kaura da unos pasos agitada. Oruya la observa*)

ORUYA:— Kaura, ¿qué tienes? (*Kaura cruza la escena y entra en una de las habitaciones del fondo. Oruya la sigue. La escena queda desierta. Pausa. Al cabo de unos instantes, Kaura, taciturna, crispada, sale de la habitación. Está ya en traje de dormir. Un gran desasosiego la posee; da unos pasos; reflexiona. Va a mirar por la derecha, el claro de luna en los jardines*)

KAURA:— La cuenca se ennegrece. . . Un arriero va por el abra de las tunas; lo oigo gritar a sus acémilas. . . (*En un ruego desgarrado*) ¡Viracocha, protege a tu raza! . . . (*Sigue mirando el valle. Después, abatida, paso a paso, retorna a su habitación. Una larga pausa. Tolpor entra en puntillas y como sonámbulo, por la izquierda; se detiene en el centro de la escena, atisba, escucha. Abre cautelosamente la puerta de la habitación de la ñusta y entra en ella*)

TELON

... el tiempo de la noche...
... y una vez más...

... y una vez más...
... y una vez más...

... y una vez más...
... y una vez más...
... y una vez más...

En casa de Urupul en Japponichan. Claro de luna. En la
luz de la plaza al centro de la escuela. Comunicado el día
pasa con un pequeño torcedo. Al fondo a gran sala y a derecha
corredores y habitaciones.

MAMA PAYO:— Ya es tiempo de reposar. ¡Esta vez! ¡A
descansar!

KAURA ORUYA:— Bueno mamá. Wankakann (Mama Payo) por
por la derecha y habitación. Pasa. Kaura da una buena dentada.
Oruga la observa)

ORUYA:— Kaura, ¿qué tienes? Kaura cruza la escena y está en
una de las habitaciones del fondo. Oruga la sigue. En escena por
de derecha. Pasa. Al lado de una ventana. Kaura, en primer plano,
pasa, sale de la habitación. Está ya en todo el fondo. En gran
distancia la posea: da una pose; respalda. Va a salir por la
derecha; se detiene de nuevo en las habitaciones...

KAURA:— La copera se cubre. Un minuto va por el lado de
las tinas; se dirige a sus cosas. (En un cargo desgranado)
Vincosa protege a su rival. (Siguió mirando el valle. Después,
abierta, pasa a pasar, retorna a su habitación. En larga pausa. Vol-
por salir en puntillas y como sonriendo, por la izquierda; se detie-
ne en el centro de la escena, al lado, escucha. After completamente
la puerta de la habitación de la niña y entra en ella)

TELÓN

ACTO TERCERO

Cuadro Décimo

Huerta en Tullpac, región de los huaylas. Mañana de sol ardiente. Paz campesina. Puerta abierta al camino real, primer término, derecha; al fondo izquierda, se adivina una cabaña. Rumor de fiesta en torno a la cabaña; cantos, danzas, risas juveniles. Por momentos, rondas jubilosas dispérsanse entre los árboles. Kaura y Ontalla están hilando, sentadas en el césped.

Los Uyurqui, pobres, en desgracia, viven en la región desde algún tiempo.

KAURA:— ¡Y yo le vi! Pretenden que me engaño. ¡Yo le vi! Acaba yo de volver de la terraza. Un gran silencio reinaba en el palacio. Siempre agitada por la idea de la expedición que yo juzgaba injusta, contra los kobras que serían sometidos de grado o a la fuerza a nuestras armas, recostada en mi lecho, no dormía. Un cansancio profundo, un inmenso desaliento iba envolviéndome en un sopor poblado de fantasmas de la guerra. Era el tiempo en que aún no me daba cuenta de que yo no he nacido para un hombre, sino para los hombres; de que todo ese estado de espíritu sentimental, vago, sin forma ni objeto precisos, en que me debato, no es otra cosa que la expresión de un amor entrañable y universal por toda la humanidad. Entonces, como ahora, no me interesaba ningún individuo en particular. La idea del matrimonio era completamente extraña a mi na-

turala, y como ahora te decía, lo único que despertaba en mi corazón simpatía, pasión de todos mis días, era la vida solitaria de las gentes, de los ayllus, de la comunidad entera...

ONTALLA:— Es lo que siempre he pensado, Kaura. En ti se ha perdido una mujer excepcional...

KAURA:— Eso lo ignoro, Ontalla. Sólo sé que nada me atraía tanto como las vastas empresas del reino, las vicisitudes de la vida de los pueblos, en fin, los grandes acontecimientos del Imperio. (*Volviendo al hilo de sus pensamientos*) Y, repito, ¡yo le vi! Estoy segura. Oí de pronto unos pasos apagados que se acercaban. La luna, cayendo sobre lo alto de los muros, sumía la parte baja del dormitorio en una semi-oscuridad. Luego, me pareció ver recortarse una sombra en la puerta...

ONTALLA:— Ya soñabas. Era un sueño. De otro modo no se explica como no gritaste, no pediste auxilio.

KAURA:— Se detuvo en medio de la habitación, como si tratase de ver claro. Llegó hasta la cama de Oruya... y oí un brusco rumor de ropas... y luego le vi salir, escurriéndose, como había entrado...

ONTALLA:— Que hayas visto al asesino, no diré, que no. Pero le viste ya, a mitad dormida y mezclado a tu sueño.

KAURA, *absorta en la siniestra evocación*:— Y no puedo recordar más... Cuando la madre acudió, pidiendo auxilio, fueron los gritos que me despertaron...

ONTALLA:— ¡Pobre Oruya! ¡Estrangulada!... ¿Por qué? ¿Por quién? ¿Habrá sido un loco?

UNA ANCIANA, *asomándose a la puerta del camino*:— ¿Qué sucede, vecinos? ¿Por qué tanto golgorio? ¿Hay entierro? ¿Chicha verde (*Atisba, escucha y se va*)

UN ANCIANO, *dejándose ver del lado de la cabaña, a la farándula invisible*:— ¡La primera papa del año, hela en mis manos!

LA FARANDULA, *en coro*:— ¡Adoremos a la papa y el maíz!

ANCIANO:— ¡Hay que celebrarla! ¡Contemplantarla! ¡Es morada con pintas amarillas! ¡Qué buena!

LA FARANDULA:— ¡Dancemos! ¡Dancemos! ¡Todos con una flor del papal en los labios!

ANCIANO:— Alabemos la mata, rociándola de chicha.

LA FARANDULA:— Cantemos la balada del arado.

UNA VOZ:— Papa morada, signo de mendigo.

OTRA VOZ:— ¿Signo de mendigo? ¡Mal agüero!

VOCES:— ¡Al contrario! ¡Mendigo es buen presagio!

LA FARANDULA:— ¡Dancemos! ¡Cantemos! ¡Alabemos a la papa morada! (*Un chasqui se asoma a la puerta del camino*)

CHASQUI:— ¡No matar! ¡No mentir! ¡No estar ocioso! Tengo sed: un vaso de agua...

ONTALLA:— Un chasqui. (*Al chasqui*) Entra. Vayas o vengas, el polvo del camino te acompañe. (*Se apresura a traerle de beber*)

CHASQUI:— Asociadme a la alegría de vuestra morada. ¿Quipuchica? (*Viene, corriendo, por el foro, Huacopa*)

KAURA, *al chasqui*:— No. La primera papa del año... ¡Es morada! Pasará, según parece, un mendigo por el ayllu. (*El chasqui bebe*)

HUACOPA, *acercándose al chasqui*:— Eso dicen. No se sabe a ciencia cierta. Diez veces treinta lunas tengo y nunca he visto un mendigo... ¿Has visto tú, alguno, chasqui? (*Ontalla y Kaura siguen hilando, sumidas en sus reflexiones*)

CHASQUI:— No. Nunca. Dicen los villacs que los viejos traen abundancia; los jóvenes, conquistas; y los adolescentes, una gran natalidad. A veces son ciegos, sordos, penetrados de ideas raras y de pasiones misteriosas.

HUACOPA:— ¿Y qué dicen? ¿De dónde vienen?

CHASQUI:— Una vez, mi abuelo vio un mendigo, parado en una peña, al venir la noche. Era de una gran hermosura, fuerte, alto, en plena juventud; tenía en su rostro una expresión de felicidad impresionante. Era rubio y sus ojos profundos de viajero estaban como perdidos en un sueño.

HUACOPA:— ¿Y qué le dijo a tu abuelo?

CHASQUI:— Nada. De pronto desapareció de la peña. Cuando mi abuelo se aproximó, se alejó entre las piedras, como si andase en el viento.

HUACOPA:— Se cuenta que ellos llevan a las comunidades y a los pueblos, una especie de bendición secreta de los dioses.

CHASQUI:— Hay gentes que, una vez que han visto un mendigo, les queda para siempre una perenne gana de llorar. En todo caso, los mendigos carecen de parientes, ocultan el lugar donde nacieron y hasta se afirma que no son seres normales como el común de los quechuas, sino que son “dobles” de personas ausentes en trance de morir. “Dobles”, “triples” o “céntuplos”, ya que, como tú sabes, cuando morimos, el hombre se multiplica en innumerables criaturas, que se esparcen en todas direcciones por el mundo. (*Bebe otros tragos de agua*)

HUACOPA:— ¿Qué buscan? ¿Qué persiguen?

CHASQUI:— Precisamente, nadie sabe lo que buscan o persiguen los mendigos. (*En ademán de irse*) ¡Reverdezca la planta de tu puerta!..

HUACOPA:— Que el polvo del camino te acompañe. (*El chasqui vase. Del lado de la cabaña, llegan ahora lejanos, los rumores de alegría*)

UNA VOZ, de más allá de la cabaña:— ¡Huacopa! ¿Dónde estás? Vamos al río.

HUACOPA, yéndose por la izquierda:— ¡Esperadme! ¿Quién toca mi pututo?... (*Pausa*)

ONTALLA, dejando a un lado su labor y extasiándose en la contemplación del cielo:— ¡Profundidad del cielo de los huaylas! ¡Qué hermosura!.. Cuenta el padre que en Rajchi, el intiwatana tiene una columna que toca con su punta el cielo. En tiempos ya remotos, una vez, durante un temblor, al moverse la columna, quebró con su punta el cielo, haciéndolo pedazos. Todavía hoy se ve en la comarca fragmentos por el suelo; la gente los llama lagunas encantadas. Hay quienes, para cerciorarse, han puesto el pie y han encontrado que es duro y resbaloso... ¿En qué piensas? ¡Kaura!..

KAURA, *también mirando el cielo*:— Me parece estar viendo la ladera de Wajojto. Abajo, en la margen del río, habían naranjales y membrillos. Y luego, más allá, tras un meandro, una inmensa hondanada, de vertientes abruptas. Un grito resonaba del peñón, de cueva en cueva, al infinito... Un día pudimos contar que el eco respondía ochentas veces, hasta morir en un rumor levísimo, alargado...

ONTALLA, *pensativa*:— ¡Quién nos lo habría dicho! ¡Destronado Lloque Yupanqui, desposeída y arrojada la nobleza, entronizada la anarquía en el Imperio!... Unas cuantas lunas han bastado para tamaño terremoto social. Sin duda, en la fruta moraba ya el gusano; los primeros fracasos de la expedición contra los kobras —expedición absurda, improvisada y emprendida contra la voluntad del pueblo— ha hecho el resto. Las intrigas de la corte, las excentricidades y caprichos personales del Inca, prepararon el desastre que la descomposición latente del ejército y las rivalidades de sus jefes, no han hecho más que precipitar...

KAURA:— Un raimi va a hacer ya de aquel motín. Revuelta infame, concebida únicamente contra la dinastía. ¿En nombre de qué causa nacional?

ONTALLA:— Pero esto no irá lejos. Lloque Yupanqui volverá al poder. Todo depende del resultado final de la expedición, cuyos fracasos, después de todo, no son sino incidentes momentáneos. Si, a la larga, ella acaba bien, antes del equinoccio, estaremos de nuevo en la corte.

KAURA:— Lo dudo mucho, Ontalla.

ONTALLA:— Entre tanto, paciencia, amiga mía. Soportemos el exilio y la desgracia. Suframos y esperemos. (*Vuelve a su rueda*) Y sobre todo, cuidemos nuestro incógnito.

KAURA:— Y luego, aún suponiendo que volviésemos a la posesión de nuestros bienes y prerrogativas, un dolor irremediable, una herida sin fondo, seguirá siempre abierta en nuestros corazones: la muerte de Oruya. El recuerdo de la noche de su muerte, lo llevo bien grabado en mi memoria. Más aún: a medida que pasa el tiempo, cuando pienso en esa noche, me parece que en el centro del recuerdo, la sombra del asesino, que yo estoy bien segura de haber visto,

va dibujándose, precisándose animándose y adquiriendo algo así como los contornos de una silueta extraña, conocida... que yo creo haber visto en otra época... (*Como hundida en la contemplación de una visión*) Es una pesadilla... una obsesión... un... (*Volviendo, horrorizada, la cara y refugiándose en Ontalla*) ¡Ontalla! ¡Ahí está! ¡Ahí está!...

ONTALLA:— ¡Otra vez, Kaura, ese fantasma!... (*La abraza*) ¡No es más que un fantasma!

KAURA:— Es una sombra. Ahora mismo, he visto su mirada. Una mirada sin ojos...

ONTALLA:— Todo eso lo comprendo, pero ello no impide que hay que reaccionar y ser sensata. (*Tomándola de pronto por la mano*) ¡Ven, kaura! ¡Ven! ¡Ven conmigo! (*La lleva precipitadamente por el foro*) ¡Respiremos!... ¡Aire! ¡Aire! ¡Aire!... (*Vanse. Un coro juvenil se oye a lo lejos. Dos campesinos entran por la puerta del camino*)

CAMPESINO PRIMERO:— Si un Inca fuese un dios o el hijo de Viracocha, ¿cómo explicarse que Lloque Yupanqui haya sido destronado por hombres tan corrientes como nosotros, ambiciosos y llenos de defectos, como la generalidad de las gentes?

CAMPESINO 2:— Es lo que me digo yo. (*Cruzan de izquierda a derecha absortos en su conversación*)

CAMPESINO PRIMERO:— En buena cuenta, nadie sabe ahora quién gobierna a los quechuas. Hoy hay un Inca, mañana otro o varios a la vez. ¿Serán todos ellos dioses o hijos de Viracocha? Y si vuelve Lloque Yupanqui al trono, como dicen que volverá, ¿de nuevo será dios o hijo de Viracocha? ¿En qué quedamos?

CAMPESINO 2:— Los designios del Inti son impenetrables. Todos somos sus hijos y, en cierto modo, todos somos dioses. (*Vanse por la derecha*)

TELON

Cuadro Undécimo

En la Intipampa. Noche. Muchedumbre. Efervescencia. .

QUECHUA PRIMERO:— El dios de la centella está enfadado. Así lo dice el oráculo. Un horrorífico sacudimiento de tierra han anunciado sacerdotes y adivinos. Volved a vuestros hogares y matad, sin demora, cuantas tórtolas podáis.

MUJER PRIMERA:— Encaminaos, antes, a los templos, a las huacas y ofreced a Viracocha, como exvotos, objetos de plata y cobre, puñados de tierra y pintadas piedrecillas.

MUJER 2:— Agolpadas al umbral de sus viviendas, las mujeres, para ahuyentar el mal, deben echar al viento, como lo hacen para ahuyentar la lluvia, sus cabelleras libres, desgredadas.

MUJER 3:— Pero, en suma, ¿cuál es, según los villacs, la causa de la cólera divina?

QUECHUA 2:— ¡Algunas esposas han dado a luz criaturas abortadas!

QUECHUA 3:— ¡Una doncella del templo de las Escogidas, ha salido enloquecida y se ha arrojado al Huatanay!

MUJER 4:— Los niños, como poseídos del supay, gimen y se debaten, arañando los senos maternos.

PIRUC PRIMERO:— Multitud piadosa, oíd: las nubes de la tarde han sido extrañas...

LA MULTITUD:— ¡Señales en el cielo: desgracias en la tierra!

PIRUC PRIMERO, *continuando*:— Las nubes de la tarde han sido extrañas, es verdad. . . al cerrar la noche, una candela ha sido distinguida por el lado de las tierras labrantías de Senca, a una gran distancia. Esperamos la llegada del mensaje.

LA MULTITUD:— ¡La expedición fracasa! ¡Los guerreros del Sol mueren de frío! Los veteranos del Maule y de Atakama se batan en retirada. . .

PIRUC 2:— La hostil naturaleza, la defección de muchos tambos del tránsito y las flechas, emponzoñadas de sustancias desconocidas, de los kobras, detienen, por el momento, el avance de las armas imperiales. Sin embargo, el último mensaje anuncia encontrarse nuestro ejército en víspera de un nuevo y decisivo combate. . .

LA MULTITUD, *en un clamor*:— ¡Viracocha proteja a su pueblo!

PIRUC 2:— La batalla será cruenta, implacable. . .

LA MULTITUD:— ¡Vencedores o vencidos, gloria a los guerreros!

PIRUC 2:— ¡Esperamos noticias! ¡La raza del Sol es invencible!

PIRUC PRIMERO:— Entre tanto, dispersaos. Bebed un trago de los arroyos y arrojad unas gotas de chicha, dando papirotes al aire, en dirección del frente de batalla. Aquéllos de entre vosotros, que habitéis las campiñas, golpead, al arribar a los sembríos, las matas en flor, dando voces de alerta, apostrofando a los cometas apagados.

MUJER 5:— Los alcos, asustados, han aullado por el lado de Kazana. Se les ha azotado y han huido entre los matorrales, husmeando las piedras y rascando desesperadamente el suelo. . .

LA MULTITUD, *de pronto*:— ¡Un chasqui! ¡Un mensajero!

CHASQUI PRIMERO, *jadeante*:— ¡La conquista de los kobras queda consumada! . .

LA MULTITUD, *interrumpiendo*:— ¡Loor a los guerreros del Tahuantinsuyo! ¡Loor a las armas del Sol!

CHASQUI PRIMERO:— Quinientos mitimaes vienen uncidos a las andas victoriosas de los quechuas. . . Cuatrocientos hijos del Sol quedan establecidos en las mesetas conquistadas. Jamás el arrojado de los quechuas fue más grande. En el asedio de Chirmac, la ciudadela

kobra principal, la acción de los hacheros sobre todo, ha cubierto de sangre enemiga a las nieves perpetuas.

PIRUC:— Comunidades y ayllus, quemad, en acción de gracias a Viracocha, harina del maíz milagroso del Collao, al pie de los sillares de pórfido de los antepasados, en las conchas y caracoles domésticos y en todo hueco de pared, muralla, roca o montículo. En cuanto a las estatuas de animales, podéis liberarlas de todos los exvotos. ¡Ya lo veis: por los cuatro costados del reino, las fronterizas yerbas, como las pestañas de las vicuñas en pleno crecimiento, miran cada vez más allá... más allá, más allá!...

LA MULTITUD:— ¡Loor a los expedicionarios de los Andes! ¡Loor a los vencedores del Oriente! (*La multitud se dispersa*)

QUECHUA 4, *al chasqui*:— A tiempo llegaste. El pueblo empezaba a inquietarse. Las noticias, en suma, no eran halagüeñas.

CHASQUI PRIMERO:— ¡Nueve lunas! Mas juzguemos en razón: tan solo las peripecias del viaje, sin contar los estragos de los combates librados, han mermado considerablemente el empuje de las huestas. El solo escalonamiento del contrafuerte central, entre ventisqueros mortíferos, ha dejado tras sí más cadáveres que todos los encuentros con el enemigo.

QUECHUA 5:— No hablemos, naturalmente, de los cóndores y jaguares de guerra de los kobras, que según se dice, forman la vanguardia enemiga. ¡Cada cóndor es capaz de hacer frente a cuatro hombres, y cada jaguar, a siete!

QUECHUA 6:— ¡Otro chasqui! ¡Otro mensajero! ¿Qué sucede? (*La multitud refluye en medio de una gran confusión*)

LA MULTITUD:— ¡Ha mentido! ¡Que se le entierre vivo! ¡Un colahuata!

PIRUC PRIMERO:— ¡Dejadle hablar! Formula, mensajero, tu mensaje. ¿De dónde vienes? ¿Quién te envía?

CHASQUI 2:— La noticia viaja desde Chimac. Cuarenta chasquis y trece luminarias en los montes, la transmiten. (*La multitud escucha ansiosamente*) La envía el apusquepay, desde el mismo campo de batalla... (*El chasqui aceza y no puede proseguir*)

PIRUC 2:— ¡Habla! ¡Te arrancarán las uñas! ¿Qué más? ¿Te darás prisa?

CHASQUI 2:— Un soldado de la expedición, un simple hachero, de nombre Tolpor, ha sido el héroe de la toma de Chimac. (*Exclamaciones de estupor de la multitud*) No solamente ha sido el héroe de la última batalla, que ha puesto fin a la campaña, sino el héroe de todos los encuentros con el enemigo. (*Nuevas exclamaciones de estupor*) El valor, la audacia, la intrepidez del hachero, han despertado en el ejército del Sol entusiasmo y tan apasionada admiración, que, a esta hora, Tolpor es proclamado jefe supremo de las tropas en campaña y llevado en triunfo por el campo de los kobras, como un pequeño rey por sus dominios... (*La multitud, perpleja, se queda muda, mirando al chasqui*)

PIRUC PRIMERO, *al chasqui segundo*:— ¡Charlatán! ¡Sacrílego! (*A la multitud*) ¡Enterradle vivo!...

PIRUC 3, *al chasqui*:— ¡Eres un collahuata! ¡Ven aquí! ¡Muestra tu cabeza! ¡A ver! ¡A ver! ¡Descúbrete! (*El chasqui se descubre la cabeza, que un grupo de pirucs examina, en medio del silencio de la multitud*)

PIRUC 4:— No. No es un collahuata: la cabeza no lleva achatamiento, ni traza alguna de tablillas. Nativo es el frontal, los parietales. (*Mirándole en los ojos fijamente*) ¿Extranjero?... Tampoco.

CHASQUI 2:— Otras palabras sueltas he oído, a mi paso...

LA MULTITUD:— ¿Quién es Tolpor? ¡Dilo todo! ¿De qué ayllu es el hachero?

CHASQUI 2:— Se ignora quien es él y cual es su origen. Una cosa he oído murmurar, en medio de los gárrulos comentarios populares del tránsito, y esta cosa es que las hazañas del hachero se deben a un amuleto, consistente en la mano derecha de una momia enemiga, arrebatada por Tolpor de un templo kobra del tránsito.

PIRUC 2:— Por el contrario, las reliquias arrebatadas a los enemigos tullen el brazo usurpador.

CHASQUI 2:— Las tropas conquistadoras regresan. En el viento de la altura, llega a las quebradas, por instantes, el eco de los cuernos

triumfales, cada vez más cercanos y sonoros. Es una vibración muy singular, jamás oída: imaginad unos clarines, como hechos de cráneos de grandes mamíferos, a cuya dentadura vinieran atadas sargas móviles de pequeñas antaras de metal; al agitarse el aire dentro de ellos, un aullido famélico, se escucha. . .

LA MULTITUD, *en una explosión de entusiasmos*:— ¡Llor a Tolpor, el vencedor de los kobras! ¡Llor a las armas del Tahuantinsuyo! (*Un desbordamiento de júbilo estremece a la multitud, cuyo flujo y reflujo se hacen cada vez más intensos. Una marcha militar pasa a lo lejos*)

PIRUC PRIMERO:— ¡Ayllus y comunidades, originarios y mitimaes, la conquista de los kobras constituye, con la de los chimús, las dos hazañas mayores llevadas a cabo hasta aquí, por el ejército del Intil ¡Gloria y regocijo reemplacen al temor y a la zozobra en nuestros pechos! ¡Aprestad para los hombros de los héroes que vuelven, el algarrobo quechua y para el paladín de la victoria, la diadema del pueblo y los largos pendientes de curaka!

LA MULTITUD:— ¡Tolpor, el del hacha prepotente! ¡Tolpor, nueva cuña del reino! ¡Llor a ti, fama a tu brazo triunfador! (*La multitud entona el hailli*)

UN MIEMBRO DEL CONSEJO DE LOS ANCIANOS:— No es la primera vez que un oscuro hombre del pueblo, un simple siervo—sin la instrucción que recibe el noble, es verdad, pero dotado de cualidades naturales excepcionales— destaca su figura y se eleva a la gloria, al servicio del Imperio. La historia nos ofrece frecuentes ejemplos de este género: ora será un gañán, un pastor, un cantero, un centinela. . . Ello es que, sin remontar muy lejos en los anales quechuas, bajo el reinado de Pachacútec, la célebre expedición sobre los chachapoyas, que nos abrió la cuenca del bajo Marañón, fue obra de Arikayma, de un ayllu perdido en las mesetas contisuyas, zagal de oficio y llegado por su hazaña, a los honores de curaka de Shilay, general y príncipe del reino. Más atrás, bajo Mayta Capac, se recuerda al tejedor Subanan Kicha, conquistador de los huacrachucos; Ollavir, el pescador, llegado al gran quipucamayoc de la leyenda; Puku, el astrónomo, inventor del actual Kalasasaya, antiguo camarero de un curaka montañés; y, en fin, Untawara, el pacifica-

dor de los Ilivirus, trabajador humilde de las minas de Achu-pachi. Ahora es Tolpor, un albañil. ¿Quién le conoce? Nadie. Las raíces de la palabra Tolpor son, a lo que parece, titikakas. Ya veremos. Ya veremos. Por el momento, no nos es dable sino convenir en que los hombres, como las cosas, no valen más que por la función que desempeñan en tal o tal circunstancia de la vida. ¿Qué vale un grano de arena, en sí mismo? Nada. Caído en el ojo de un pintor, puede ser un desastre. ¿Qué vale una gota de agua, en sí misma? Nada. Caída en una chispa, puede evitar un incendio.

QUECHUA 8:— ¡La más experta y segura de las hondas no arroja más derecho su piedra!

EL ANCIANO:— ¿A qué altura coloca al vencedor de los kobras, su proeza? De pérdida, iba para pérdida la expedición. Mustios, acongojados, los quechuas, tras las últimas noticias, se daban a las peores conjeturas. Alguien ha hablado del enojo de Yllapa, y, arrebuajados en esquinas y plazuelas, los más débiles se disponían a sufrir resignadamente el castigo de los dioses, por una culpa misteriosa, como se disponen los perros, encogiéndose, a recibir el látigo. . . (*murmillos en la multitud*) En estas circunstancias, llega el mensaje, inesperado y deslumbrante del triunfo de la expedición. . . ¿Qué merece el capitán, que así ha alcanzado en tal prodigio militar? El Consejo de los Ancianos se dispone a deliberar. Desde hoy, el ilustre Raujaschuqui, el veterano Quilaco y el Villac Umo, se proponen discernirle una de las llaves del Koricancha, llave que le confiere la tercera autoridad del Imperio, después de la del Inca y de la de su hermano, el Villac Umo.

LA MULTITUD:— ¡Sí! ¡Tolpor, tercera llave del reino! ¡Tercera jerarquía del Imperio! ¡Tercera cabeza de la raza!

EL ANCIANO:— ¿Le aceptáis como tal? ¿Os brilla como Piruc de pirucs?

LA MULTITUD:— ¡Trofeos a Tolpor! ¡Estandartes, realeza, potestad! (*Se dispersa*)

SALLCUPAR, *pensativo, para sí*:— ¡Tercer cetro del Tahuantinsuyo! ¡Extraño destino!

QUECHUA 9, *bajando la voz*: Amauta, ¿conoces las escalinatas de tres gradas de los templos de Yurarka? ¿Cuál es, a tu parecer, la tercera de las gradas? ¿La primera, subiendo? ¿La primera, bajando?

SALLCUPAR:— ¡Escabrosa pregunta! ¡La tercera grada, en mi opinión, es la más alta! (*Señalando con el índice unas gradas invisibles, de abajo a arriba*) Primera, segunda, tercera...

QUECHUA 9:— Exactamente. El orden de las cosas, visibles o invisibles —escalinatas de piedra o jerarquía entre los hombres— es orden ascendente: las primeras categorías se hallan abajo, las últimas arriba.

QUECHUA 10:— Ni más ni menos.

SALLCUPAR:— ¿Queréis afirmar con ello que en el orden social, el pueblo está por encima del Inca, de la nobleza y del clero?

QUECHUA 9:— Algo por el estilo. En todo caso, considerad el caso de Tolpor: ¿de dónde viene?

QUECHUA 10:— Del seno mismo de un ayllu, de la plebe, según parece. (*En esto, la multitud vuelve a refluir, presa de gran alarma*)

UN SOLDADO:— Estad seguros: son voces de entusiasmo de las huestes que vuelven, las que se oyen. Convenid: entre un grito de júbilo y un rugido de combate, no media más que la oreja que los oye.

LA MULTITUD:— Y, sin embargo, chasquis y caminantes aseguran lo contrario. ¿Qué sucede? ¿Qué extraños fines traen los ejércitos triunfantes? ¿Qué turbia agitación los lanza así contra la ciudad sagrada?

UN VILLAC:— ¡Calmaos! ¡Ayllus disciplinados y prudentes!

MUJER 6:— Padre Villac, ¿qué va a suceder? ¡Mira a este niño! (*Muestra a un niño, que ella lleva en la mano*) Esta tarde, al pasar bajo un arco-iris, de una a otra orilla del Huatanay, se ha quedado repentinamente mudo... (*Exclamaciones de mal presagio de la multitud. La mujer, al niño*) ¡Tupo Huaya, habla! ¡Habla, niño de mis entrañas! ¡Habla, corazón!... ¡Habla!... (*El niño permanece mudo*)

VILLAC:— Retíradle. Es el tiempo de la nieve. Hacedle orinar en una mata de líquenes de Jauja, y pasará. (*Dirigiéndose a la multitud*) Y, vosotros, ¿qué os inquieta? Indigno es de quechuas, amedrentarse y, lo que es peor, sin causa.

QUECHUA 11:— Padre Villac, como lobos famélicos, los soldados de Tolpor avanzan sobre el Cuzco.

MUJER 7:— Se murmura que el Hachero está poseído del supay.

QUECHUA 12:— Hasta es posible que Tolpor sea nada menos que un kobra, un enemigo disfrazado. Dicen que le siguen millares de voluntarios kobras.

QUECHUA 13:— De otro modo, si eso no es cierto, habrá que creer que los guerreros del Sol se han vuelto locos, volviéndose de pronto y sin motivo, contra la capital del Imperio.

AUQUI:— ¡Silencio, gentes ignorantes, timoratas! Lo que vosotros tomáis por signos de turbulencia o de amenaza de las huestes contra el Cuzco, no es otra cosa, como os dijo ya un soldado, que los ecos del regocijo delirante de los héroes que vuelven.

LA MULTITUD:— ¡Viracocha proteja a su pueblo! (*De pronto una violenta sacudida agita a la multitud. Una marcha guerrera suena a lo lejos. La multitud exclama, —unos despavoridos, otros entusiasmados— en medio de una gran confusión*) ¡Tolpor!... ¡Tolpor!... ¡Los expedicionarios de los Andes!... ¡Los vencedores de los kobras!... (*La multitud, mirando a uno y otro lado de la escena, indecisa, espera*)

SALLCUPAR:— Toda la madera del reino no alcanzaría para fabricar la jaula destinada a guardar mi gran secreto...

LA MULTITUD, *yendo repentinamente al encuentro de las tropas*:— ¡Illapisko! ¡Illarinil! ¡Koychi-kuychi!... (*Vitores, aclamaciones*)

SALLCUPAR, *a un anciano que, con él son los únicos que quedan en la escena*:— Anciano, ¿qué diferencia existe entre el hombre que oculta un secreto y aquél que niega la verdad? ¿Un secreto es, quizá, una verdad que se niega? ¿El que guarda un secreto, peca, acaso, de mentira?

ANCIANO:— Amauta, no te entiendo.

SALLCUPAR:— ¡Anciano, pongo en tus manos este pequeño pensamiento, que rebasa de mis sienes: el amor, ¡qué inmensidad! En todo está el amor. Es como el oro. Todo en el mundo es oro: el Koricancha es de oro, el palacio del Inca es de oro, el baño de la ñusta es de oro, el banco del sabio es de oro, la flecha del soldado es de oro y la cabaña del gañán también es de oro puro, buen anciano. ¡Todo en el mundo es de oro, y todo en la existencia es amor!

ANCIANO:— ¿Y el odio, amauta? ¿Qué sitio ocupa el odio en tu sistema?

SACLLUPAR:— ¡También el odio es amor!... *(De pronto, unas mujeres pasan aterradas por la escena)*

MUJER 9:— ¡Los guerreros atacan!

MUJER 10:— ¡El hachero, contra el Cuzco! *(Farándulas del pueblo cruzan la escena, bailando, al son de una música de guerra, la danza de las hachas)*

TELON

ANGIANO.—Y el odio, amantur; Que sin ser el odio en sí
pasa para atrevida por la carcaja.
SACHIBAR.—También el odio es amor. (Se levanta, una vez
más.)
ANGIANO.—Y el odio, amantur; Que sin ser el odio en sí
pasa para atrevida por la carcaja.
SACHIBAR.—También el odio es amor. (Se levanta, una vez
más.)

MUJER 10.—(El sacador, como el Caxal, Remolador del pueblo
carro de guerra, hablando de con la una mujer de guerra, la que
se ve en la parte.)
ANGIANO.—Y el odio, amantur; Que sin ser el odio en sí
pasa para atrevida por la carcaja.
SACHIBAR.—También el odio es amor. (Se levanta, una vez
más.)

MUJER 10.—(El sacador, como el Caxal, Remolador del pueblo
carro de guerra, hablando de con la una mujer de guerra, la que
se ve en la parte.)
ANGIANO.—Y el odio, amantur; Que sin ser el odio en sí
pasa para atrevida por la carcaja.
SACHIBAR.—También el odio es amor. (Se levanta, una vez
más.)

MUJER 10.—(El sacador, como el Caxal, Remolador del pueblo
carro de guerra, hablando de con la una mujer de guerra, la que
se ve en la parte.)
ANGIANO.—Y el odio, amantur; Que sin ser el odio en sí
pasa para atrevida por la carcaja.
SACHIBAR.—También el odio es amor. (Se levanta, una vez
más.)

MUJER 10.—(El sacador, como el Caxal, Remolador del pueblo
carro de guerra, hablando de con la una mujer de guerra, la que
se ve en la parte.)
ANGIANO.—Y el odio, amantur; Que sin ser el odio en sí
pasa para atrevida por la carcaja.
SACHIBAR.—También el odio es amor. (Se levanta, una vez
más.)

MUJER 10.—(El sacador, como el Caxal, Remolador del pueblo
carro de guerra, hablando de con la una mujer de guerra, la que
se ve en la parte.)
ANGIANO.—Y el odio, amantur; Que sin ser el odio en sí
pasa para atrevida por la carcaja.
SACHIBAR.—También el odio es amor. (Se levanta, una vez
más.)

MUJER 10.—(El sacador, como el Caxal, Remolador del pueblo
carro de guerra, hablando de con la una mujer de guerra, la que
se ve en la parte.)
ANGIANO.—Y el odio, amantur; Que sin ser el odio en sí
pasa para atrevida por la carcaja.
SACHIBAR.—También el odio es amor. (Se levanta, una vez
más.)

MUJER 10.—(El sacador, como el Caxal, Remolador del pueblo
carro de guerra, hablando de con la una mujer de guerra, la que
se ve en la parte.)
ANGIANO.—Y el odio, amantur; Que sin ser el odio en sí
pasa para atrevida por la carcaja.
SACHIBAR.—También el odio es amor. (Se levanta, una vez
más.)

MUJER 10.—(El sacador, como el Caxal, Remolador del pueblo
carro de guerra, hablando de con la una mujer de guerra, la que
se ve en la parte.)
ANGIANO.—Y el odio, amantur; Que sin ser el odio en sí
pasa para atrevida por la carcaja.
SACHIBAR.—También el odio es amor. (Se levanta, una vez
más.)

MUJER 10.—(El sacador, como el Caxal, Remolador del pueblo
carro de guerra, hablando de con la una mujer de guerra, la que
se ve en la parte.)
ANGIANO.—Y el odio, amantur; Que sin ser el odio en sí
pasa para atrevida por la carcaja.
SACHIBAR.—También el odio es amor. (Se levanta, una vez
más.)

Cuadro Duodécimo

Noche en la Sala del Consejo, del palacio de Collcampata. Cor-tesanos, oficiales, guardias, en espera.

OFICIAL PRIMERO, *después de escrutar las afueras de la sala*:— Desusado silencio, éste del Cuzco, la noche de la coronación de un nuevo Emperador.

AUQUI PRIMERO, *bajando la voz*:— Un rey áspero, extraño, taci- turno. Rayos peregrinos despide su mirada misteriosa.

OFICIAL 2:— ¿Por qué haber prohibido todo festejo, el día de su advenimiento al trono?

AUQUI 2:— No se diría sino que el firmamento callase presagios som- bríos. . .

OFICIAL 2:— Ni honores, ni parada y ni siquiera contento en los semblantes. En suma, una fecha cualquiera. Qué digo: una fecha aureolada de un cielo inquietante, enigmático.

AUQUI 3, *viniendo por el foro*:— Un cortejo de emisarios ha veni- do a ofrecer los presentes provinciales de rito, y no ha sido atendido.

AUQUI PRIMERO:— ¿Los emisarios no han sido atendidos?

AUQUI 3:— Ahora mismo, se están marchando por el pórtico del Lobo, cabizbajos, humillados, murmurando en sus dialectos, palabras de amenaza.

AUQUI 2:— ¡Temerario desaire! ¡Las provincias afrentadas?

AUQUI 3:— Acaban también de ser anunciados tres ermitaños, venidos de pakarinas lejanas. . .

OFICIAL 3:— Sí. Los he visto llegar esta mañana, por el gran camino de la sierra.

AUQUI 3:— Traían al hombreo, cada cual, un arbusto frondoso y desconocido, en plena lozanía. Según parece, el mérito de la ofrenda consiste en que estas plantas deben llegar a manos del nuevo Inca, enteras y verdes, tal como fueron arrancadas del suelo, sin que ni una sola de sus hojas se desgaje en el largo camino o empiece a amarillar y a marchitarse. . . (*Dos auquis vienen por el foro*)

AUQUI 4:— Tengo para mí que una tal conferencia del Inca con los sabios, artistas y sacerdotes, el día de su coronación, no tiene precedente en el Imperio. Es una iniciativa cuyos resultados para la organización del nuevo régimen, serán incalculables.

AUQUI 5:— No faltan, sin embargo, quienes, acostumbrados a un pasado rutinario, se sientan como atropellados por la aparición, brutal y deslumbrante, de un Emperador tan intempestivamente renovador.

AUQUI PRIMERO:— ¿Sabéis si los ermitaños han sido, por fin, recibidos?

AUQUI 5:— ¿Qué ermitaños?

AUQUI 2:— El incidente es grave. En muchas tribus del altiplano, esta romería sacerdotal al Cuzco, en semejante ocasión, de encontrar contratiempo, siembre en la región recelo y desconfianza contra el Inca.

AUQUI 4:— Tanto peor. . . Los santos peregrinos se regresan, cada uno con su árbol al hombro, sin haber visto al Inca. (*Vivamente*) Una vez más Tolpor Imaquípac, el Rey Hachero, no teme el malhumor de los dioses. . . De otra parte, los dioses del Tahuantinsuyo, son múltiples, a imagen de los hombres y sus leyes, igualmente múltiples: hoy castigan lo que ayer recompensaban, y una misma conducta tiene, a los ojos del Inti, valor indiferente hasta contrario, según meridianos. . . (*una claridad lejana*)

OFICIAL PRIMERO:— ¡El Emperador!. . .

OFICIAL 2, *mirando a las afueras*:— No... Son los rumay-pachakas. Los visitadores rurales, que parten en misión a las comarcas del Lago Sagrado. (*Silencio. Los auquis atisban las galerías. De pronto, un estremecimiento general... Tolpor entra por la izquierda, vestido de simple soldado; por insignias imperiales, lleva, pendiente del wacollo militar, la mascaipacha y, en la mano derecha, el cetro de los Incas. Viene seguido de numeroso séquito*)

reconcentrado, grave:— Mi primera audiencia ha sido consagrada a EL INCA TOLPOR IMAQUIPAC, *volviéndose del centro de la sala los amautas, arabicus, villacs y quipucamayocs...* (*Da unos pasos, taciturno*)

TODOS, *en una reverencia*: — ¡Viracocha proteja a su raza! ¡Tolpor Imaquípac ampare a su pueblo! (*Vanse. Un heraldo queda con el inca*)

EL INCA:— Los quipucamayocs. ¿Quién los anuncia?

HERALDO:— Padre, los anuncia una vestal, con un cántaro de barro, lleno de agua salobre.

EL INCA:— ¿Lleno de agua salobre? ¿Por qué esta alusión al mar?

HERALDO:— Porque, de la misma manera que no hay copa capaz de contener toda el agua del mar, tampoco hay ciencia alguna que explique la existencia en su unidad. (*Entran por el foro los quipucamayocs, precedidos de una vestal del Sol con un cántaro al hombro. Los quipucamayocs se disponen en círculo, rodeando al Inca, y la vestal, después de dar una vuelta delante de ellos, vase por el foro*)

EL INCA, *tras un silencio*:— Una simple pregunta... Decidme: ¿está, según vosotros, en el poder del hombre, conformar el orden del universo a los latidos de su corazón?... (*Dirigiéndose, uno a uno, a todos ellos*) Ardoroso astrónomo, cauto ingeniero, grave historiador, magistrado severo, sapiente médico, terrible matemático: os escucho... Mi pregunta —lo sé— es inesperada: tengo mis razones... Os escucho... (*Los quipucamayocs se miran, perplejos. Un gran silencio*):

QUIPUCAMAYOC PRIMERO:— Padre, nada está fuera del hombre...

QUIPUCAMAYOC 2:— Padre, en el fondo y a juzgar por tus palabras y la voz con que las dices, no todo te sonrío, el día inaugural de tu reinado...

EL INCA:— Os escucho. Hablad... (*Va y viene, impaciente*)

QUIPUCAMAYOC 3:— Padre, solo cuando hayas logrado encerrar en la cuenta de tus manos todas las nubes del cielo, entonces podrás conformar a tu capricho cuanto hasta ahora se ha burlado de nuestra pobre voluntad humana: el amor y la noche y el día, el venir a la vida y dejarla...

EL INCA:— Llegado a la cima del humano poderío —doblegadas a mis pies naciones brillantes, religiones diversas, dominios infinitos— mi corazón está en la altura, frío y desierto. ¿Por qué esta ironía, este sarcasmo del destino? ¿Por qué si esta ascensión debió venir, no haberme antes preservado de esta desolación y de este duelo?...

QUIPUCAMAYOC 4:— ¡Padre resplandeciente, al sopesar la luz en una mano y la sombra en la otra, recuerda que hay que hacerlo mirando al firmamento!

EL INCA, *exasperado*:— ¿Es todo lo que se os ocurre responder? Proverbios, máximas... ¿No hay en vuestro saber, sino principios generales? ¿Mi pregunta rebasa vuestra ciencia?

QUIPUCAMAYOC 5:— Preguntar a los astros por qué brillan: ¡Vano afán!...

EL INCA, *volviéndose al heraldo*:— Los amautas.

HERALDO:— Los anuncia una anciana que llora. (*Los quipucamayocs vanse por la izquierda. Una anciana entra por el foro, se detiene ante el Inca y llora en silencio. Luego, entran los amautas y ocupan en la sala idéntica posición a la de los quipucamayocs*)

EL INCA, *para sí*:— El hombre es como el viento: no se sabe, a punto fijo, dónde nace, dónde expira... (*Alzando la voz*) Amautas, paradigmas de cordura y de prudencia, considero deber mío declarar a los filósofos y moralistas del Tahuantinsuyo, que yo fui en la expedición contra los kobras, buscando ávidamente la muerte. ¡Avida, desesperadamente! Pero puede suceder, venerables amautas, que, buscando la muerte, se encuentra no más que la agonía. Es así que

hoy, en lugar de un cadáver, tenéis ante vosotros a un moribundo, en traje de emperador. (*Movimientos de extrañeza*) El peregrino azar, origen de mi actual apoteosis, cayóme del cielo, como esas piedras ígneas que caen con el rayo y se incrustan en la sien indefensa del ciego... (*Y como los Amautas irrumpen en un murmullo de estupor, añade cortésmente*) Venerables Amautas, os suplico retiraos. (*Un silencio de muerte. Los amautas yéndose vanse por el foro de uno en uno*)

AMAUTA PRIMERO:— Así crece la yerba por la noche. (*Vase*)

AMAUTA 2:— Así nos comprendemos, dándonos las espaldas. (*Vase*)

AMAUTA 3:— Así gritan algunos vegetales. (*Vase*)

AMAUTA 4:— Así zumba el insecto cuando vuela. (*Vase*)

AMAUTA 5:— ¡Así! ¡Así! ¡Así! (*Vase. Pausa*)

EL INCA, *profundamente abatido*:— El Villac Umo.

HERALDO:— Un cóndor anuncia al Sumo Sacerdote. (*Entra el Villac Umo*)

VILLAC UMO:— ¡No matar! ¡No mentir! ¡No estar ocioso! (*A un gesto del Inca, el heraldo vase por la derecha*)

EL INCA, *tras un corto silencio, bruscamente*:— Villac Umo: la víspera de mi partida en la expedición contra los kobras —de ello hace treinta lunas— una noche, yo, el albañil oscuro que era entonces, maté con mis propias manos, a la virgen que amaba, una princesa a quien, según la ley, el que yo la amase era, a la vez, un crimen y un pecado.

VILLAC UMO, *petrificado pero inmutable*:— ¡Viracocha proteja a su pueblo!

EL INCA:— ¡Partí al alba, enloquecido y busqué en vano la muerte en las batallas: las flechas kobras de mí se apartaron; antes bien, se tuvo mi sed de muerte por arrojo nunca visto y, sin ambicionarlo y sin siquiera merecerlo he aquí que la corona de los Incas ciñe mi frente!...

VILLAC UMO:— ¡Poderoso Tolpor Imaquípac!

EL INCA, *en un sollozo*:— ¡Villac Umo! ¡Sumo Sacerdote! ¡Vivo es-

tá en mi pecho el amor a mi princesa, y más vivo el dolor de su muerte!... ¡Si ella viviera! ¡Si la viera hoy a mi lado, en esta sala, en el palacio que no tuve! (*Llora*) ¿Por qué ser Emperador si ella no existe? ¿A qué la mascaipacha, sin sus sienes?... (*Arroja violentamente el wacollo y la mascaipacha*) ¿Y este cetro... por qué he de quererlo, sin sus manos? (*Lo arroja igualmente. Luego, volviéndose hacia la derecha de la escena, llama*) ¡Heraldo! ¡Los araucus!...

VILLAC UMO, *en una reverencia*:— ¡Ama Sua! ¡Ama Llulla! ¡Ama Kella! (*Vase por el foro*)

HERALDO, *volviendo por la derecha*:— Una quena tocada por un príncipe anuncia a los bardos. (*Suena una melodía de una quena. Entra un chasqui amarillo*)

CHASQUI:— Padre Augusto: los bardos del reino han muerto...

EL INCA, *petrificado*:— Repite...

EL CHASQUI:— Padre Augusto: los bardos del reino han muerto. Así lo anuncian parvadas de mirlos enlutados, que no cesan de llegar del sur, del norte, del levante, del poniente. (*El Inca, pálido, en el centro de la sala, permanece inmóvil*) Trazan señales en el cielo y, cavilosos, acaban por ponerse silenciosos en el templo de la Luna o en las copas de los tamarindos. Muchos también descenden en las calles, buscando con el pico en los empedrados, misteriosos insectillos... Hijo del Alba: ninguno canta!

EL INCA, *bruscamente, como saliendo de una pesadilla, desde el centro de la sala*:— Anunciad a las ciudades, campos, ayllus, señorios y fortalezas de todas las fronteras del reino, que Tolpor Imaquipac, renuncia al trono del Tahuantinsuyo y, como simple siervo, se da una vida errante, de penitencia voluntaria... (*Con paso firme vase por el foro*)

CHASQUI Y HERALDO, *atónitos, inclinándose*:— ¡No matar! ¡No mentir! ¡No estar ocioso!

TELON

Cuadro Décimotercero

Tarde, a la orilla de un riachuelo, no lejos de la huerta del cuadro décimo. El sol a medida que transcurre la acción, cae, visible al público, sobre el lejano horizonte del fondo. Tolpor, ciego y mendigo, ansioso, conversa, sentado en una piedra, con Huacopa.

HUACOPA, *con infinito respeto*:— Dime... tu ceguera... ¿al menos es nativa? ¿Es de este mundo tu ceguera?... ¿Es del otro?... (*Tolpor, inmóvil, parece mirar delante de él y no responde*) ¿Has visto el mundo alguna vez?

TOLPOR:— Todo ciego se hizo ciego de llorar, buen labrador. Los ciegos de nacimiento lloraron mucho en otra vida.

HUACOPA:— ¿A un hombre cualquiera, a un ser ordinario como yo, le estaría permitido aspirar a ser mendigo?

TOLPOR:— Tendrías que vivir sin porvenir y sin pasado (*Por la izquierda viene una mujer, con un hatillo de ropa a la espalda y un niño de la mano. Tolpor, nervioso*) ¿Quién pasa por ahí?

HUACOPA:— Una mujer con su niño. (*A la mujer*) Apártate un poco, mujer... ¡es un mendigo! (*La mujer se aparta y se queda mirando a Tolpor*)

LA MUJER, *bajo, inclinándose*:— Un mendigo...

HUACOPA, *a la mujer*:— Al llegar a tu morada, ofrece un pensa-

miento a tus antepasados fallecidos y que el niño ate a los tobillos del mayor de tus parientes dos soguillas de cabuya.

TOLPOR:— ¡No matar! ¡No mentir! ¡No estar ocioso! (*La mujer y el niño se van por la derecha*)

HUACOPA :—¡Ama Sua! ¡Ama Llulla! ¡Ama Kella. (*Pausa de unos segundos*)

TOLPOR:— Oyeme, Huacopa, ¿cómo es la virgen que me da de beber por las mañanas, en la morada del recodo del camino? ¿Cómo es su rostro, su color?...

HUACOPA:— La virgen del recodo del camino... Hay en su rostro como el resplandor de un incendio lejano, y en sus brazos el livor escalofriante de la perla.

TOLPOR:— ¿Es alta? ¿Cómo mira? ¿Cómo anda?

HUACOPA:— La altura de una alpaca enamorada... de pestañas graves, fijas, como hilando irremediable nostalgia... su andar es manso y noble, como resbala un río en una pampa...

TOLPOR:— Hace ya tres soles que la oigo, que conversamos... Ayer nos internamos en el maizal, subimos un ribazo y quiso darme la mano...

HUACOPA:— ...es un alma triste, taciturna...

TOLPOR, *bajando la voz*:— Huacopa, yo quisiera confiarte algo a ti... a ti solo. (*El labrador se acerca y se dispone a oírle de cerca y muy atentamente. Tolpor, tras una vacilación*) Es un secreto de mendigo, Huacopa... ¡cuida que no salga de tu pecho!... ¡Ay de tí! ¡Ay de tu ayllu!

HUACOPA, *amedrentado*:— ¡Viracocha me proteja!

TOLPOR:— Sabes, Huacopa... Me parece conocerla, haberla visto, haberla oído, en otro tiempo... en otro mundo... Su voz, su aliento, el rumor de su sangre cuando calla, el estremecimiento de sus ropas, sus menores movimientos que me trae el aire, todo en ella me es como familiar, hasta podría decir íntimo... ¿Me comprendes Huacopa?

HUACOPA:— Sí... Todo en ella es misterioso, cautivante. Se ignora todo de ella, y todo de los suyos...

TOLPOR, *nervioso, exaltándose*:— ¡Oye, Huacopal ¡Oye!... (El labrador, de pronto, aterrado, escucha a Tolpor hablando consigo mismo) ¡Deliro! ¡No! ¡Yo sueño! (Permanece en suspenso, al poco rato lanza una sollozante queja. Huacopa, más aterrado, le mira sin comprender. Tolpor, dominando su profunda agitación y murmurando) ¡Amigo huaylla, es ella! ¡Es ella! (Un llanto le ahoga) ¡Ella, amigo huaylla! ¡Ella!... ¡Ella!...

HUACOPA:— ¿Tal vez turbo tu sagrada desolación?...

TOLPOR, *cuya duda aumenta*:— ¿Es su alma? ¿Su alma hospedada en el cuerpo de otra virgen, que viene ahora a hablarme a mí... tan sólo a mí? (Se pasa la mano por la frente, sofocado) ¡Lo he sentido el mismo día en que me habló por primera vez! ¡Y lo siento cada vez que viene a mí!

HUACOPA:— Dicen que suele llorar...

TOLPOR, *con una convicción desesperada*:— ¿Qué milagro veo ante mí, Viracocha, que por ti me es dado? (Solicitado al punto por opuestas perplejidades) Pero... ¡me odia! A su Asesino... ¡Me odia! (Nuevo cambio en sus reflexiones) No... ¡No me equivoco... siente por mí un profundo interés!... ¡Me ama! ¡Me ama! ¿Esa compasión, esa piedad por mi ceguera, es afecto hacia el ser desconocido que, a sus ojos, soy ahora? ¿Ignora quién fui en otro tiempo? ¿Lo sabe? ¿Lo sospecha?... ¿Es por eso que se siente atraída hacia mi sombra?

HUACOPA, *entre atónito y maravillado*:— Se llama Shura... y el nombre de su padre es Soljavilca...

TOLPOR:— ¿Shulca?... ¿Shulca?

HUACOPA:— Y según he oído vagamente, son de Nazca. (A esas palabras, Tolpor queda hundido en una mortal incertidumbre)

TOLPOR, *después de una pausa, completamente convencido de lo erróneo de sus esperanzas, con voz serena y como saliendo de una pesadilla*:— Amigo huaylla... tenemos nosotros los mendigos, crueles alucinaciones...

UNA VOZ DE MUJER, *desde el fondo*:— ¡Huacopal! (Tolpor tiene un sobresalto) ¡Huacopal!

HUACOPA, *en voz alta*:— ¡Aquí! ¡Voy en seguida! (En voz baja)

¡Es ella! (*Sale por el foro. Tolpor se ha puesto bruscamente de pie. Se siente que alguien se aproxima. Aparece Kaura, unós leños en los brazos*)

KAURA:— ¡Ah! Estabais aquí... La madre de Huacopa lo busca. ¿Un bocado de charqui? ¿Un vaso de agua?

TOLPOR:— Nada... Nada... Sólo detenerte, sentarte, conversar un momento. Para un ciego, la impresión que se tiene de las gentes, es que pasan y nunca se detienen. (*Kaura se sienta; luego Tolpor* Siéntate frente a mí como si mis ojos entrasen en los tuyos medio a medio...)

KAURA:— Apenas contados soles hace que llegaste a nuestro ayllu y tu presencia ya extiende una gran paz en la comarca.

TOLPOR:— Te parece... Es la idea que os hacéis de nosotros.

KAURA, *pensativa, desgajando unas astillas de sus leños*:— Sí... mi mata de ollucos, al crecer, da una yema en el tiempo de una espiga.

TOLPOR:— Así, virgen, alumbran a veces las tinieblas.

KAURA:— ¿Las tinieblas? ¿Por qué tinieblas? ¿Hubo algún desastre en tu origen sagrado? (*Tolpor, bruscamente retrotraído a la idea de Kaura, vuelve a sentirse invadido de gran ansiedad*) Todos, desconocido, cual más cual menos, somos ciegos. Las cegueras sólo varían. No hay más ceguera que la de no poder mirar hasta el fondo del pecho de todos nosotros. En tu pecho... qué sino viaja en tu pecho? ¿Quién eres? ¿De dónde vienes? ¿A dónde vas? "Nos encontramos —decía un viejo amauta— nos miramos, nos hablamos, nos tocamos; luego, seguimos cada cual por su camino, ignorándonos unos a otros como antes". (*Pausa. Kaura se ha quedado mirando fijamente a Tolpor, como hipnotizada*)

TOLPOR, *tomando suavemente la cabeza de Kaura y acariciándole los cabellos, le habla como en un sueño*:— El sol se va, pastores... Va a llover... Os digo adiós...

KAURA:— Si, como tú dices, nadie te espera, ¿por qué, peregrino, por qué esa prisa?

TOLPOR:— Hay cegueras, virgen que tan solo se curan caminando... Quizá vuelva... He de volver... Siempre se vuelve, tarde o

temprano, hasta sin saberlo! (*Breve pausa*) Descienden las cigarras en los céspedes... Adiós... Bien lo siento... no eres ella.. Ella, no... Ella existía: tú no existes... no estás... Yo no te veo: a ella la veía... Pero, así fueses ella, el alma de ella, y me ignorases: tu piedad por mi fantasma, tu naciente pasión por el que soy ahora, las rehúso. Yo querría que ella amase al que la amaba, al que veía, al otro... ¡Al otro!.. ¡Tanto la he llorado! ¡Hasta volverme ciego! (*Se levanta bruscamente, como puesta su silueta en el sol poniente*) ¡Luz de mis ojos! ¿Dónde?... ¿Dónde?...

KAURA, *al mismo tiempo, también de pie, como ofuscada*: ¿Partes? ¿Ya partes? ¡Viracocha te ampare!

TOLPOR:— ¡Estrella que perdí... he de encontrarte! (*Avanzando hacia el sol que va ocultándose, brazos abiertos y a tientas*) ¡He de encontrarte lejos! ¡Muy lejos! (*Alejándose de espaldas al público*) ¡Padre Sol, guíame! (*Kaura hunde la cabeza en las manos*) (*oscuridad*)

TELON

temprano hasta sin saberlo (bruce pueri). Inclinando las espaldas
en los espaldas. Adán... que lo siento... no era ella. Ella
no... Ella existió en no saber... no saber... Yo no te voy a decir
la vida... Pero así heces ella de ella y no importas tu
quedó por un fantasma, no bastante para por el que soy feliz.
las espaldas. Yo quería que ella existiera en que la amaba, en que
el otro... Al otro... (como la de donde) (esta vez... esta vez...
(de donde) (de donde) (de donde) (de donde) (de donde) (de donde)
Tus de mis ojos (de donde) (de donde) (de donde) (de donde) (de donde) (de donde)
EJUTA, al mismo tiempo, también de por como de donde (de donde)
con la parte (de donde) (de donde) (de donde) (de donde) (de donde) (de donde)

TOFOR - (Estrella que por... de de donde) (de donde) (de donde)
para al sol que en donde, por donde (de donde) (de donde) (de donde)
construye (de donde) (de donde) (de donde) (de donde) (de donde) (de donde)
(de donde) (de donde) (de donde) (de donde) (de donde) (de donde)
de donde (de donde) (de donde) (de donde) (de donde) (de donde) (de donde)

TELON

(de donde) (de donde) (de donde) (de donde) (de donde) (de donde)
(de donde) (de donde) (de donde) (de donde) (de donde) (de donde)
(de donde) (de donde) (de donde) (de donde) (de donde) (de donde)
(de donde) (de donde) (de donde) (de donde) (de donde) (de donde)
(de donde) (de donde) (de donde) (de donde) (de donde) (de donde)
(de donde) (de donde) (de donde) (de donde) (de donde) (de donde)
(de donde) (de donde) (de donde) (de donde) (de donde) (de donde)
(de donde) (de donde) (de donde) (de donde) (de donde) (de donde)
(de donde) (de donde) (de donde) (de donde) (de donde) (de donde)
(de donde) (de donde) (de donde) (de donde) (de donde) (de donde)
(de donde) (de donde) (de donde) (de donde) (de donde) (de donde)
(de donde) (de donde) (de donde) (de donde) (de donde) (de donde)

(de donde) (de donde) (de donde) (de donde) (de donde) (de donde)
(de donde) (de donde) (de donde) (de donde) (de donde) (de donde)
(de donde) (de donde) (de donde) (de donde) (de donde) (de donde)
(de donde) (de donde) (de donde) (de donde) (de donde) (de donde)
(de donde) (de donde) (de donde) (de donde) (de donde) (de donde)
(de donde) (de donde) (de donde) (de donde) (de donde) (de donde)
(de donde) (de donde) (de donde) (de donde) (de donde) (de donde)
(de donde) (de donde) (de donde) (de donde) (de donde) (de donde)
(de donde) (de donde) (de donde) (de donde) (de donde) (de donde)
(de donde) (de donde) (de donde) (de donde) (de donde) (de donde)
(de donde) (de donde) (de donde) (de donde) (de donde) (de donde)
(de donde) (de donde) (de donde) (de donde) (de donde) (de donde)

(de donde) (de donde) (de donde) (de donde) (de donde) (de donde)
(de donde) (de donde) (de donde) (de donde) (de donde) (de donde)
(de donde) (de donde) (de donde) (de donde) (de donde) (de donde)
(de donde) (de donde) (de donde) (de donde) (de donde) (de donde)
(de donde) (de donde) (de donde) (de donde) (de donde) (de donde)
(de donde) (de donde) (de donde) (de donde) (de donde) (de donde)
(de donde) (de donde) (de donde) (de donde) (de donde) (de donde)
(de donde) (de donde) (de donde) (de donde) (de donde) (de donde)
(de donde) (de donde) (de donde) (de donde) (de donde) (de donde)
(de donde) (de donde) (de donde) (de donde) (de donde) (de donde)
(de donde) (de donde) (de donde) (de donde) (de donde) (de donde)
(de donde) (de donde) (de donde) (de donde) (de donde) (de donde)

Esta obra, se terminó de imprimir en el mes de enero del año 1979, en los talleres de INDUSTRIALgráfica S.A., Chavín 45, Lima 5.

Esta obra, se terminó de imprimir en el
año de 1970 en la imprenta
de INDUSTRIAL Offset S.A. Ciudad de
Lima P.

PONTIFICIA UNIVERSIDAD
CATOLICA DEL PERU
FONDO EDITORIAL

Mariano Valderrama, 7 Años de
Reforma Agraria Peruana
1969-1976, Lima, 1976; 632 pp.

Rogelio Llerena, La Universidad
y el estudiante, Lima 1976, 261 pp.

Manuel Marzal S.J., Estudios sobre
religión campesina, Lima 1977;
306 pp.

Franklin Pease G.Y. (ed.) Colla-
guas I, Lima 1977; 487 pp.

Etienne Henry, La Escena Urba-
na, Estado y Movimiento de Pobla-
dores 1968-1976, Lima 1978, 189
pp.

Francisco Miró Quesada, Frank-
lin Pease G.Y., David Sobrevilla
(editores) Historia, Problema y Pro-
mesa. Homenaje a Jorge Basadre.
Lima 1978; Tomo I 635 pp., Tomo
II 352 pp.

Enrique Bernal, Movimientos
Sociales y Movimientos Universita-
rios en el Perú, 2a. edición. Lima
1975, 75 pp.

Diógenes Rosales (Coordinador)
Varios autores. Lógica. Aspectos
formales y filosóficos, Lima 1978,
140 pp. (agotado)

Frank A. Torres Cobián, Termo-
dinámica I, Teoría y problemas re-
sultos, Lima 1977; 184 pp.

Lorenzo Zolezzi I. Derecho y
Desarrollo, Perspectivas de análisis,
Lima 1978; 172 pp.

Hugo Sarabia S. y Carlos Véliz
C., Introducción al Análisis, Lima,
1977; 294 pp.

José Tola P. Algebra lineal y
multilineal. Primera Parte, Lima,
1978; 433 pp.



PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATOLICA DEL PERU

FONDO EDITORIAL 1979